

HISTORIA OCULTA

HÉROES *y* VILLANOS

españoles
olvidados
por la **historia**

Cydonia



Javier García Blanco

HÉROES Y VILLANOS
ESPAÑOLES OLVIDADOS POR LA HISTORIA

JAVIER GARCÍA BLANCO

Javier García Blanco (1977) cursó estudios de Historia del Arte en la Universidad de Zaragoza y, tras varios años ejerciendo como redactor y jefe de edición en varias publicaciones,

actualmente trabaja como periodista *freelance* para distintos medios de comunicación, centrandose

su labor divulgativa en torno a la temática histórica y de viajes. Es también autor de varios ensayos, entre los que destacan '**Historia negra de los Papas**' (Ed. *Espejo de Tinta*, 2005), '**Gótica**' (como coautor, Ed. *Aguilar*, 2006) o '**Ars Secreta**' (Ed. *Espejo de Tinta*, 2006). En junio de 2009 puso en marcha la web '**Planeta Sapiens**' (<http://www.planetasapiens.com/>), un punto de encuentro para todos los amantes de la historia, la ciencia y la cultura.

ÍNDICE

–PRÓLOGO

–CAPÍTULO 1. En busca de las huellas de Dios.

–CAPÍTULO 2. Cruzados españoles a la conquista de Tierra Santa.

–CAPÍTULO 3. Gonzalo Guerrero, el conquistador que se unió a los mayas.

–CAPÍTULO 4. Lope de Aguirre, el Tirano.

–CAPÍTULO 5. Pedro Menéndez de Avilés, un asturiano a la conquista de La Florida.

–CAPÍTULO 6. Lucrecia de León: la profetisa que se enfrentó a Felipe II.

–CAPÍTULO 7. Alonso de Salazar, el inquisidor que salvó a las brujas.

–CAPÍTULO 8. El aragonés que desenterró Pompeya y Herculano.

–CAPÍTULO 9. Juan Bautista de Anza y la colonización de la Alta California.

–CAPÍTULO 10. Juan de Miralles, un espía español en la independencia de los Estados Unidos.

–CAPÍTULO 11. Peter Casanave: el navarro que inició la Casa Blanca.

–CAPÍTULO 12. La Expedición al Pacífico: una aventura científica por el continente americano.

–CAPÍTULO 13. Los *Schindler* españoles.

–CAPÍTULO 14. Ramón Mercader, el español que asesinó a Trotsky.

PRÓLOGO

En no pocas ocasiones, la Historia –confabulada con aquellos que la escriben y con los caprichos del destino– es injusta y desagradecida. Sólo así se explica que, sin importar la época, civilización o lugar del globo al que miremos, encontremos siempre un buen puñado de personajes a quienes el azar, los historiadores o el vencedor de turno –ya saben aquello de que “la Historia la escriben los vencedores...”– han decidido relegar a las más recónditas y escondidas “notas al pie” de los libros en los que se glosan victorias, descubrimientos, conquistas y otras grandes hazañas. Y eso con suerte, pues muchas veces se pierden para siempre en el olvido y el silencio de los siglos.

Son ya unos cuantos años los que un servidor lleva escribiendo acerca de temas históricos y, sin importar la cuestión sobre la que me esté documentando en cada momento, casi siempre me sucede algo similar. A veces es una mención vaga en una crónica, otras una pequeña pista descubierta por azar, ya sea en un libro o en un documento histórico, incluso en un antiguo periódico digitalizado y disponible a través de Internet. Pero siempre, de una u otra forma, surge un personaje hasta entonces desconocido cuya historia es capaz de atraer nuestra atención por dos razones: en primer lugar por haber protagonizado algún hecho destacado, merecedor de ocupar un espacio de honor en los libros de Historia; la segunda, precisamente por todo lo contrario, haber sido ignorado casi por completo pese a sus sobrados y destacados méritos como guerrero, estratega, explorador o aventurero.

He de confesar que siento una especial debilidad por estos héroes –o villanos– “olvidados”, auténticos “grandes secundarios” o actores de reparto de la Historia. Sobre todo si se da la circunstancia de que son españoles o sus aventuras estuvieron vinculadas de forma especial con España. De ahí que, con el paso de los años, haya ido dando forma a una singular “colección” personal compuesta por una nutrida y variada galería de personajes. Todos ellos con ese denominador común de ser poco conocidos por el público y, en algunos casos, incluso por los propios historiadores.

Y este ha sido, precisamente, el criterio seguido a la hora de elaborar la selección de personajes históricos que dan forma al libro que tiene entre sus manos. He procurado que los protagonistas aquí reflejados cubrieran buena parte de los periodos históricos y, así, encontramos narrados sucesos que abarcan desde los primeros siglos de nuestra era hasta el reciente siglo XX.

En un primer momento había decidido dar forma al libro presentando una sucesión de historias que intercalaran, de forma más o menos equilibrada, las peripecias y aventuras de hombres y mujeres “olvidados” por la Historia. Sin embargo, finalmente decidí –excepción hecha de la historia de la monja Egeria y del capítulo dedicado a Lucrecia de León, en ambos casos por razones de similitud temática con otros personajes–, “excluir” a las damas y reservar, para ellas solas, un futuro trabajo. Ciertamente, material no falta, y sin duda el interés de los episodios protagonizados por estas españolas de distintas épocas igualan, cuando no superan en muchas

ocasiones, al de sus “colegas” masculinos.

En cuanto a lo “temático”, he procurado también hacer una selección lo más variada posible, presentando a personajes que destacaron en distintos ámbitos, ya fueran exploradores, guerreros, pioneros de la arqueología, científicos, espías o incluso asesinos de grandes figuras de la Historia.

Estoy seguro de que el lector encontrará aquí personajes que ya conocía, pues alguno de ellos ha servido de inspiración para la realización de películas, novelas o cómics. Sin embargo, incluso en esos casos, dichos héroes o villanos son escasamente conocidos por el gran público. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el sanguinario Lope de Aguirre cuyas atrocidades, cometidas mientras perseguía las legendarias riquezas de El Dorado, han sido objeto de recreación en dos películas – una dirigida por nuestro Carlos Saura, y otra por el alemán Werner Herzog–, novelas como la de Ramón J. Sender y un par de cómics. Y a pesar de semejante “cobertura”, Aguirre sigue siendo uno de esos grandes desconocidos.

En otros casos, los protagonistas de algunos capítulos sí han recibido una

Más sonrojante resulta que algunos de estos personajes –nacidos en la “piel de toro” aunque pasaran a la Historia por protagonizar sucesos ocurridos a miles de kilómetros de su hogar–, sean más conocidos en otros países que en el nuestro, cuando muchas veces sus hazañas deberían llenarnos de orgullo y ocupar no pocas páginas en los libros de texto. Ese el caso, por ejemplo, de algunos exploradores y aventureros como los Anza, originarios de Hernani, cuyas peripecias se conocen al dedillo los estudiantes de secundaria en toda California, Nuevo México y Arizona, y cuyos nombres y apellidos han bautizado no pocas calles, plazas u hospitales de distintas localidades estadounidenses. Cuentan, incluso, con un Parque Natural que lleva su nombre, y que coincide con la ruta que abrieron, atravesando el desierto mientras se enfrentaban a temibles apaches y comanches, desde el norte de México hasta la región de la Alta California.

Algo similar sucede con el conquistador Pedro Menéndez de Avilés quien, a pesar de haber derrotado con valor y con inteligencia a media flota corsaria francesa del siglo XVI, y haber fundado la primera ciudad de los Estados Unidos de América –todavía hoy en pie, con un fuerte español y repleta de calles con nombres de ciudades peninsulares–, es apenas conocido en España, a excepción de su ciudad natal, donde por suerte se recuerdan sus numerosos méritos.

En los dos casos anteriores, basta con echar un vistazo a la bibliografía para descubrir con desánimo que la mayor parte de los textos dedicados a uno y otros personajes están escritos en la lengua de Shakespeare, cuando debería ser abrumadora la mayoría de los escritos en la de Cervantes.

En otras ocasiones, la falta de documentación es casi total, y sólo la suerte o el azar nos permiten descubrir a quien, oculto bajo un nombre nuevo, esconde una figura tan fascinante como la del navarro Pedro Casenave, quien llegó a ser alcalde de Georgetown –núcleo de la actual capital estadounidense–, amigo de George Washington y, ojo al dato, la persona que colocó la primera piedra de la Casa Blanca pues, no en vano, era el Gran Maestre masón que dirigió la ceremonia.

Todas las historias que protagonizaron los hombres y mujeres que encontrará a continuación

consiguieron emocionarme cuando descubrí por primera vez sus conquistas, descubrimientos, aventuras o incluso sus errores. Espero que al pasar página, disfrute usted tanto como hice yo al documentarme y al escribir sobre ellos...

Zaragoza, a 22 de mayo de 2012

CAPÍTULO 1

En busca de las huellas de Dios

Durante siglos, miles de personas de toda Europa dejaron atrás sus lugares de origen con la intención de iniciar un viaje hacia lo desconocido. Un periplo hasta los santos lugares de sus respectivas confesiones religiosas que, en algunos casos, dejaron recogidos en sus escritos. No fueron pocos los habitantes de la Península Ibérica que, ya desde tiempos remotos, se aventuraron en tan arriesgada travesía para conocer los lugares más piadosos citados en los distintos textos sagrados.

Tierra Santa en general y Jerusalén en particular han atraído desde hace siglos la atención de miles de personas en todo el mundo. Siglos antes de que la peregrinación hasta Santiago de Compostela cobrara fuerza y protagonismo, peregrinos de distintas nacionalidades, orígenes y credos religiosos ya habían iniciado el viaje hasta los santos lugares del Próximo Oriente.

En el caso de los viajeros cristianos, el suceso que marcó la “explosión” de las peregrinaciones fue el descubrimiento de la supuesta tumba de Cristo (el lugar hoy conocido como Santo Sepulcro) a comienzos del siglo IV, por parte de Santa Helena, madre del emperador Constantino. A este suceso habría que añadir los escritos dejados por San Jerónimo –autor de la traducción al latín de la Biblia hebrea y griega–, quien seguramente influyó en el afán viajero de muchos devotos con sus textos relativos a los santos lugares.

Junto a los textos del santo, que vivió en Palestina entre finales del siglo IV y comienzos del V, se encuentran otros de vital importancia y que fueron escritos por algunos de los primeros peregrinos. Gracias a estos textos, aquellos que se aventuraban por los peligrosos caminos poseían una especie de guía repleta de consejos y descripciones para viajar hasta Tierra Santa. De este modo los arriesgados viajeros tenían en sus manos una ayuda con la que realizar una visita completa a los santos lugares y poder revivir así los acontecimientos de la vida de Cristo narrados en los Evangelios. Este es el caso de los textos redactados por el anónimo Peregrino de Burdeos^[1] y la monja Egeria, que serían usados durante mucho tiempo por los peregrinos siguientes. Y esta aventurera religiosa es, precisamente, la primera de las protagonistas de este libro.

Egeria, la monja que desafió a su tiempo

Son pocos los datos que poseemos de esta audaz y valiente monja nacida, muy probablemente,

en la Península Ibérica. Al parecer, Egeria era la superiora de un convento o eremitorio gallego, que en el siglo IV de nuestra era tomó la decisión de viajar hasta los santos lugares para visitar en persona los paisajes descritos en el Antiguo y el Nuevo Testamento y describir después a sus hermanas todo lo que veía a través de una serie de cartas abiertas que forman su diario.

Aunque se desconoce el lugar exacto desde el que comenzó su viaje, parece claro que éste se encontraba en Galicia^[2]. La narración de su diario comienza en diciembre del año 383 y finaliza en junio del 384. Por tanto, en tan sólo seis meses recorrió miles de kilómetros, unas veces a pie, otras montada a caballo e incluso a lomos de un camello.

Su diario de peregrinación, *Itinerarios*, permaneció perdido durante más de quince siglos, hasta que fue encontrado en la ciudad italiana de Arezzo a finales del siglo XIX. Según se ha podido comprobar, este diario de viaje está incompleto, ya que faltan las primeras páginas del mismo. Además, su autora sólo recoge el segundo de los viajes de peregrinación que realizó a Tierra Santa, ya que según relata ella misma en el diario, hizo un primer viaje a Jerusalén del que desconocemos todos los detalles.

Posiblemente la monja fue contemporánea del hereje Prisciliano y es probable que conociera sus doctrinas, ya que existen varios pasajes en sus escritos que coinciden en su concepción religiosa con la de este singular personaje de la época. Durante su peregrinación, la religiosa visitó templos, eremitorios y los más variados escenarios bíblicos. En cuanto se encontraba en los lugares descritos por las escrituras, la monja gallega se detenía para leer y meditar los pasajes correspondientes a ese lugar.

A lo largo de su peregrinaje, Egeria fue encontrándose con las pretendidas reliquias relacionadas con distintos pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, y así lo anota puntillosamente en su diario de viaje. Así, la monja vio conmovida su alma al contemplar la piedra sobre la que Moisés quebró las primeras Tablas de la Ley, el horno donde los israelitas fundieron el becerro de oro o la zarza ardiente a través de la que Dios se manifestó, y que según la monja aún seguía viva y continuaba echando brotes. En Jerusalén, por ejemplo, Egeria pudo visitar la columna en la que supuestamente habían azotado a Jesús y que «aún conservaba algunas marcas dejadas por el cuerpo de nuestro Señor».

Otro de los pasajes más interesantes es descrito durante su viaje por tierras sirias, en concreto a la ciudad de Edesa (actual Sanliurfa, en Turquía). Allí Egeria pudo contemplar las cartas originales que, según la tradición, habrían intercambiado Cristo y el rey Abgar, y llegó a hacerse con una copia que conservará como reliquia. Según el relato del obispo de Edesa –“hombre santo” con quien Egeria conversó directamente– las cartas habían ejercido una protección milagrosa sobre la ciudad frente a los persas, cuando ante un inminente ataque de los mismos, una gran oscuridad invadió los exteriores de la ciudad impidiendo que llevaran a cabo la invasión.

Egeria también visitó Nazaret, y allí vio «una gran y muy espléndida gruta en la que vivió María y en la que se ubicó un altar». La monja se refiere probablemente a la más grande de las cavernas consagradas en la gruta de la actual basílica de la Anunciación. Según la tradición católica romana, ése sería el lugar en el que el arcángel Gabriel se apareció ante la Virgen María.

Además de su evidente interés descriptivo, el texto de Egeria es interesante porque ayuda a

conocer algunos aspectos del cristianismo primitivo. Así, en sus anotaciones del mes de diciembre no hace mención alguna a la celebración de la Navidad, y en cambio sí lo hace con la de la Epifanía, lo que demuestra que la primera festividad todavía no había sido instaurada en tiempos de la peregrina gallega.

En su diario de peregrinación habla casi exclusivamente de hombres cuando se refiere a sus acompañantes en el viaje; sólo nombra a una mujer, Martana, diaconisa de Selencia, a la que conoció en Jerusalén. Sin embargo, previendo los comentarios de algunos malintencionados (que no logró evitar por completo) suele añadir que sus acompañantes son santos y ascetas de gran virtud.

Para algunos estudiosos de su figura, Egeria debió ser una mujer emparentada con la nobleza, ya que un viaje de tales características requería cierto nivel económico, y en ninguno de sus escritos hace referencia a que tuviera que recurrir a la mendicidad. Además, durante su desplazamiento hasta el Sinaí, Egeria relata que necesitó una importante escolta de soldados debido al peligro que suponían las tribus árabes. Esto ha llevado a pensar a algunos investigadores que Egeria quizá era familiar de Flacila, la primera mujer del emperador Teodosio el Grande, gallega de origen y madre de Pulqueira, Arcadio y Honorio, que llegaron a ser emperadores de Oriente y Occidente, respectivamente.

Para los autores cristianos el relato de Egeria –que sería usado durante siglos por numerosos peregrinos que trataron de emularla– tiene además un interés añadido: entre sus textos destaca una exhaustiva descripción de la liturgia celebrada en Jerusalén durante las festividades de la Pasión. Este hecho, junto a la descripción de templos e iglesias, resulta de gran importancia tanto para religiosos como para los historiadores.

Egeria murió el 14 de septiembre del año 385 –tan sólo un año después de haber finalizado su segundo viaje a Tierra Santa–, mientras se encontraba en Tracia, a donde había acudido a tomar aguas medicinales, y su cuerpo fue trasladado a Constantinopla.

Peregrinos devotos... y aventureros

Continuando con el repaso a los viajeros cristianos españoles que viajaron hasta los santos lugares, uno de los relatos de peregrinos conservados que poseen más valor es el realizado por Antonio de Castillo, clérigo malagueño que vivió en el siglo XVII y cuyo diario de viaje a Tierra Santa (*El devoto peregrino, guiaje de Tierra Santa*) llegó a convertirse en la guía de peregrinos más popular, alcanzando las treinta ediciones^[3].

Tras iniciar su viaje en Granada, de Castillo fue recorriendo las distintas etapas que le conducirían hasta Jerusalén, lugar al que dedica la parte más importante de su diario, recogiendo en él una completa lista de los templos y santuarios cristianos.

Durante su estancia en Egipto, lugar de visita obligada por haber sido hogar de Moisés y refugio de Jesús y la Sagrada Familia, el intrépido religioso relató su visita a las pirámides de Giza y la gran impresión que éstas le causaron:

«Tres leguas distante del Cayro fuimos a ver las pirámides de Egipto, que es una de las maravillas del mundo. Llegamos a las pirámides. Ay tres grandísimas y otras más pequeñas. La mayor de todas es en la que está el sepulcro de Faraón. Su altura es indecible. Tiene 2600 passos de circuito y 1552 passos de alto. De diez personas que fuimos a ver esta maravilla, sólo tres subimos a lo alto, que fue otro religioso y yo y un turco. Son todas estas pirámides hechas de piedra de notable grandeza, porque avrá algunas que pesarán más de ciento y cinquenta arrobas; y la maravilla grande es que no aviendo en todo el Egipto piedra alguna, de suerte que si se buscase en todo él una del tamaño de una nuez, no fuera posible hallarla. No se sabe de adonde o cómo traxeron piedras de tal tamaño y tantas».

Pero a pesar de la honda impresión causada por las edificaciones egipcias, la más profunda admiración y devoción recogida por Antonio de Castillo se produce al enumerar su recorrido por Jerusalén y los santos lugares de Tierra Santa. Allí detalla uno a uno los lugares que visitó Cristo durante su vida, así como los sitios de martirio de distintos santos o los templos supuestamente levantados por intercesión de Santa Helena, madre de Constantino, detallando minuciosamente los «muy grandes mysterios que allí se encuentran».

Dos siglos antes de que Antonio de Castillo hubiera realizado su periplo, otros peregrinos españoles se habían aventurado ya a realizar semejante travesía, en una época que estaba a caballo entre finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento.

Entre estos personajes destaca, sin duda alguna, el noble Fadrique Enríquez de Ribera, primer marqués de Tarifa y *Adelantado Mayor* de Andalucía. Llevado por su notable fe, este destacado caballero de la orden de Santiago, que había luchado con valor en la guerra de Granada frente a los moriscos, decidió iniciar un viaje de peregrinación a Jerusalén en el año 1518. Su travesía le llevó a recorrer –en compañía de varios criados y un sacerdote– buena parte de Europa y el Mediterráneo, hasta llegar a su destino al año siguiente. Al igual que el resto de personajes que hemos visto hasta ahora, Fadrique de Ribera también dejó constancia de su viaje por escrito, en un texto titulado *Desde Sevilla a Jerusalén*.

Apenas cien años después, con la amenaza del Imperio Otomano en pleno apogeo, la ya de por sí delicada empresa de viajar a Tierra Santa se convirtió en algo aún más peligroso. A comienzos del siglo XVI, el sultán Selim I había realizado varias conquistas a lo largo del Mediterráneo y el Próximo Oriente, lo que incluía las tierras de Siria, Palestina y Egipto. Como es lógico, aquellas victorias militares limitaron mucho el comercio con Occidente y el tránsito, hasta entonces más o menos numeroso, de peregrinos cristianos que viajaban a Tierra Santa.

Pese a estas dificultades, los peregrinos no se amilanaron y, guiados por la fe, siguieron encaminando sus pasos –aunque en menor número–, hacia los Santos Lugares. Por lo general, estos piadosos viajeros accedían a los lugares mencionados en las Escrituras penetrando por los puertos de Alejandría y Jaffa. Entre estos audaces viajeros que no temieron a la amenaza turca estaba otro religioso español, fray Diego de Mérida, quien se aventuró por aquellos territorios en el año 1512.

Este fraile viajero dejó también sus impresiones por escrito, detallando de forma pormenorizada –entre otras muchas cosas–, los trámites que había que realizar con las autoridades otomanas para obtener los permisos de visita a los santos lugares. Fray Diego de Mérida

describió también con gran fervor el aspecto de la entrada del Santo Sepulcro de Jerusalén, así como sus intentos por descubrir los restos del Segundo Templo de la ciudad, destruido por los romanos en el año 70 de nuestra era durante el asalto dirigido por Tito.

Los otros peregrinos

Aunque la mayor parte de peregrinos de la Península Ibérica que encaminaron sus pasos a los territorios del Próximo Oriente eran devotos cristianos, éstos no fueron los únicos que decidieron viajar hasta aquellos lejanos lugares. También fueron numerosos los judíos y los musulmanes que, en diferentes épocas –y por motivos bien distintos–, iniciaron su camino hasta las tierras que eran sagradas para ellos.

En este sentido, uno de los principales ejemplos de peregrinación judeoespañola hacia Jerusalén fue el de Yehuda Ha-Leví, poeta toledano famoso en su época por sus obras. Tras la captura de Jerusalén por los ejércitos cruzados en el año 1099, su fe en la proximidad del advenimiento del Mesías aumentó. Sin embargo, cuando en el año 1044 la esperada llegada no se produjo, Leví decidió iniciar su viaje a Tierra Santa, donde perdería la vida ese mismo año.

Fue precisamente esa singular e insólita confianza en la llegada del prometido Mesías la que hizo que otros muchos judíos españoles viajaran hasta la tierra de los Patriarcas, alentados por leyendas que hablaban de la redención del “Pueblo Elegido” y de milagros obrados en Jerusalén por ciertos personajes. Otro judío, un cabalista llamado Moseh Basola, que recorrió Tierra Santa en 1521, recoge en sus escritos el ambiente de mesianismo que existía en aquellas fechas y nombra a determinado personaje con fama de milagrero y que se autoproclamaba como el Mesías prometido.

En lo que respecta a los viajeros de credo musulmán nacidos en territorio español que acudieron hasta sus “santos lugares”, no podemos dejar de mencionar a de forma especial a dos de ellos: el granadino Abu Hamid Al-Garnati y el valenciano Ibn Yubair. El primero, nacido a finales del siglo XI en una destacada familia vinculada con el último de los reyes ziríes, inició su viaje obligado por la persecución a la que fue sometido su linaje tras la victoria de los almorávides. Así, el destino le llevó a recorrer buena parte de “Marruecos, Túnez, Sicilia, Cerdeña, Egipto, Jordania, Siria, Iraq, Arabia, Persia, Uzbekistán, Bulgaria y Hungría, entre otros países”. Este largo peregrinar, que se prolongó durante varios años, le llevó a visitar la ciudad santa de La Meca –cuna del profeta Mahoma– en el año 1155.

Justo diez años antes había venido a este mundo el segundo de nuestros viajeros musulmanes, el valenciano Ibn Yubayr. De gran cultura y sabiduría –llegó incluso a ejercer como secretario para los gobernadores almohades–, Yubayr tomó la determinación de partir en dirección a La Meca y otros lugares santos para el islam en el año 1183. En su caso, la peregrinación de prolongaría durante dos años, pues en 1185 ya estaba de vuelta en la Península Ibérica. Tras su regreso puso manos a la obra, y comenzó a dejar por escrito sus impresiones sobre todo aquello que habían visto sus ojos. A este sabio valenciano debemos la creación de un destacado género de la literatura árabe, la *rihla*, dedicado precisamente al relato de viajes.

En definitiva, los viajes y relatos de todos estos peregrinos –ya fueran cristianos, judíos o musulmanes– que se aventuraron por tierras desconocidas y peligrosas son una buena demostración de hasta que punto las creencias y la fe religiosa son capaces de desplazar, literalmente, a millones de personas a lo largo de los siglos.

BIBLIOGRAFÍA:

–**ARIAS ABELLÁN, Carmen.** *Itinerarios latinos a Jerusalén y el Oriente Cristiano.* Universidad de Sevilla, 2000.

–**CÓRDOBA, Joaquín María.** “Un mundo sin límites”. *Arbor* CLXXX 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 553-558.

–**GARCÍA MARTÍN, Pedro.** “La odisea al paraíso. La peregrinación a Jerusalén de Don Fadrique Enriquez de Ribera”. *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 559-580.

–**GÓMEZ-NAVARRO, Javier.** “Viajeros españoles en Egipto”. Sociedad Geográfica Española. Boletín nº 13, Especial Egipto, pp. 98-123.

–**JONES, Joseph Ramón.** *Viajeros españoles en Tierra Santa. Siglos XV y XVII.* Ediciones Polifemo. Madrid, 1998.

–**KREJNER, Margarita.** *Tierra Santa durante el Imperio Otomano.* The International Raoul Wallenberg Foundation. Enero 2002.

–**MARTÍN, Teodoro H.** *Peregrinación de Egeria: Itinerarios y guías primitivas a Tierra Santa.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1994.

–**VV.AA.** *Viajeros españoles a Tierra Santa. Siglos XVI y XVIII.* Ediciones Polifemo. Madrid, 1998.

CAPÍTULO 2

Cruzados españoles a la conquista de Tierra Santa

Si los protagonistas del capítulo anterior decidieron dejarlo todo para iniciar un peligroso y largo viaje hasta lugares remotos movidos por su fe, fuera esta cual fuera, los personajes que ocupan las páginas siguientes comparten algo de esa “llamada”. Sin embargo, y a diferencia de los anteriores, nuestros próximos protagonistas levantaros las espadas –en lugar de las plumas– durante su estancia en Tierra Santa. Numerosos caballeros de los reinos hispánicos encaminaron sus pasos a ‘Ultramar’ con la idea de participar en gestas heroicas para recuperar aquellos santos lugares.

Trípoli, 26 de abril de 1289. La ciudad, hasta entonces en manos cristianas, lleva más de un mes sitiada por las tropas sarracenas del sultán Qalawun. Las autoridades de la ciudad, gobernada por Lucía de Trípoli, habían sido advertidos del peligro por Guillermo de Beaujeu, Gran Maestre del Temple, pero su aviso cayó en saco roto. A pesar de los refuerzos recibidos (tropas hospitalarias, templarias, francesas y chipriotas), dos de las torres principales –entre ellas la del Hospital– han caído ya y los que todavía pueden, huyen antes de caer bajo el temible filo sarraceno.

Doña Lucía, los mariscales del Temple y del Hospital, así como el Senescal de Jerusalén, Sir John de Grailly, logran escapar por mar. El resto de la población, que no quiere o no puede escapar a tiempo, espera con resignación su inminente final. Mientras la mayor parte de los defensores han huido, desatendiendo sus puestos, unos pocos valientes intentan resistir los ataques de las tropas de Qalawun. Entre ellos, dos caballeros vestidos de blanco y con una visible cruz roja sobre su hombro izquierdo: los templarios españoles Pedro de Moncada y Guillermo de Cardona. El primero de ellos, catalán de nacimiento, había ocupado el puesto de Maestre provincial de Aragón entre 1279 y 1282. Los dos caballeros pelean fieramente, espada con espada, pero las brechas abiertas en las murallas dejan pasar sin problemas a las huestes musulmanas y los templarios sucumben sin remedio.

Después de 180 años de dominio cristiano ininterrumpido –el más prolongado de Tierra Santa–, como señala el historiador británico Christopher Tyerman, Trípoli cae en manos del dominio musulmán. Atrás quedan, a pesar del esfuerzo de caballeros como Moncada y Cardona, más de 7.000 cristianos muertos, y otros miles convertidos en esclavos.

Razones de un silencio histórico

Episodios como este, protagonizados por españoles que pelearon con valentía e hicieron “cruel guerra” a los sarracenos de Tierra Santa, salpican esporádicamente la historia de Ultramar.

Sin embargo, sus hazañas han quedado a menudo ensombrecidas, tanto en las crónicas de la época como en los estudios más recientes, copados siempre por las gestas de personajes como Godofredo de Bouillon o Ricardo Corazón de León. Pero a pesar de este silencio histórico, fueron muchos los que, nacidos en la Península Ibérica, dejaron atrás posesiones y familias para guerrear en Ultramar (el término *cruzada* no se empleaba entonces), en busca de aventuras o con la intención de cumplir con el ideal caballeresco de la época.

Aún así, hay que reconocer que el número de fuerzas procedentes de los reinos peninsulares en los santos lugares fue muy inferior al de otros reinos cristianos. El principal motivo de esta ausencia es claro: mucho antes de que el papa Urbano II alentara a la cristiandad para recuperar los Santos Lugares, desencadenando una fiebre guerrera y conquistadora, los distintos reinos peninsulares llevaban ejercitando su particular cruzada contra los “infielos mahometanos” presentes en la piel de toro.

De hecho, varios monarcas europeos y, especialmente, los pontífices de la Madre Iglesia, prefirieron habitualmente que las tropas cristianas de la península dedicaran todos sus esfuerzos a contener a las fuerzas sarracenas que amenazaban aquellos territorios. La situación era lo suficientemente delicada en el Este como para tener que preocuparse también por un posible avance en Occidente.

Para evitar la “fuga” a Tierra Santa de las espadas más osadas y tercas, el papado igualó los beneficios (en forma de indulgencias) entre los cruzados de Oriente y los peninsulares. Pero a pesar de todos estos esfuerzos, no faltaron, como podrá comprobar el lector a continuación, algunos ejemplos de españoles que abandonaron sus lugares de nacimiento para acudir a Ultramar, especialmente en los momentos de mayor tranquilidad en los territorios cristianos peninsulares.

Guillermo, conde de Trípoli

Raimundo IV de Tolosa fue, sin duda alguna, uno de los personajes más destacados de la Primera Cruzada. Algunos años antes había acudido en auxilio del rey Alfonso VI de Castilla para hacer frente a los enemigos de la fe que amenazaban los reinos cristianos, y cuando Urbano arengó a la conquista de Tierra Santa, no dudó en ser uno de los primeros en levantar su espada y dirigir sus pasos hasta allí.

En agradecimiento por la ayuda recibida, Alfonso VI de Castilla le otorgó la mano de su hija Elvira, pero aquella dote no fue lo único que Raimundo se llevó de la península. Numerosos

guerreros decidieron seguirle a su nuevo destino. Entre todos ellos destacó especialmente Don Guillermo, conde de Cerdaña, más tarde conocido como Guillermo Jordán, tras ser rebautizado en las aguas del bíblico río.

El noble catalán acompañó al de Tolosa en batallas importantes de la Primera Cruzada, como la toma de Tortosa (la de Ultramar) o el asedio a Trípoli. Precisamente, tras la muerte de Raimundo, el conde de Cerdaña aprovechó la ausencia de su hijo Beltrán y la minoría de edad de su otro vástago, Alfonso, para autonombrarse conde de Trípoli, aunque la plaza aún no había caído en manos cristianas. Cuando poco después llegó Beltrán de Tolosa, se produjo un enfrentamiento entre ambos por el poder, circunstancia que se resolvió mediante un acuerdo, hasta que el catalán murió durante una refriega entre cristianos, al ser atravesado por una flecha.

Otro noble español, en este caso más conocido e igualmente relacionado con Raimundo IV de Tolosa, participó también junto a él en la Primera Cruzada: me refiero a Berenguer Ramón II, apodado *El Fratricida*. Este singular alias procede, al parecer, de las sospechas que recayeron sobre él, pues se extendió el rumor de que había ordenado el asesinato de su hermano mellizo, Ramón Berenguer II, a quien durante un tiempo disputó el condado de Barcelona. Cuando las sospechas del asesinato arreciaron, se vio obligado a renunciar al título y, según algunas fuentes, encaminó sus pasos a Tierra Santa, peleando valerosamente junto a Raimundo y perdiendo la vida en Jerusalén.

Un infante en la toma de Jerusalén

Las crónicas de Ultramar citan a otro noble español, el infante Ramiro Sánchez de Navarra, durante el asalto a la ciudad de Jerusalén en 1099. Al parecer, Ramiro estaba entre la hueste que atravesó la muralla por la zona de la piscina probática (un lugar de aguas curativas citado en la Biblia).

En ese lugar, según el relato, habría encontrado un fragmento de la Vera Cruz, el madero en el que se crucificó a Cristo. Ya de regreso a casa, y viendo próxima su muerte, Ramiro dejó un testamento en el que ordenaba la construcción de una iglesia dedicada a la Virgen, en la que custodiar la sagrada reliquia y una talla de Nuestra Señora, también traída de Jerusalén, y supuestamente realizada por el mismísimo San Lucas. Dicho templo existe hoy en día, en La Rioja, bajo el nombre de Ermita de Santa María de la Piscina.

En otros casos, las menciones a héroes peninsulares están visiblemente ensalzadas, y cuesta dilucidar la rigurosidad de las hazañas descritas. Un buen ejemplo es el del caballero Golfer de las Torres, mencionado por Martín Fernández de Navarrete, autor de uno de los escasos trabajos sobre la presencia hispana en las cruzadas de Oriente.

Según el relato recogido por Navarrete, Golfer participó en el cerco de Antioquía, donde protagonizó un heroico lance. Montando a caballo, se lanzó a cruzar un puente recién construido, armado únicamente con una lanza. Al llegar al otro lado se encontró con cinco sarracenos a

caballo, dando muerte él sólo a tres de ellos. Los dos que salieron con vida alcanzaron la ciudad muertos de miedo, y dieron aviso a las tropas del interior. Un buen número de guerreros musulmanes salieron en persecución de Galfer, iniciándose así una cruenta batalla que terminó con la victoria cristiana y con más de mil bajas entre los musulmanes.

De Toledo a ultramar

Más respaldo histórico posee la historia del conde Rodrigo González de Lara. Natural de Liébana, este noble protagonizó, junto a su hermano Pedro, un enfrentamiento con Alfonso VII, *El Emperador*. Sin embargo, más tarde terminó convirtiéndose en su aliado, logrando para él una notable victoria durante una audaz incursión en tierras sevillanas, ocupadas en aquel entonces por la morisma.

En agradecimiento por los servicios prestados, *el Emperador* le otorgó el cargo de *tenente* y alcaide de Toledo en 1132. Sin embargo, las buenas relaciones entre ambos duraron poco y, tras un duro enfrentamiento, González de Lara rechazó su puesto en Toledo y decidió poner rumbo a Tierra Santa.

Allí, según las crónicas, «hizo cruel guerra a los moros y enemigos de la fe y edificó un fortísimo castillo frontero con Ascalonia». Un contemporáneo, Rorgo Fretellus de Nazaret, citaba al español como “un ferviente caballero de armas de los Macabeos^[4]”. El citado castillo fue, posiblemente, una fortificación conocida como *La tour des chevalliers* (la torre de los caballeros), en la actual Latrun (Israel).

González de Lara se asoció con los templarios durante su estancia en Tierra Santa, a quienes cedió el castillo; de hecho, estuvo acompañado por otro español, un templario conocido como Pedro el Cruzado, hijo de un buen amigo suyo. Tiempo después regresó a la Península Ibérica, pero al haber perdido sus posesiones anteriores, acabó al servicio de señores como García Ramírez de Navarra o don Ramón, conde de Barcelona, e incluso del rey Albengamia de Granada. Al parecer, durante su estancia en esta última corte fue envenenado, y decidió marchar de nuevo a Tierra Santa, donde terminó sus días víctima de la lepra.

Las órdenes hispanas en Tierra Santa

Aunque el papel de las Órdenes Militares surgidas en suelo español consistía principalmente en la defensa de los territorios cristianos peninsulares e impulsar la reconquista, en algunos casos las fuentes de la época mencionan cierto papel en Tierra Santa. Algunas de estas órdenes, como por ejemplo la de Santiago, llegó a poseer bienes en Antioquía, al ser requerida para ayudar a Bohemundo III. Ya en el siglo XIII, otro monarca, Balduino II de Constantinopla, solicitó también

ayuda a los santiaguistas e incluso se estableció un compromiso para el envío de trescientos caballeros, aunque finalmente no se llevó a cabo.

Otra Orden hispana, la de Montjoie o Monte Gaudio (fundada por el conde Rodrigo Álvarez), recibió también algunas propiedades en la década de 1170 de la mano de Balduino IV y Reinaldo de Chastillon, a cambio de que lucharan en Ultramar. Sin embargo, debido a su escasa presencia, finalmente dichos bienes pasaron al Temple.

Por último, la Orden de Calatrava manifestó en 1206 su intención de acudir a los Santos Lugares aprovechando una tregua con las tropas almohades, aunque finalmente los planes tampoco fructificaron.

El fin de un sueño

La huella hispana en “Tierras del Señor” se completa con los nombres de otros muchos héroes, como el conde Don Fernando de Galicia, quien habría guerreado allí en dos ocasiones, o Guitardo, conde de Rosellón. La lista aumenta con multitud de historias, muchas de ellas protagonizadas por personajes anónimos, como el caso de una dama llamada Azalaida, que en 1104 partió en un navío con rumbo a Siria, y cuya fortuna desconocemos, a pesar de que dejó constancia escrita de su partida.

A estos ejemplos hay que sumar las distintas iniciativas reales^[5] y la lógica presencia de miembros de las grandes órdenes (templarios y hospitalarios) de origen peninsular. A este respecto, Alan Forey, autor de un completísimo trabajo sobre el Temple en la Corona de Aragón, señala los ejemplos de varios maestros provinciales de la Orden que, como Pedro de Moncada, participaron en las luchas de Tierra Santa antes de ocupar su cargo en territorio español.

De cualquier modo, y pese al silencio histórico, los españoles que guerrearon en Ultramar “disfrutaron” del mismo destino que sus iguales del resto de Europa: saborearon la victoria en múltiples ocasiones, pero sufrieron la derrota en otros tantos momentos. Un fracaso que se convirtió en una amarga realidad cuando, finalmente, San Juan de Acre cayó para siempre en manos musulmanas en 1291.

BIBLIOGRAFÍA:

–**CARMONA RUÍZ, María Antonia.** “La participación de las órdenes militares hispanas en las cruzadas de Oriente”. Proyecto Clío.

–**FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Fermín.** *Espanoles en las cruzadas*. Ed. Polifemo, 1986.

–**FOREY, Alan J.** *Templars in the Corona de Aragón*. Oxford University Press. Londres, 1993. Existe edición digital gratuita en: <http://libro.uca.edu/forey/templars>

–**TYERMAN, Christopher.** *Las guerras de Dios: una nueva historia de las cruzadas*. Editorial Crítica. Barcelona, 2007.

CAPÍTULO 3

Gonzalo Guerrero, el conquistador que se unió a los mayas

La época del Descubrimiento fue un tiempo en el que todo era posible. Fueron años de lucha y aventuras en tierras nunca antes vistas, en un Nuevo Mundo al otro lado del océano que estaba repleto de maravillas. Fue allí donde un español, arrastrado por el destino, acabó convertido en un guerrero maya que se enfrentó a sus antiguos hermanos.

Habiendo nacido en Palos de la Frontera en las últimas décadas del siglo XV, parecía evidente que el destino de Gonzalo Guerrero sólo podía estar en el Nuevo Mundo. Y así fue como ocurrió, aunque no del modo en que cabría imaginarse...

Son pocos los datos que se conocen sobre esta singular figura de la época de los Descubrimientos, y estos proceden en su mayor parte de los relatos de cronistas como Antonio de Solís, fray Diego de Landa y, muy especialmente, Bernal Díaz del Castillo. Éste último es el que de forma más detallada se detiene en su historia, siempre contándola a través de lo que desveló su compañero de desventuras, el ecijano Jerónimo de Aguilar.

De su vida antes de llegar al Nuevo Mundo nada se sabe con certeza, pero debió ser duro hombre de mar y curtido en las artes de la guerra, si nos guiamos por lo que de él se narrará después. En cualquier caso, todo parece indicar que Guerrero partió de la Península Ibérica antes del año 1510, formando parte de la flota del explorador Diego de Nicuesa, recién nombrado gobernador de Veragua (territorio situado en la costa de las actuales Nicaragua, Costa Rica y parte de Panamá) y quien no tardaría en verse enfrentado al conquistador Vasco Núñez de Balboa en las llamadas “guerras del Darién”^[6].

Fue este último quien dio orden al capitán Juan de Valdivia para que, a los mandos de la carabela *Santa María de la Barca*, pusiera rumbo a la isla de La Española. Allí debía informar de su situación al entonces gobernador Diego de Colón y, de paso, hacerle entrega de más de 20.000 ducados del rey y recoger provisiones. A bordo de la carabela, que partió en agosto del año 1511 del puerto de Santa María la Antigua del Darién (actual Panamá), se encontraba nuestro protagonista.

Por desgracia, la nave nunca llegó a su destino. Una fuerte tempestad estrelló al navío contra unas rocas cerca de Jamaica, en los llamados bajos de las Víboras o de los Alacranes. Unos pocos supervivientes, lograron alcanzar un batel sin velas y burlar, al menos temporalmente, a la muerte.

Sin embargo, y a juzgar por lo relatado en la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar, la situación a bordo de la endeble embarcación debió ser terrible, pues los supervivientes carecían de sustento, sufriendo «tan gran necesidad que bebían lo que orinaban». Aún así, y pese a todo pronóstico, tras trece días a la deriva los náufragos alcanzaron las costas del Yucatán.

Convertidos en esclavos

Una vez pisaron tierra firme –convertidos de forma involuntaria en los primeros europeos en llegar al Yucatán–, los supervivientes de la *Santa María de la Barca* no tardaron en ser descubiertos por indios *cocomes*, que no se mostraron muy amistosos.

Valdivia se vio obligado a desenvainar su espada, hiriendo a uno de los indígenas. Aquella chispa desencadenó la tragedia, pues los *cocomes* sacrificaron al capitán y a la mitad de los hombres, mientras que el resto fueron apresados y convertidos en esclavos por orden del *Halach Uinik* (gobernante) de aquel estado maya.

Pero las desventuras de los españoles estaban lejos de terminar ahí. Según las crónicas, los cuatro supervivientes lograron escapar, huyendo a otro territorio. Fue así como llegaron a la ciudad de Maní, perteneciente a la tribu de los *Tutul Xiúes*, enemigos de los *cocomes*. Allí volvieron a ser convertidos en esclavos, y el jefe Taxmar los entregó para que sirvieran al sacerdote local, a quien llevaban la leña, el pescado y le trabajaban los campos de maíz.

Los trabajos debían ser tan penosos y su alimento tan escaso que poco tiempo después dos de los cuatro españoles habían muerto de agotamiento. Sólo quedaron, a partir de ese momento, el diácono Jerónimo de Aguilar –siempre pegado a su *Libro de Horas*– y el marinero Gonzalo Guerrero.

Pasó poco tiempo antes de que fueran reclamados también para luchar contra tribus enemigas. Los conquistadores españoles habían llegado en un momento en el que la cultura maya se hallaba en franco declive. A finales del siglo XV, la en otros tiempos poderosa civilización se había fragmentado en pequeños estados enfrentados, y lo habitual era que guerrearan continuamente entre sí.

Habría sido en este ambiente de continuas batallas en el que tanto Aguilar como Guerrero –y especialmente este último– tuvieron ocasión de destacar. Tanto es así que, contento con las dotes militares del onubense, que había ayudado a derrotar a los *cocomes*, el cacique Taxmar decidió entregarlo como regalo al jefe amigo Na Chan Can, líder de una tribu cercana. Éste, a su vez, se lo cedió a Balam, en aquel entonces *nacom* (guerrero jefe) de aquel poblado maya.

Así, mientras Guerrero compartía sus conocimientos en el arte de la guerra con Balam, Aguilar continuaba sirviendo como esclavo junto a los *xiúes* de Taxmar. No fue el único cambio que se obró en el ánimo de los españoles. Mientras Gonzalo Guerrero iba asimilando de buena gana algunas de las costumbres de aquellas gentes, tatuándose y perforándose la piel al modo de

los mayas, Aguilar se mantenía continuamente unido a su *Libro de Horas* y procuraba llevar, dentro de lo posible, una vida “cristiana”.

Cuatro años después de su accidentada llegada al Yucatán a bordo del endeble batel, Gonzalo Guerrero, cristiano español nacido en Palos de la Frontera se había convertido en todo un *nacom* maya, había desposado a Zahil Há, la hija del jefe Na Chan Can, y tenía tres hijos con ella.

La llegada de Cortés

Ocho años después del naufragio de la *Santa María de la Barca*, en 1519, el extremeño Hernán Cortés se encontraba ya en tierras americanas, camino de su conquista de México. Durante su recorrido por aquellas tierras llegó a la isla de Cozumel y, recordando algunas historias curiosas que había escuchado, quiso comprobar qué había de cierto en ellas.

Cortés hizo llamar a un vizcaíno llamado Martín Ramos y al cronista y conquistador Bernal Díaz del Castillo. Ambos le confirmaron que, en efecto, algunos indios de Campeche, al encontrarse con españoles años antes, durante la expedición de Francisco Hernández de Córdoba^[7], se habían dirigido a ellos diciendo «¡Castilán, Castilán!» mientras señalaban al oriente.

Sospechando que aquello podía ser un indicio de la presencia de españoles perdidos en aquellas tierras, decidió preguntar a los jefes mayas de Cozumel sobre la cuestión: «Se lo preguntó a todos los principales, y todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, y daban señas de ellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel había indios mercaderes que les hablaron pocos días había».

Fue así como Cortés tuvo conocimiento de que varios caciques cercanos tenían como esclavos a algunos “hombres barbados”, de modo que envió varios emisarios indios con cartas y rescate para aquellos cristianos, tal y como se refiere en su *Primera Carta de Relación*, remitida al emperador Carlos V: «Supo nuevas de ellos y la tierra donde estaban, le pareció que haría mucho servicio a Dios a vuestra majestad en trabajar que saliesen de la prisión y cautiverio donde estaban...».

Según todas las crónicas, los indios enviados por Cortés llegaron hasta donde se encontraba la tribu del cacique Taxmar, que tenía preso a Jerónimo de Aguilar. Le entregaron la carta del conquistador español y pagaron por su rescate al jefe maya, quien lo dejó en libertad. A partir de este punto, los relatos difieren en lo que se refiere al destino de Gonzalo Guerrero.

Tanto Bernal Díaz del Castillo como Antonio de Solís y otros cronistas refieren que Guerrero rechazó regresar junto a sus camaradas, argumentando que ya tenía mujer e hijos entre aquellas gentes, y que además había alterado su aspecto hasta parecerse a uno más de ellos, cosa que, a buen seguro, no iba a gustar a sus compatriotas:

«Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras: idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijos cuán bonicos son. Por vida nuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra».

Sin embargo, si acudimos al relato del texto de fray Diego de Landa, Guerrero nunca tuvo conocimiento de la carta enviada por Cortés, pues estaba demasiado lejos como para que Aguilar fuera a llevársela: «De este Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través, estaban muy derramados por la tierra, la cual nos dijo que era imposible recogerlos sin estar y gastar mucho tiempo».

En uno u otro caso, quien sí llegó a la isla de Cozumel para reencontrarse con sus compatriotas fue el ecijano Aguilar. El primero en recibirle, según la crónica de Bernal Díaz del Castillo, fue el marinero Andrés de Tapia, aunque en principio lo confundió con un indio más, debido a su aspecto: «Y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: ‘Dios y Santamaría y Sevilla’. Y luego le fue a abrazar Tapia; y otro soldado, de los que habían ido con Tapia a ver qué cosa era, fue a mucha prisa a demandar albricias a Cortés cómo era español el que venía en la canoa...».

Una vez en presencia de Hernán Cortés, el desdichado náufrago y cautivo le relató todas sus peripecias, desde el desastre de la *Santa María de la Barca*, pasando por su captura a manos de los indígenas, sus esforzados y penosos trabajos, y su feliz liberación.

Cuando Cortés acabó preguntándole por su compañero Guerrero, Aguilar le explicó que «estaba casado y tenía tres hijos, y que tenía labrada la cara y horadada las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, de Palos, y que los indios le tiene por esforzado; y que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche un capitán con tres navíos que él fue inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino el allí juntamente con un cacique de un gran pueblo, según he ya dicho en lo de Francisco Hernández de Córdoba».

En esta declaración –prácticamente una acusación a su compañero de desventuras– Aguilar (a través del relato recogido por Bernal Díaz del Castillo) da a entender que fue Gonzalo Guerrero quien, a la llegada de Hernández de Córdoba a tierras mayas en 1517, había dirigido a los indígenas contra los españoles, provocando no pocas bajas y heridos entre ellos.

Esta participación del español en aquellas escaramuzas, y en especial en la batalla de bahía de la Mala Pelea –llamada así, precisamente por la derrota que sufrieron los conquistadores–, ha sido puesta en duda por algunos historiadores, pero parece ir en línea de lo que los cronistas de la época esperaban de un personaje como Guerrero, que para entonces encarnaba ya todo lo negativo, pues había renegado de su condición de español, había tenido vástagos con una india y parecía haber adoptado sus falsos dioses.

En cualquier caso, esta faceta del español como *nacom* maya (jefe guerrero) es la que más se ha destacado siempre en las crónicas de la época y en los estudios posteriores sobre su figura. De hecho, ocho años después del intento de rescate de Cortés –siempre según dejaron por escrito los cronistas, en este caso Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y Natural de las*

Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano—, el Adelantado^[8] Francisco Montejo, en plena campaña para conquistar el Yucatán, llegó con sus tropas hasta Chetumal, donde se encontraba Guerrero, para intentar convencerle de que se uniera a ellos y les ayudara en sus campañas. Para disgusto del salmantino, el indio blanco no sólo rechazó su ofrecimiento, sino que más tarde acabaría haciéndole la guerra y provocándole no pocas bajas.

De las distintas referencias que se poseen, se desprende que desde aquel momento en que rechaza la oferta de Francisco de Montejo hasta su muerte una década después, Guerrero se dedicó a instruir en las artes de la guerra a sus nuevos hermanos, enseñándoles a no temer a los caballos —animales que nunca habían visto— ni a las armas de fuego, así como a luchar utilizando estrategias propias de las guerras europeas.

La siguiente noticia directa que tenemos sobre Guerrero es ya la de su muerte, en la década de 1530. En el Archivo General de Indias se conserva un legajo firmado por Andrés de Cereceda —gobernador de Honduras— el 14 de agosto de 1536 y que estaba dirigido al rey de España. En la misiva, el gobernador relata los pormenores de la muerte, dos años antes, de Gonzalo Guerrero, a causa de un disparo de arcabuz. El renegado español había acudido a Honduras para ayudar a un tal cacique Cicimba en su lucha contra el capitán Lorenzo de Godoy, y para ello había acudido con más de cincuenta canoas:

«Dijo el cacique Cicimba cómo, antes que se diesen, con un tiro de arcabuz se había muerto un cristiano español que se llamaba Gonzalo Aroza, que es el que andaba entre los indios en la provincia del Yucatán veinte años ha y más, que es éste el que dicen que destruyó al adelantado Montejo. Y como lo de allá se despobló de cristianos, vino a ayudar a los de acá con una flota de cincuenta canoas para matar a los que aquí estábamos antes de la venida del Adelantado [...] Y andaba este español, que fue muerto defunto, labrado el cuerpo y en hábito de indio».

Cereceda no menciona exactamente a Guerrero, sino a un español “que se llamaba Gonzalo Aroza” —una de las variantes que sobre su nombre se encuentran en distintos textos—, pero la mayor parte de los estudiosos suelen coincidir en identificarlo sin duda con el náufrago que llegó a Yucatán en 1511.

Entre el mito y la realidad

Si repasamos con calma las distintas fuentes que citan al “renegado” vemos que, en realidad, no son muchos ni del todo fiables los datos que tenemos sobre su figura.

La práctica totalidad de las descripciones proceden de los textos de hombres como Bernal Díaz del Castillo, fray Diego de Landa o Antonio de Solís, que en no pocas ocasiones son contradictorias. Todos ellos suelen remitirse a lo que Jerónimo de Aguilar fue relatando tras su rescate, pero tampoco hay forma de saber hasta qué punto fueron exactas sus declaraciones.

No hay que olvidar que, en los relatos de los cronistas, Aguilar siempre es presentado como

un hombre que, a pesar de sus penalidades, mantiene su castidad y se comporta siempre como un buen cristiano. Justo lo contrario a Guerrero, que parece representar el papel de villano pues, no en vano, se convierte en un traidor que reniega de su patria y de su religión.

El hecho de que buena parte de las historias sobre este singular personaje de la época de los Descubrimientos parezcan ajustarse a los esquemas de ciertos relatos clásicos no es el único elemento que nos debe hacer dudar, al menos en parte, de su veracidad. El propio Cortés, en sus textos, no menciona a Guerrero, sino a un tal «Morales, que no quiso volver». Y no es el único, pues ya vimos que Cereceda habla de un “Aroza”, y otros citan simplemente a un Gonzalo, “el marinero”.

Real en su totalidad o imaginaria en partes, de lo que no hay duda es que la figura de Gonzalo Guerrero, el español que renunció a su cultura, su religión y su país, sirvió en su época y siglos posteriores para encarnar al traidor y al mal cristiano. Todo lo contrario a lo que sucedió en la época de la Independencia mexicana^[9], cuando fue convertido en estandarte de la lucha contra el colonialismo y la opresión imperialista. Y así, sin importar si fue real o imaginario, Gonzalo Guerrero pasó de ser traidor a convertirse en héroe.

BIBLIOGRAFÍA

–**CAMPOS JARA, Salvador.** “Gonzalo Guerrero: elementos para la creación de un mito”. *Estudios del Hombre* nº 2, pp. 75-98. Universidad de Guadalajara (México). 1995.

–**CERVANTES DE SALAZAR, Francisco.** *Crónica de la Nueva España*. Editorial Atlas. Madrid, 1971. Edición digital gratuita disponible en Cervantes Virtual (<http://www.cervantesvirtual.com/>).

–**DE DIOS GONZÁLEZ, Juan.** “Gonzalo Guerrero, primer mexicano por voluntad propia”. *Inventio, la génesis de la cultura universitaria de Morelos*, nº 7, 2008.

–**DE LANDA, Diego.** *Relación de las cosas del Yucatán (1566)*. Edición digital gratuita disponible en: <http://www.artehistoria.jcyl.es/cronicas/contextos/12537.htm>

–**FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo.** *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano (1535)*. Edición digital disponible en Cervantes Virtual

(<http://www.cervantesvirtual.com/>).

–**PELLICER, Rosa.** “El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX”. *América sin nombre* nº 9-10, noviembre 2007, pp. 157-166.

CAPÍTULO 4

Lope de Aguirre, el tirano

Si la figura de Gonzalo Guerrero fue vista por los españoles de su tiempo como ejemplo de traición a la patria y a la religión, algo muy similar sucedió con nuestro siguiente protagonista y también como consecuencia de sus peripecias por territorios americanos en la época del Descubrimiento. Sin embargo, en este caso las desventuras del “loco Aguirre” –ese fue uno de sus muchos apodos– se desarrollaron en distintas regiones de América del Sur; donde él y sus hombres se forjaron a sangre y espada una merecida fama de crueles asesinos cuyas fechorías todavía se recuerdan.

Loco, tirano, rebelde, traidor, o peregrino. Esos son sólo algunos de los apodos y calificativos que “coleccionó” a lo largo de su vida –y tras su muerte– el conquistador español Lope de Aguirre. Una larga lista a la que hay que sumar los distintos términos toponímicos que salpican algunos de los lugares por los que pasó durante su *jornada*^[10] en busca de Amagua y El Dorado^[11]: el Salto de Aguirre, en el río Huallaga o el Puerto del Traidor, en isla Margarita, son una muestra de ellos.

Sus “hazañas” quedaron grabadas a sangre y fuego, hasta el punto de que en Barquisimeto (Venezuela) –donde murió asesinado– sus habitantes recuerdan aún hoy que el alma en pena de Aguirre vaga perdida en las noches más oscuras.

Tras el fallecimiento del rebelde, Felipe II ordenó la prohibición de citar su nombre y exigió la destrucción de cualquier escrito surgido de su pluma. Una suerte de *damnatio memoriae* que se completó con una sentencia condenatoria del Tribunal de la Audiencia de Santo Domingo, que recaía igualmente sobre su memoria, y con una tercera condena emitida por el Tribunal de Tucuyo, en la que se proclamaba a los hijos de Aguirre, ya fueran legítimos o bastardos, “infames por siempre jamás, e indignos de poder tener honra ni dignidad ni oficio público, ni poder recibir herencia ni manda de pariente ni de extraña persona”.

En su época, sus peripecias merecieron la creación de diversas crónicas –algunas de ellas elaboradas por otros miembros de la expedición, y por tanto testigos directos de lo ocurrido–, y en la actualidad han sido multitud los autores que, desde distintos puntos de vista, se han acercado hasta la oscura figura del vasco Lope de Aguirre. Incluso la literatura, el cine y hasta el mundo del comic han reservado para él un espacio de honor^[12].

Pero, ¿qué terribles crímenes cometió exactamente aquel hombre, cojo y corto de estatura a decir de las crónicas, para merecer tal interés y atenciones?

Una vida llena de sombras

A pesar de la extensa bibliografía que existe sobre Aguirre y la expedición de los *marañones* (llamados así por comenzar su travesía en el río Marañón, afluente del Amazonas), los datos fiables sobre Lope de Aguirre son realmente escasos. Sabemos que nació en Oñate (Guipúzcoa) entre 1511 y 1515, siendo hijo segundón de una familia de *hijosdalgo*, y que con apenas veinte años decide dirigir sus pasos a Sevilla, donde embarcó para las Indias en busca de fortuna.

Una vez en las Américas, tomó parte en las llamadas “guerras civiles”^[13] que tuvieron lugar en suelo peruano. En un primer lugar en el bando realista apoyando a Cristóbal Vaca de Castro frente a las fuerzas de Almagro y, posteriormente, en las tropas de Núñez de Vela contra Gonzalo Pizarro. A pesar de estos detalles, poco más sabemos de nuestro protagonista hasta su participación en la jornada que le haría tristemente célebre.

A esta dificultad para encontrar información fiable hay que sumar la existencia, en la misma época, de un personaje igualmente llamado Lope de Aguirre, también de origen vasco, que al parecer fue veterano en las campañas de Italia y cuyos actos merecieron, al contrario que los de *el Tirano*, menciones favorables a su persona. Esta duplicidad de “Aguirres” podría haber llevado en algún caso a confusiones sobre ambos personajes. Como señala Javier Ortiz de la Tabla en la introducción de una de las crónicas sobre Aguirre, es más probable que el que a nosotros nos interesa, pueda ser identificado con el llamado “fulano Aguirre”, mencionado por el Inca Garcilaso al hacer mención a un violento incidente ocurrido en Potosí en el año 1548, y cuyas características cuadran mejor con el personaje violento, alborotador y despiadado que protagonizará años más tarde hechos increíblemente cruentos.

El Perú en los tiempos de Aguirre

Para entender de forma adecuada las características de la jornada en busca de El Dorado y los horribles hechos que en ella se produjeron es indispensable conocer la situación del virreinato del Perú en la época. Décadas después de la llegada de Pizarro y sus hombres, las circunstancias sociales del territorio no eran nada halagüeñas.

El poder, las tierras y los privilegios estaban en manos del diez por ciento de la población, al igual que el comercio, y las distintas encomiendas se hallaban gobernadas por una clase alta

formada por algunos de los primeros conquistadores y otros individuos influyentes llegados de la Península Ibérica. En el otro lado se hallaba una legión de desfavorecidos formada por indígenas y emigrados de la península que habían acudido en busca de fortuna, pero que llegaron demasiado tarde al inicial reparto de riquezas y propiedades.

Junto a estos últimos destacan un grupo de hombres de guerra, que en muchos casos llevaban décadas en las Indias después de las iniciales contiendas por la conquista y las posteriores “guerras civiles” que enfrentaron a los distintos bandos de españoles. Tras estos enfrentamientos fratricidas buena parte de los soldados habían quedado desocupados, sin sueldo ni recompensa, intentando sobrevivir a la sombra de los señores. A este nutrido grupo de descontentos y desocupados hombres de guerra, que habían visto pasar su oportunidad de prosperar a pesar de haber dado su sangre y su vida por la Corona y la conquista de América, pertenecía Lope de Aguirre.

Fue esta atmósfera enrarecida y peligrosa, en la que se adivinaba la amenaza de rebelión y altercados, la que motivó la puesta en marcha de la jornada en busca de las riquezas de El Dorado que ya había buscado algunos años antes, sin éxito, Francisco de Orellana^[14].

En 1558, el entonces virrey del Perú, el marqués de Cañete, permitió la puesta en marcha de hasta tres expediciones a distintos puntos, con la intención de dar una ocupación a esa peligrosa e impredecible masa de soldados sin trabajo y a otros marginales y desfavorecidos. Esa misma motivación fue la que, un año después, le llevó a ordenar la jornada de Amagua y El Dorado, con el capitán navarro Pedro de Ursúa a la cabeza de la misma. Ursúa, que contaba entonces con unos 35 años, era un recién llegado al Perú, aunque acumulaba una importante hoja de servicios en las Indias.

De este modo, no fueron pocos los hombres de guerra que, viendo una posibilidad de entrar en actividad y lograr la gloria y la riqueza que la guerra les habían negado, decidieron enrolarse en tan singular búsqueda, esperando hallar el oro y los tesoros de la región legendaria.

Un viaje sin retorno

Pedro de Ursúa comenzó los preparativos para el viaje en febrero de 1559, buscando aportaciones económicas entre comerciantes y ricos propietarios. Ya en este punto inicial de la jornada comenzaron los primeros inconvenientes, pues el dinero prometido por algunos nunca fue entregado, y fueron los propios participantes de la expedición quienes tuvieron que aportar sus ahorros y capitales.

Finalmente, el capitán navarro logró reunir el grueso de la expedición, formada por unos trescientos soldados, seiscientos indios y treinta esclavos negros. A estos efectivos había que sumar la nutrida cohorte de amigos y parientes del propio Ursúa, a quienes se encomendó puestos de gran importancia. Entre ellos se encontraba Inés de Mendoza, una bella mestiza amante de Ursúa, cuya presencia fue mal vista desde el principio, y que a decir de algunos de los cronistas

que participaron en los sucesos, fue una de las causas del desastre, como consecuencia de la nefasta influencia que ejercía sobre el capitán español.

En cuanto a los efectivos militares, parte de ellos procedían de hombres renegados de otra expedición, la dirigida por Juan de Salinas, mientras que otro grupo más estaba formado por hombres del capitán Pedro Ramiro, hasta entonces establecidos en el pueblo de Santa Cruz de la Pocoa. Junto a ellos se encontraba también Lope de Aguirre, a quien le acompañaba su hija mestiza Elvira y otros muchos hombres de guerra enrolados en busca de fortuna. Parece ser que alguien advirtió a Ursúa de que evitara convocar a Aguirre, debido a su carácter rebelde y pendenciero, pero el líder de la expedición hizo caso omiso a las advertencias.

La jornada no comenzaría hasta el 26 de septiembre de 1560. Poco podían imaginar que aquel era un viaje sin retorno, que pasaría a la Historia por los crímenes y atrocidades que se sucederían en los meses que estaban por venir. De hecho, antes de la partida ya se habían producido algunos inquietantes incidentes que parecían presagiar lo que vendría más tarde. Durante su botadura, algunas de las embarcaciones construidas en el astillero improvisado en Santa Cruz de la Pocoa se fueron a pique irremediablemente, obligándoles a dejar un buen número de caballos y provisiones. La larga espera hasta que todo estuvo listo había sometido a la madera a muchos meses de exposición a la humedad de la región y a los insectos, así que cuando quisieron fletarlas se habían podrido ya sin remedio.

También antes de emprender la marcha, y ante la imposibilidad de alimentar a todos los participantes de la expedición en Santa Cruz, Pedro de Ursúa había enviado un grupo de hombres a un pueblo de indios motilonos. Ursúa encomendó esta misión al capitán Pedro Ramiro, a quien acompañaban medio centenar de soldados y dos “caudillos”, Francisco Díaz de Arles –amigo de Ursúa– y Diego de Frías. Éstos últimos veían con envidia a Ramiro, pues ambicionaban para ellos el cargo recibido por el capitán.

Resentidos, los dos caudillos decidieron dejar al militar y regresar con Ursúa, pero a mitad de camino se encontraron con dos soldados amigos suyos, a quienes convencieron de que el capitán Ramiro pretendía rebelarse contra el gobernador. Tras dar media vuelta, encontraron a Pedro Ramiro solo –el resto de sus hombres habían cruzado un río– y aprovecharon la circunstancia para ahogarle y cortarle la cabeza. Sin embargo, los dos caudillos no contaban con que el criado de Ramiro huyese al ver morir a su amo y pusiese a Ursúa al corriente de lo sucedido. Cuando los tuvo ante su presencia, el gobernador ordenó sin titubeos la ejecución de los asesinos cortándoles las cabezas. Antes de comenzar, la expedición se había cobrado ya la sangre de cinco hombres.

La conjura

Iniciada la marcha, pronto se hicieron evidentes las duras condiciones que les esperaban. A los peligros del río y a las alimañas, los expedicionarios tuvieron que hacer frente también a los mosquitos, las fiebres y la escasez de alimento, sin contar con las distintas poblaciones de indios –algunas hostiles– que fueron encontrando a su paso.

Tampoco tardaron en aparecer las primeras suspicacias y los conatos de motín. Con el paso de las semanas, y después de más setecientas leguas recorridas sin novedades sobre Amagua y El Dorado, comenzaron a surgir las sospechas sobre los indios *brasiles*, quienes decían conocer el paradero de aquellas ricas tierras.

Muchos hombres comenzaron también a murmurar contra el gobernador, que pasaba los días solazándose con su amante mestiza —a quien muchos culpaban de haber hechizado a Ursúa y cambiar su carácter—, mientras ellos iban sufriendo diversos padecimientos, y las voces empezaron a pedir el regreso al Perú. Cuando trascendieron aquellos deseos, Ursúa castigó a los insurrectos a remar en su barca. Una humillación que muchos no iban a perdonar.

Fue así como se tejió la traición contra el capitán navarro. Entre los cabecillas de dicha rebelión estaban Fernando de Guzmán, Lorenzo de Salduendo y, como no, el inefable Lope de Aguirre. Y así fue como el 1 de enero de 1561, una docena de hombres se acercaron sigilosamente hasta la tienda del gobernador, aprovechando que dormía. Francisco Vázquez, autor de una de las crónicas más conocidas sobre los hechos, lo recordaba así:

«...se juntaron con el dicho D. Fernando hasta doce destos traidores, dejando prevenidos otros amigos y secuaces que, en oyendo su voy y apellido, acudiesen con sus armas y fueron al aposento del gobernador, y hallándolo solo, como solía estar, acostado en cama, le dieron muchas estocadas y cuchilladas, y él se levantó y quiso huir y cayó muerto entre unas ollas en que le guisaban de comer».

Ursúa no fue la única víctima aquella terrible noche. Juan de Vargas, teniente del gobernador, también fue atravesado por el filo de una espada traicionera. Una vez llevado a cabo el complot, el andaluz Fernando de Guzmán fue nombrado general, mientras Lope de Aguirre se aseguraba el puesto de maese de campo y otros de los conjurados recibían también cargos de importancia, pese a que en su mayoría no estaban preparados para desempeñarlos.

Poco después, Guzmán y sus más allegados decidieron redactar un escrito en el que se referían los desmanes y errores supuestamente cometidos por su legítimo gobernador. Aquel escrito pretendía servir de excusa por el crimen ante el rey Felipe II, y se quiso que todos los participantes en la conjura estamparan su firma en él. El primero en hacerlo fue Guzmán, acompañando la firma de la palabra “general”. A continuación Aguirre hizo lo propio aunque, sin hipocresías, escribió: “Lope de Aguirre, traidor”. Después aprovechó el momento y desveló sus auténticas intenciones.

Aguirre argumentó que asesinar al gobernador del rey, representante de éste en la jornada, equivalía a rebelarse contra el monarca, crimen para el que no había perdón posible. Así que propuso dar marcha atrás y regresar al Perú, con la intención de conquistarlo y declarar un reino independiente del peninsular. Para ello, se decidió nombrar a Guzmán como príncipe del reino que pretendían hacer suyo, bajo el título de Fernando I *el sevillano*, mientras Aguirre se hacía con el mando militar.

Desde este instante las desconfianzas se acentuaron entre los miembros de la expedición. Todos dormían con el arma cerca, temiendo un navajazo, una estocada o un disparo de arcabuz. Y no les faltaba razón. Tras la muerte de Ursúa, y a pesar de los acuerdos alcanzados entre los

conjuradores y el resto de hombres, se extendió la indisciplina y se sucedieron los asesinatos. Muchos de ellos se produjeron, precisamente, por temor a los asesinatos y nuevas traiciones.

Así murieron a manos de Lope de Aguirre, por ejemplo, Juan Alonso de la Bandera, Cristóbal Fernández, la mestiza doña Inés, el capitán Alonso de Montoya o el almirante Miguel Robledo, así como Lorenzo de Salduendo, guardia del general Guzmán. En medio de este caos, Aguirre se destacó como el auténtico caudillo de los *marañones*, pues Francisco de Guzmán no era más que un títere que seguía sus planes sin saberlo.

A pesar de su poder, respaldado por un pequeño ejército personal de unos cuarenta hombres, Aguirre quiso adelantarse a un nuevo complot en su contra, y decidió acabar con el “príncipe” Guzmán y sus colaboradores más cercanos. En esta nueva refriega cayeron entre otros el sacerdote Alonso de Henao, a quien el propio Aguirre atravesó de una estocada mientras dormía, pinchándolo en su camastro como a un animal. Después se dirigió a casa de Guzmán y tras matar a sus más allegados, le llegó el turno al “príncipe”. Entre *el Tirano* y varios secuaces acabaron con su vida mediante estocadas y arcabuzazos. Llegaba así a su fin el corto reinado de un príncipe que nunca llegó a poseer tierras que gobernar.

El fin del tirano

A estas alturas, la locura de Aguirre se había desatado por completo. Líder único e indiscutible, llegó incluso a diseñar una bandera propia, compuesta por dos espadas cruzadas que goteaban sangre. Un estandarte más que apropiado para quien había derramado tantos litros de líquido vital de compañeros y superiores.

En este punto de la jornada, El Dorado había quedado ya completamente olvidado. El único oro que interesaba a Aguirre se encontraba en las tierras del Perú, a donde quería regresar. Antes, sin embargo, llegó con sus hordas a isla Margarita (Venezuela), donde volvió a desatar toda su crueldad. Se sucedieron de nuevo los asesinatos y Aguirre y sus hombres se lanzaron al saqueo y la destrucción. A pesar de estos excesos, el tirano no dejó de practicar las purgas entre sus propios hombres. Temiendo siempre nuevos intentos de derrocarlo, fue eliminando a aquellos que le parecían sospechosos de conspirar contra él.

A estas alturas, Lope de Aguirre era plenamente consciente de que la Corona había puesto precio a su cabeza. En un gesto sorprendente y un tanto ingenuo, Aguirre redactó una célebre carta dirigida a Felipe II, en la que reivindicaba y reafirmaba su rebeldía, despachándose a gusto con el monarca, a quien acusa del lamentable estado de las Indias, denunciando la corrupción que alcanza a todos los estamentos de la Corona y recriminando el olvido que sufrieron todos los que, como él, dieron su vida por su rey:

«Nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos has negado lo que de derecho se nos debía. Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, el Peregrino».

Aunque en su carta Aguirre amenazó a Felipe II con hacerle «la más cruda guerra», fue poco lo que Aguirre pudo hacer frente a las tropas realistas. Los soldados del rey le dieron caza mientras se encontraba en las cercanías de Barquisimeto (Venezuela), después de que la mayor parte de sus hombres le abandonara con la intención de conseguir el perdón real. Dicen algunos cronistas que, antes de caer, él mismo mató a su hija Elvira, diciéndole: «Mejor morir ahora como hija de rey que después como hija de traidor y como puta de todos». Poco después le alcanzaban dos disparos de arcabuz, y uno de sus hombres, Custodio Hernández, le seccionó la cabeza de un certero tajo. Como castigo ejemplar, los hombres del rey mutilaron el cadáver de forma terrible: le cortaron las manos y la cabeza, quedando ésta expuesta durante días como escarmiento público a posibles imitadores.

Terminaba así la vida del loco Aguirre y con ella llegaba el punto final a una desquiciante expedición que había partido en busca de nuevas tierras, oro y riquezas, pero que sólo cosechó sangre y dolor. En la nómina de muertes atribuidas al *Tirano* se acumulaban al menos setenta y dos almas.

BIBLIOGRAFÍA:

–**MARCUS, Raymond.** “El mito literario de Lope de Aguirre en España y en Hispanoamérica”. Actas 3er. Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, 1968.

–**TORRENTE BALLESTER, Gonzalo.** “Lope de Aguirre, el peregrino”. Suplemento de revista Vértice, 1940.

–**VÁZQUEZ, Francisco.** *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre.* Alianza Editorial, 2007.

CAPÍTULO 5

Pedro Menéndez de Avilés:

Un asturiano a la conquista de Florida

Si Gonzalo Guerrero y Lope de Aguirre habían sido considerados traidores –el segundo con mucha más razón que el primero–, nuestro siguiente “olvidado” por la Historia dejó a su paso más luces que sombras –aunque también tuvo las suyas, como tendremos ocasión de ver. Corsario, capitán general de la flota de Indias, *Adelantado*, gobernador, conquistador y audaz explorador... Esos son sólo algunos de los cargos y adjetivos que sobresalen en el currículum de nuestro siguiente protagonista, Pedro Menéndez de Avilés, un intrépido marino asturiano que brilló con luz propia en el apasionante y peligroso siglo XVI.

Llevaban ya cuatro días de dura y agotadora marcha a través de los pantanos, bajo una lluvia incesante que les calaba los huesos y que había inutilizado sus armas de fuego cuando, por fin, al amanecer del 20 de septiembre de 1565 avistaron las empalizadas de madera que daban forma a Fuerte Carolina, la guarnición de los infieles franceses.

El nutrido grupo de españoles –unos cuatrocientos– había seguido las indicaciones de dos caciques indios de la región y un prisionero francés que sirvieron de guías, y estaba comandado por el audaz Pedro Menéndez de Avilés, *Adelantado* del rey Felipe II en La Florida.

Con las primeras luces del alba el asturiano envió a un pequeño grupo de hombres que, sigilosamente, eliminó a los guardias del fuerte. Con aquella acción la pequeña colonia de franceses era literalmente suya: en su interior apenas quedaban ciento cincuenta colonos hugonotes, la mayoría mujeres y niños, pues el grueso de soldados había partido en barcos con la intención de acabar con los españoles. Un inesperado huracán les había obligado a alejarse de la costa, y Menéndez de Avilés, fiel a su instinto de hábil estratega, había aprovechado la ocasión para hacerse con la posición francesa.

El conquistador español respetó la vida a las mujeres y los niños, pero pasó a cuchillo a la veintena de hombres que estaban en condición de luchar. El mismo destino les esperaba a los cientos de soldados de la flota francesa que habían sobrevivido al huracán. Entre ellos estaba Jean Ribault, el capitán hugonote. La abundante sangre francesa derramada no quedó en el olvido, pues desde entonces aquel lugar fue conocido con el nombre de Bahía de Matanzas.

Apenas unas jornadas antes, el 28 de agosto, día de San Agustín, el avilesino había fundado a

varios kilómetros de allí la colonia del mismo nombre, el primer asentamiento europeo permanente de los actuales Estados Unidos de América, que permanecería en manos españolas hasta una fecha tan tardía como 1821, con excepción de un breve paréntesis de dieciocho años. Esta es la historia del hombre que lo hizo posible.

Nacido para la aventura

Cuando Pedro Menéndez de Avilés era apenas un crío, en la tercera década del siglo XVI, las historias sobre los corsarios franceses que amenazaban a los barcos españoles estaban en boca de todos a lo largo de los distintos puertos de la cornisa cantábrica.

No es extraño, por tanto, que la imaginación de aquel niño de noble cuna, hijo de Juan Alfonso Sánchez de Avilés –quien había luchado con valor en la guerra de Granada contra la morisca–, volara sin remedio hasta mar abierto, y pasara las horas soñando con hundir en las profundidades las naves del enemigo francés. Un sueño que el destino tuvo a bien concederle.

Cuando su madre quedó viuda y poco después volvió a contraer matrimonio, Pedro, que aún era un niño, quedó al cuidado de un familiar que debía encargarse de su educación. Sin embargo el pequeño Pedro tenía otros planes, así que decidió escaparse de su tutor. Tardaron varios meses en encontrarle, hasta que finalmente apareció en Valladolid. Fue llevado de vuelta con su tutor, pero no aguantaría mucho tiempo con él.

Con apenas catorce años Pedro se escapó de nuevo para cumplir sus sueños de aventuras, y en esta ocasión lo logró: consiguió enrolarse como grumete en una modesta escuadra que vigilaba las costas españolas para evitar los ataques de los piratas franceses.

Estuvo dos años en el mar, aprendiendo el arte de marear y los secretos de la guerra naval, y después regresó a su Avilés natal. Pero no lo hizo por miedo o cansancio, sino porque su inquieta mente había trazado un plan: reclamaría la herencia paterna a la que tenía derecho y con aquel dinero compraría su propia embarcación.

Y así fue. Aunque sus parientes intentaron detenerle, y pactaron su matrimonio con la todavía niña Ana María de Solís, Pedro consiguió su objetivo, y con el dinero de la herencia consiguió construir un pequeño y humilde *patache*, una embarcación modesta pero rápida, perfecta para surcar las aguas del cantábrico en busca de naves corsarias enemigas.

A bordo de aquella embarcación tripulada con apenas cincuenta hombres, y con sólo diecinueve años, Pedro Menéndez de Avilés consiguió su primera hazaña: apresó a dos barcos franceses que habían capturado tres naves españolas en las costas gallegas y liberó a los más de sesenta marinos que formaban su tripulación.

A partir de aquel momento su carrera fue imparable y su nombre se convirtió en toda una leyenda en las frías aguas del Cantábrico. De hecho, en aquellos años no había puerto ni embarcación, ya fuera francesa o española, que no estuviera al tanto de sus hazañas.

Una de sus victorias más sonadas tuvo lugar en 1544, cuando logró derrotar al corsario galo Jean Alphonse de Saintoge. El pirata francés había capturado nada menos que dieciocho barcos españoles, llevándolos al puerto de La Rochelle, en el actual departamento galo de Charente-Maritime. Con la audacia de la juventud, el asturiano no dudó en adentrarse en el puerto galo, abordando la nave de Saintoge, al que dio muerte, y recuperando los barcos españoles.

Aquella hazaña le valió el reconocimiento del mismísimo emperador Carlos, quien le concedió Real Patente de Corso para que continuara limpiando las aguas del Cantábrico, infestadas de corsarios franceses. Algunos años más tarde su reputación era tal que el propio monarca le encomendó la tarea de trasladarle a Flandes en 1554, y ese mismo año se encargó de llevar al entonces príncipe Felipe a puerto español tras su boda en Inglaterra con María Tudor.

Fue también él quien, en 1557, transportó el avituallamiento para las tropas españolas en Flandes, permitiendo la sonora victoria en la batalla de San Quintín. Para aquel entonces ya había ejercido como capitán de la flota del virrey del Perú y, finalmente, fue nombrado capitán general de la flota de Indias. Sería precisamente allí, en el Nuevo Mundo, donde le esperaba la mayor gloria de todas...

A la conquista de la Florida

Tras el descubrimiento protagonizado por Colón a finales del siglo XV, los conquistadores se habían afanado en explorar las costas del Golfo de México y del Atlántico. Cortés había logrado la conquista de Nueva España, y otros conquistadores se lanzaron a la exploración del centro y el sur del continente. Sin embargo, la colonización de Norteamérica se convirtió en una tarea mucho más lenta y ardua.

En junio de 1497, apenas cinco años después del primer viaje de Colón, el navegante italiano Giovanni Caboto, al servicio de los ingleses, había alcanzado Terranova y Labrador, pero sólo permaneció allí durante poco más de veinte días.

Los siguientes intentos por explorar y colonizar el norte de América fueron protagonizados por españoles (ver anexo al final del capítulo) y franceses, pero siempre sin éxito. Hasta que, hacia 1562, un grupo de hugonotes franceses intentó establecerse en una región costera del actual estado de Carolina del Sur...

Por aquel entonces Pedro Menéndez de Avilés era ya capitán general de la flota de Indias, y desde su nombramiento en 1556 se había encargado de comandar distintas flotas que transportaban metales preciosos y otras riquezas desde las tierras americanas a España. Tras una de estas travesías, en el año 1561, él y su hermano Bartolomé fueron detenidos por oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla^[15], y retenidos en prisión. Al parecer, miembros muy influyentes de dicha Casa les acusaban de realizar contrabando y cometer otras irregularidades, y con aquellos cargos les retuvieron durante largo tiempo en la cárcel.

Un amigo de la familia, Martín Alonso, que hasta entonces había sido oficial de dicha institución, decidió renunciar a su cargo para ejercer de abogado de los hermanos, pero los trámites burocráticos –había que copiar uno por uno todos los documentos con las acusaciones– se alargaron a propósito para retenerles en prisión. El de Avilés había sido nombrado capitán general de la flota de Indias por el mismísimo Felipe II, cuando la función de designar tal cargo había recaído tradicionalmente en la cúpula de la Casa de la Contratación. Esta pérdida de privilegios, y la envidia hacia el rápido ascenso de Pedro Menéndez, que cada vez poseía más influencia en el comercio en las Indias, fueron probablemente las razones que llevaron a su detención.

Los oficiales de la Casa no tenían pruebas contra los hermanos, pero aún así consiguieron retenerlos en prisión durante dos largos años. Finalmente, tuvo que ser el propio Felipe II quien acudiera en auxilio de los marinos, obligando a la celebración del juicio, que se saldó con el pago de una ridícula multa.

Mientras estaba en prisión, Pedro había recibido la noticia del naufragio de la embarcación en la que viajaba su hijo Juan, en aguas de las Bermudas, así que cuando consiguió la libertad ya había planeado poner rumbo al Nuevo Mundo para intentar averiguar si seguía vivo.

Pero antes de que pudiera levar anclas, el monarca requirió sus servicios. Felipe II había recibido noticias del establecimiento de Jean Ribault en Carolina del Sur y estaba decidido a frenar las aspiraciones colonialistas de Francia en el Nuevo Mundo. Para entonces, la colonia de Ribault había fracasado, pero otro hugonote francés, René de Laudonniere, se había establecido en otro lugar –cerca de la actual Jacksonville, en Florida–, bautizando el enclave como Fuerte Carolina.

Así que el rey español ofreció a Pedro Menéndez de Avilés el título de *Adelantado*, prometiéndole el de marqués si conseguía derrotar a los franceses y establecer con éxito varias colonias en La Florida, evangelizando a los indígenas de la región. Los detalles del acuerdo quedaron por escrito en un contrato firmado el 20 de marzo de 1565, y el asturiano dispuso todo para cumplir con su parte y, al mismo tiempo, intentar encontrar a su hijo Juan que, de haberse salvado, podría estar en aquellas lejanas tierras.

Como era habitual en aquellos casos, el ahora *Adelantado* debía sufragar la mayor parte de los gastos de la empresa, financiando el coste de las embarcaciones, el pago de los soldados y de las provisiones. Mientras reunía su flota, compuesta por unos once navíos, llegaron malas noticias de los espías destacados en Francia. Al parecer, el capitán hugonote Jean Ribault, que había fracasado en su intento de colonia en Carolina del Sur, se preparaba para partir con una nueva flota para apoyar a su compatriota Laudonniere, establecido en Fuerte Carolina.

Al conocer los nuevos planes galos por hacer realidad una Nueva Francia en suelo americano, Felipe II ordenó la movilización de otros trescientos soldados y más embarcaciones que debían apoyar al nuevo *Adelantado* de La Florida. A su vez, Menéndez de Avilés decidió apresurarse, y el 28 de junio de 1565 zarpaba con parte de la flota desde Cádiz rumbo a Canarias. Allí esperarían al resto de las naves, comandadas por su segundo, Esteban de Alas. Una vez reunidas, las fuerzas españolas sumaban, según recogió su amigo, el cronista Gonzalo Solís de Meras, veintiséis barcos y 2.464 tripulantes, sumando soldados, campesinos y religiosos.

Por desgracia, cuando estaban en mitad del Atlántico les sorprendió una fuerte tormenta, y buena parte de la flota se vio obligada a dar media vuelta. Menéndez de Avilés y el resto de las embarcaciones siguieron adelante, alcanzando Puerto Rico a comienzos del mes de agosto. Pocas semanas más tarde, a finales de mes, los españoles ponían pie en tierras de La Florida, estableciendo la misión de Nombre de Dios y, poco después, la futura colonia de San Agustín.

A pesar de los esfuerzos de Menéndez por adelantarse a la llegada de los refuerzos de Ribault, la tempestad que les había sorprendido retrasó su avance, así que al llegar a Florida el francés ya se había sumado a sus compatriotas. Aquel contratiempo, sin embargo, no amilanó al audaz marino asturiano, habituado a bregar con los corsarios galos.

Decidido a derrotar a los enemigos cuanto antes, y a pesar de las quejas de sus compatriotas, Pedro Menéndez decidió atacar los barcos franceses que, a principios de septiembre, habían visto atracados en la costa. En total eran once embarcaciones –más que los españoles, pues la flota había quedado dividida por la tormenta a mitad del Atlántico–, pero aquello no echó para atrás al *Adelantado*.

Aprovechando la oscuridad de la noche, los españoles se adentraron en las aguas cercanas al Fuerte Carolina y, tras hacer tocar la señal de ataque, comenzó la persecución. A pesar de su experiencia en el mar, Menéndez de Avilés pasó toda la noche, sin éxito, persiguiendo a las embarcaciones francesas. El español decidió regresar a San Agustín, y ordenó el desembarco de la mayor parte de sus hombres.

Fue entonces cuando Ribault decidió pasar al contraataque. Pero para desgracia del francés, la suerte no estaba de su lado. Una fortísima tormenta se desató en la zona, y las naves francesas se vieron obligadas a alejarse de la costa para no acabar estrellándose contra las rocas.

Aquella era la ocasión que Menéndez estaba esperando. Movilizó a quinientos hombres y, en medio de los fuertes vientos y las lluvias desatadas por el huracán, puso rumbo a Fuerte Carolina. El desenlace, como veíamos al principio, se saldó con la victoria española.

Tras la derrota –y posterior exterminio– de los franceses, Pedro Menéndez de Avilés, ya convertido oficialmente en gobernador de La Florida, se dedicó a explorar aquellos territorios, procurando establecer nuevas colonias y misiones para evangelizar a los indígenas, cumpliendo así con el contrato firmado con Felipe II.

En febrero de 1566, Pedro Menéndez comandó una pequeña flota con la que se dedicó a explorar la costa occidental de Florida, al tiempo que trataba de localizar a su hijo. Durante aquel viaje contactaron con la tribu de los indios *calusa*, con los que inicialmente llegaron a negociar, pues el español tomó por esposa a la hermana del cacique indio, a la que bautizaron como doña Antonia. Sin embargo, poco después las cosas se torcieron, y el enfrentamiento con los nativos de la región se endureció hasta tal punto que no acabaría hasta el siglo siguiente.

Pedro Menéndez también tuvo ocasión de explorar las costas de Georgia, Carolina del Sur y parte del río San Juan, estableciendo nuevos asentamientos como los fuertes de San Felipe y San Mateo, y dejando en cada enclave una guarnición de hombres bajo el mando de alguno de sus capitanes. El español, sin embargo, no sólo buscaba colonizar y evangelizar aquellas tierras, sino también encontrar algún posible paso que atravesara el continente hasta aguas del Pacífico,

permitiendo la llegada a Oriente, que tan provechoso podía ser para el comercio. En lo que respecta a su hijo Juan, jamás pudo encontrarlo.

Pese a sus éxitos, la empresa de Menéndez de Avilés no estaba exenta de dificultades, y sin duda alguna la mayor de ellas era la de la falta de víveres. El asturiano intentó mitigarla pidiendo ayuda al gobernador de Cuba, pero ante la negativa de éste, decidió regresar a España para conseguirla directamente del monarca. Felipe II se la concedió, y también el cargo de gobernador de Cuba, que ejerció hasta su regreso a España.

La vuelta definitiva a la metrópoli se produjo en 1574, cuando el rey le encomendó una nueva e importantísima misión: el mando de una poderosa armada que, en secreto, ayudase a las tropas españolas de Luis de Requesens en Flandes. Por desgracia, el de Avilés nunca llegaría a ver aumentada su gloria militar con aquella nueva aventura. El 16 de septiembre de aquel año, mientras preparaba la flota en Santander, enfermó repentinamente de un “tabardillo maligno” –un tifus transmitido por las pulgas que abundaban en los hacinamientos– y falleció.

Sus hazañas llegaron así a su fin, pero su leyenda sigue aún muy viva, no sólo en Avilés, sino también en los territorios de Florida donde, todavía hoy, se honra su memoria en San Agustín^[16], la ciudad que fundó y que presume de ser la más antigua de los actuales Estados Unidos de América.

Otros exploradores de la Florida

Antes del establecimiento de Pedro Menéndez de Avilés en San Agustín, otros exploradores españoles habían intentado –sin éxito–, adentrarse en los territorios de esta parte del continente y establecer colonias para la Corona. Todos ellos fracasaron, pero su esfuerzo sentó las bases para el éxito de la campaña dirigida por el asturiano:

-Juan Ponce de León. Además de pasar a la historia como el conquistador de Puerto Rico, el vallisoletano fue el descubridor de La Florida, región que él mismo bautizó y a la que llegó el 2 de abril de 1513. Tras reclamar el territorio para la Corona española, siguió navegando hasta llegar a los cayos de Florida, bordeando toda la costa occidental. Años más tarde, en 1521, regresó de nuevo con unos 200 hombres, y en esta ocasión recorrió la costa sudoeste de Florida. El grupo fue atacado por los indios *calusa* y Ponce resultó herido, falleciendo poco después en La Habana.

-Alvar Núñez Cabeza de Vaca. De familia hidalga, este gaditano viajó dos veces a América. En la primera ocasión zarpó desde Sanlúcar de Barrameda en junio del año 1527, formando parte

de la fallida expedición del *Adelantado* y gobernador de La Florida **Pánfilo de Narváez**, que tenía como misión colonizar el territorio norteamericano.

Por desgracia la expedición fue un fracaso, pues los barcos fueron sorprendidos por una fuerte tormenta en Cuba, y el grupo de los exploradores no alcanzó Florida hasta abril del año siguiente. Narváez intentó explorar la región de la bahía de Tampa siguiendo rumores sobre existencia de oro, pero más tarde desistió y perdió la vida intentando llegar hasta México. A aquel desastre sólo sobrevivieron cuatro personas, entre ellas Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Antes el explorador había llegado a la isla de Galveston (Texas), y terminaría por recorrer buena parte del sudoeste de los Estados Unidos y el norte de México.

Finalmente él y sus acompañantes consiguieron llegar al asentamiento español de Culiacán. Fruto de aquel primer viaje Cabeza de Vaca escribió una crónica titulada *Naufragios*, la primera que describió las poblaciones indígenas del Golfo de México. Años más tarde acabaría regresando a América, en este caso al sur del continente, como Segundo *Adelantado* del Río de la Plata.

-Lucas Vázquez de Ayllón. Después de pasar por Santo Domingo, Santiago de Cuba y México, en 1523 dirigió una expedición con la finalidad de encontrar el llamado Paso del Noroeste –una ruta marítima para llegar a las Indias orientales– explorando la costa este de los Estados Unidos. Tres años después encabezó una nueva expedición al mando de 600 colonos, con la intención de colonizar los territorios del actual estado de Virginia y Carolina del Sur. Fruto de aquel viaje surgió la colonia de San Miguel de Guadalupe, que finalmente no prosperó por falta de alimentos. Según relataron los supervivientes al llegar a La Española, Ayllón falleció durante el camino de regreso.

-Hernando de Soto. Tras haber dirigido expediciones de exploración por la costa del Yucatán (1528) y el Perú acompañando a Pizarro, en mayo de 1539 Hernando de Soto lideró una expedición que, compuesta por unos 600 hombres, recorrió buena parte de La Florida y los Estados Unidos meridionales, viajando a través de territorios de los actuales estados de Georgia, Carolina del Sur y del Norte, y Tennessee. Su intención era colonizar aquellas regiones, evangelizar a los indígenas y establecer ciudades a su paso. Con el grupo de españoles cada vez más diezmado, De Soto murió tres años después del inicio de la expedición, víctima de unas fiebres.

-Tristán de Luna y Arellano. Soriano de familia noble, este explorador español viajó junto a **Francisco Vázquez de Coronado** en busca de la legendaria Cíbola y las otras siete ciudades de oro, al norte de México. Durante el viaje los exploradores atravesaron el estado mexicano de Sonora (1540) y el actual Nuevo México (EE. UU.) Tras 37 días de exploración infructuosa, Coronado ordenó el regreso para unirse con un segundo grupo, y juntos pasar el invierno. Jamás encontraron las ciudades de oro. Tras varios años en Oaxaca y Yucatán, en 1557 recibió el encargo de explorar el actual estado de Georgia y establecer allí un asentamiento. Partió para

viaje con el título de gobernador de Florida, dirigiendo un grupo de unos 1.500 hombres. El nutrido grupo alcanzó las costas de Pensacola en agosto de 1559, fundando una ciudad, Santa María, que resultó devastada por un terrible huracán, y tras el desastre fue destituido y terminó sus días en la Ciudad de México.

BIBLIOGRAFÍA:

–**ETHRIDGE, Robbie.** *From Chicaza to Chickasaw. The european invasión and the transformation of the mississippian world, 154-1715.* The University of North Carolina Press, 2010.

-**LYON, Eugene.** *The Enterprise of Florida: Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568.* University Press of Florida, 1983.

CAPÍTULO 6

Lucrecia de León, una “profetisa” contra Felipe II

Tras esta primera aproximación a las andanzas de distintos españoles en los confines del Nuevo Mundo –a donde regresaremos dentro de algunos capítulos–, en las páginas siguientes volvemos a la piel de toro, y lo hacemos para repasar la vida de dos personajes en principio totalmente opuestos, como pueden parecer una supuesta profetisa condenada por la Inquisición, y un juez de ese mismo temido tribunal eclesiástico. Y es que la vida en España en los siglos XVI y XVII estuvo marcada, en lo religioso, por la efervescencia de la Contrarreforma, la enconada –y fanática– defensa de la fe por parte del Santo Oficio, y la proliferación de las más variadas formas de superstición, ya fuera bajo la forma de supuestos visionarios –como en el presente capítulo– o la de las brujas, como veremos en el siguiente.

Corren los primeros meses del año del Señor de 1588 y, para cuando el calendario señale el mes de agosto, al final de la canícula, el desastre que se cierne sobre España se hará realidad. Será entonces cuando el mundo asista con asombro al fin de Felipe II y al dominio de los Habsburgo en la Península Ibérica. Primero llegará la pérdida de la Armada Invencible, que sufrirá una aplastante y humillante derrota frente a los herejes británicos. A continuación, España será invadida por los ingleses a través de Portugal, por los infieles musulmanes desde el norte de África, y por los herejes protestantes a través de los Pirineos. El monarca intentará escapar a su destino, pero será en vano, y la muerte le alcanzará en Toledo. La dinastía de los Habsburgo llegará a su fin, y un nuevo monarca, de nombre Miguel, surgirá de las cenizas del reino, cual Ave Fénix, para devolver el esplendor a España.

Todos estos males que están a punto de acontecer son un castigo divino a los muchos pecados de Felipe II, y en especial al despótico trato que ha dispensado a sus súbditos. Sólo un rincón de la geografía española quedará a salvo del desastre: una pequeña cueva cercana a Ocaña, en Toledo, donde unos pocos afortunados podrán refugiarse para sobrevivir al horroroso Apocalipsis que espera a la nación.

Como ya sabrá el lector llegado este punto, los sucesos descritos en los dos párrafos anteriores nunca se convirtieron en realidad. Sin embargo, no son el argumento de ninguna ficción histórica, sino los vaticinios de una joven llamada Lucrecia de León. Al contrario que otros muchos “iluminados” que aparecieron por doquier en la España de finales del siglo XVI, esta doncella madrileña, que aseguraba sufrir sueños proféticos desde la infancia, consiguió reunir en torno a su figura a destacados miembros del clero, la nobleza e incluso la Corte, propagando sin

demasiado reparo sus mensajes contrarios al monarca. Ante semejante indiscreción, era inevitable que finalmente atrajera la atención del rey, de algunos de sus hombres de confianza y, como era de esperar, de la temida Santa Inquisición.

Religión vs. superstición

Lucrecia había nacido en Madrid en el año de 1568, en el seno de una familia de clase humilde, pues aunque su padre, Alonso Franco de León, ejercía de representante de los comerciantes genoveses en la ciudad, sus ingresos eran bastante modestos. Por esta razón, Lucrecia nunca asistió a una escuela y se dedicaba a ayudar a su madre, Ana Ordoñez, en su labor como sirvienta en casas de familias más acomodadas.

Según ella misma acabaría relatando ante el Santo Oficio, sus dotes proféticas aparecieron ya en la infancia, bajo la forma de sueños premonitorios que terminaban por cumplirse, para disgusto de sus progenitores, quienes intentaban poner freno a aquellos inquietantes vaticinios a base de palos y azotes. Los castigos físicos, sin embargo, no resultaron efectivos y, según el relato de la propia Lucrecia, los sueños –en los que se le aparecían hombres misteriosos para advertirle de lo que iba a acontecer– se hicieron más frecuentes e intensos cuando cumplió los dieciséis años.

El supuesto don de la joven madrileña no era, ni mucho menos, algo único en aquella época. A lo largo de todo el siglo XVI, y también en fechas posteriores, España vio aparecer una pléyade de iluminados, adivinos y supuestos profetas que advertían del fin del mundo o de la ocurrencia de los más variados desastres. Sin embargo, pocos alcanzaron la osadía de Lucrecia con sus vaticinios, anunciando el fin de Felipe II y el desastre de España.

En aquellos años del siglo XVI, la vida de los españoles estaba férreamente dirigida por los dictados de la fe católica. Una fe por cuya ortodoxia velaban el celoso monarca y la temida Inquisición. Pese a todo, era habitual que menudearan creencias y supersticiones ajenas o contrarias a la fe recogida en las Escrituras, como la astrología, la magia o la adivinación, proliferando todo tipo de visionarios y charlatanes. En ocasiones, las actividades de algunos de ellos llamaban la atención del Santo Oficio, pero normalmente aquellos procesos se saldaban con penas suaves o incluso sin castigo, y no era extraño que entre los propios clérigos, nobles o personajes ilustres se diera pábulo a este tipo de creencias. Es en este escenario, en el que se entremezclaban la fe y la superstición, en el que se desarrolla el singular episodio de Lucrecia de León.

Al parecer, la joven madrileña había limitado las descripciones de sus sueños a su círculo familiar, pero en octubre de 1587 un encuentro fortuito daría un giro insospechado a su vida. En aquellas fechas, cierto día, la muchacha estaba en la puerta de su casa, cuando apareció un joven conocido, de nombre Juan de Taves, quien acababa de dejar a su amo en casa de un amigo. El señor para el que trabajaba Taves no era otro que don Alonso de Mendoza, un ilustre personaje perteneciente a la familia de los condes de La Coruña, y en aquellos años canónigo de la catedral de Toledo, doctor y lector de teología en la Universidad de Alcalá de Henares, amén de abad de

San Vicente de la Sierra.

Don Alonso de Mendoza, hombre letrado, era uno de aquellos clérigos interesados en las visiones y profecías. Precisamente, aquel día estaba visitando a otro personaje, Miguel de Piedrola^[17], antiguo militar, con una gran fama a sus espaldas como profeta de grandes aciertos. Cuando Lucrecia oyó a Taves mencionar a Piedrola se interesó enormemente por él, pues dijo haberle visto en uno de sus sueños, que parecía no traer buenos augurios para su persona. El joven paje, Taves, puso a la doncella al tanto de las peripecias visionarias de Piedrola y, cuando regresó a casa con su amo, explicó a éste su encuentro con la joven Lucrecia.

El canónigo quedó inmediatamente fascinado por las supuestas dotes adivinatorias de la muchacha, y no tardó en hablarle de ella a Miguel de Piedrola. Éste, a su vez, hizo llamar a la joven, asegurando que él también la conocía gracias a uno de sus sueños visionarios. Fue así, de modo fortuito, como Lucrecia de León pasó a formar parte de aquel singular círculo de personajes interesados en los vaticinios que anunciaban numerosos males para España. Piedrola, a quien por aquellas fechas ya seguía muy de cerca la Inquisición, no tardaría en ser detenido e investigado, y fue entonces cuando la doncella pasó a convertirse en su sustituta, continuando con unos mensajes proféticos que seguían la misma línea, aunque no tardaron en hacerse aún más siniestros.

Un grupo singular

Aquel extravagante círculo de creyentes en las profecías, al que Lucrecia acababa de unirse, estaba formado también por otros personajes, algunos notables, como don Alonso de Mendoza, y otros de más baja extracción social. Entre los más destacados se encontraba otro clérigo, fray Lucas de Allende, Comisario General de la Orden de San Francisco y guardián del convento que los franciscanos tenían en Madrid. Junto a don Alonso y a otros personajes que veremos a continuación, fue uno de los encargados de transcribir el contenido de los sueños que Lucrecia aseguraba experimentar. Otro personaje notable era don Guillén de Casás, hijo del gobernador de Nicaragua y Costa Rica, quien prosperó primero como capitán de infantería, y más tarde como gobernador de Yucatán, Cozumel y Tabasco. Casás, al igual que Piedrola o Lucrecia, también decía tener el don de la profecía, facultad que se había manifestado mientras se encontraba en las Indias. Una vez de regreso a España, no tardó en relacionarse con Alonso de Mendoza y sus amigos.

En lo que respecta a los otros personajes de más baja condición social, descubrimos a dos hombres conocidos como Sacamanchas y Trijueque respectivamente –limpiador uno y alguacil de Corte el otro– quienes, según su propio testimonio, poseían también la virtud de recibir revelaciones divinas. También de baja extracción social eran el antiguo soldado Diego Navarro, reconvertido en aquellas fechas en *santiguador* –nacido con supuestas dotes para sanar enfermos– y el joven Diego de Vítores, empleado en la casa de don Antonio de Toledo, ilustre miembro de la Cámara de su majestad.

Aquel era, en rápidas pinceladas, el singular y heterogéneo grupo que durante varios años

asistió a las revelaciones de la joven Lucrecia. Dos clérigos, un antiguo gobernador en Indias y capitán de infantería, un alguacil, un *santiguador*, un criado, una inofensiva doncella y un humilde *sacamanchas*. De todos ellos, al menos cuatro decían recibir mensajes proféticos. Tal pareciera que todos los agoreros del reino habían ido a juntarse en aquel Madrid de Felipe II.

Un búnker para el Apocalipsis

Apenas unos meses después de la detención de Piedrola por parte del Santo Oficio, Lucrecia se ha convertido ya en su sustituta, quedando bajo la estrecha y manipuladora tutela de don Alonso de Mendoza. Como se verá más tarde, todo parece indicar que fue él quien, con su obsesión por las profecías y otras prácticas ocultistas, como la alquimia, guió e interpretó a su antojo las profecías que la joven aseguraba recibir. En este tiempo, serán principalmente Alonso y fray Lucas quienes se encarguen de transcribir los vaticinios de Lucrecia, sin que ésta –por completo analfabeta hasta que conoció al grupo– tuviera control sobre lo que anotaban. De hecho, durante el posterior proceso, Lucrecia asegurará a los fiscales que ella olvidaba los sueños una vez relataba el contenido de los mismos y que, dada su condición de iletrada, le resultaba imposible determinar si lo que Mendoza y sus compañeros escribían se ajustaba a lo que ella les había relatado.

En cualquier caso, los documentos procesales permiten conocer el contenido de aquellos sueños, que giraban principalmente en torno al desastre de España. Una ruina que tenía su origen en el monarca español, a quien acusaban de «la poca justicia que administraba en sus reinos y de ser enemigo de pobres por la poca limosna que les hacía, por lo cual había de suceder la destrucción de España». Además de aquel particular Apocalipsis, que tendría su cima en la muerte del rey y en la invasión del país por parte de sus enemigos, los sueños de Lucrecia anunciaban también un posterior periodo más benigno, propiciado por el surgimiento de un nuevo rey que devolvería la gloria y esplendor al imperio español.

Arrancado el año de 1588, los sueños de la joven parecen hacerse más abundantes, y profundizan en señalar los distintos desastres que están a punto de acaecer. Lucrecia –o quizá más bien sus “interpretes”– no duda en apuntar una fecha concreta para aquella calamidad: el mes de agosto de ese mismo año. Será entonces cuando la Armada Invencible sufrirá una derrota, y a continuación se producirán el resto de desgracias. Esta inminencia de una realidad que para ellos parecía inevitable, llevó al grupo a intentar reunir dinero y alimentos con los que sobrevivir durante la invasión de infieles y herejes en la cueva de Sopeña, en la provincia de Toledo.

Este enclave, cercano a la localidad de Ocaña, se encontraba ubicado en una finca propiedad de fray Lucas de Allende. Además del círculo de Alonso de Mendoza y sus “secuaces”, otros personajes –algunos ciertamente relevantes– contribuyeron de una forma u otra a financiar y acondicionar aquella misteriosa cueva, cuyo paradero sigue siendo hoy una incógnita. Entre estos simpatizantes de la excéntrica causa se encontraba, al parecer, el mismísimo Juan de Herrera, arquitecto de Felipe II y responsable de la construcción de El Escorial. Según se desprende de algunos testimonios recogidos en el proceso inquisitorial, el arquitecto no se limitó a aportar

dinero para la compra de grano, sino que además habría proyectado algunas remodelaciones que permitieran habitar la cueva durante un largo periodo.

Mientras avanzaban los preparativos para hacer frente al desastre, Lucrecia, cada vez más convencida de sus visiones, comenzó a visitar a una amiga, Juana Correa, a quien no dudó en hacer partícipe de sus sueños. Ésta la convenció para acudir a casa de otras beatas, amigas todas ellas del círculo de visionarios, y en su compañía habló sin tapujos ni precauciones. Fue así como los detalles de aquellos presagios terminaron por llegar a oídos del vicario de Madrid, el doctor Neroni, quien ordenó la detención de Lucrecia.

Para entender aquella detención hay que tener en cuenta que, desde 1515, la Iglesia se había mostrado muy interesada en cualquier testimonio sobre presuntos profetas. Las autoridades eclesiásticas debían determinar si aquellos individuos que decían tener tales dones gozaban efectivamente del “toque” divino. En caso contrario, y determinado el engaño o la superchería, se condenaba al acusado a azotes y destierro. Cuando don Alonso de Mendoza tuvo conocimiento de la detención de su pupila no tardó en presentarse ante el cardenal don Gaspar de Quiroga, en aquel entonces inquisidor general. Aunque Quiroga se mostró en un primer momento partidario de castigar lo que consideraba fruto de «borracherías y adivinencias», finalmente Mendoza consiguió convencerle de que dejara libre a la joven.

Pese a lo que cabría esperar, aquel primer encontronazo con las autoridades no amedrentó ni a Lucrecia ni a sus más fervientes seguidores. Únicamente personajes menores de la trama, como Diego Navarro, el *santiguador*, se alejaron del grupo temiendo males mayores. A partir de entonces, y a pesar de que el anunciado desastre para el rey y el país no se produce en la fecha prevista, los sueños de Lucrecia se multiplican y adquieren un tono aún más político. Es en este momento cuando el grupo decide crear una especie de sociedad religiosa, la llamada Congregación de la Nueva Restauración. Con su aparición, los sueños de Lucrecia se contagian a otros. Ahora no sólo sueña la muchacha, sino también su hermano pequeño, Alonso, la esposa de *Sacamanchas* o el hermano de fray Lucas. Todos coinciden en señalar que el fin de España está próximo.

Ante el Santo Oficio

Durante algo más de un año, y a pesar de que sus vaticinios para agosto de 1588 habían resultado errados, el grupo continuó, con más fuerza si cabe, arremetiendo contra el rey y acusando de traición a algunos de sus más leales servidores. Hasta la fecha, Lucrecia, don Alonso y su grupo habían podido actuar a su antojo, reuniendo dinero y comida para su refugio en Sopeña y criticando al monarca sin demasiadas precauciones. Esta falta de cuidado será lo que, en definitiva, termine por llevarles al desastre.

A finales del año siguiente, en 1589, Felipe II ha perdido ya todo atisbo de paciencia. No sólo

está cansado de recibir insistentes noticias sobre aquellos augurios que despotricaban contra su persona y anunciaban el fin de su dinastía, sino que además no son pocos los personajes de la Corte que, cansados también de ser tachados de traidores por Alonso de Mendoza y su conventículo, elevan continuas quejas a su católica majestad. Ha llegado el momento de actuar contra aquel molesto incidente.

En el mes de septiembre, el rey ordena al inquisidor general, Gaspar de Quiroga, que detenga al primero de los videntes, el *Sacamanchas*, curiosamente el menos importante de todos ellos. Pocos meses después, en mayo de 1590, el resto del grupo correrá idéntica suerte, siendo todos ellos trasladados a las cárceles secretas de la Inquisición en Toledo. Comienza así el proceso inquisitorial contra aquel singular grupo.

Gracias a los documentos del proceso, conservados hoy en el Archivo Histórico Nacional, queda claro que el personaje que resulta más interesante para los miembros del Santo Oficio es don Alonso de Mendoza. Y no sólo porque se trate de un clérigo de noble cuna y convenga llevar su caso con el mayor de los cuidados, sino porque resulta evidente que es él el cabecilla y director del grupo. Una vez en prisión, y mientras se lleva a cabo el largo proceso, Lucrecia recibe –al menos al principio– un trato bastante benigno. En parte porque los inquisidores entienden que a pesar de ser supuestamente el centro de las visiones, ha sido manejada por don Alonso y, por otro lado, porque está en avanzado estado de embarazo, fruto de su relación con Diego de Vítores, también recluido en la misma prisión. Además, la joven parece haber caído en gracia a uno de los inquisidores, Lope de Mendoza, y recibe frecuentes visitas del alcaide de la prisión y de su ayudante. El trato benévolo hacia la vidente se manifestaba también en los cuidados que recibía, pues según parece se le daba doble ración de comida y en el detalle, sin duda singular, de que la niña que Lucrecia da a luz en prisión sea apadrinada por varios inquisidores.

Don Alonso de Mendoza tampoco recibe un mal trato, pues tras algunos meses insistiendo, consigue que le adjudiquen un cocinero privado. Un trato sin duda privilegiado, fruto de su destacada condición, y que a tenor de algunos testimonios, convirtió su celda en una auténtica taberna. Pese a estas deferencias, el clérigo no respondió con colaboración, más bien al contrario. Para aquel entonces ya había quedado de manifiesto que Mendoza padecía algún desorden mental –quizá el mismo que le había llevado a crear aquel excéntrico grupo–, y no dudaba en insultar a los inquisidores a la mínima oportunidad, además de golpear sin miramientos a su cocinero y armar alborotos a todas horas.

Al igual que en muchos otros procesos de la Inquisición, la investigación se prolongó durante varios años, entre declaraciones, papeleo y demás procedimientos. En ese tiempo –cinco largos años– se produjo la muerte de Martín de Ayala, alias *Sacamanchas*, sin que se hubiera concluido la causa contra él. El proceso se estaba prolongando en exceso, así que los responsables intentan acelerar su conclusión. De este modo, el trato antes benigno hacia Lucrecia se torna algo más severo, incluyendo la tortura, aunque parece que sin excesiva dureza. Para entonces la joven, deseosa de recuperar la libertad, había testificado ya contra don Alonso y fray Lucas, a quienes acusa de ser los verdaderos culpables, pues en su opinión alteraban a su antojo el contenido de sus sueños sin dejarle ver lo que escribían.

La conclusión del proceso llega, al fin, a finales de 1595. En septiembre de ese año, Diego

Vítores, el amante de Lucrecia y padre de su hija, es encontrado culpable y condenado al destierro en dos leguas a la redonda de Madrid, por espacio de dos años. Fray Lucas de Allende, otro de los redactores de los sueños, fue desprovisto de sus dignidades eclesiásticas y confinado en un convento durante dos años. Por su parte, don Guillén de Casáus, quien durante el tiempo que duró su prisión no dudó en traicionar a sus compañeros acusándoles de todo, falleció en noviembre de ese año, antes de ver concluida su causa.

En lo que respecta a Lucrecia, centro del singular episodio, la joven fue declarada culpable de «blasfemia, sedición, falsedad, sacrilegio y pacto con el diablo». Pese a la gravedad de los cargos, la muchacha, seguramente gracias a las simpatías que despertaba en algunos sectores de la Corte, recibió un castigo moderado. Fue condenada a recibir cien azotes, al destierro de la Villa de Madrid de por vida, y a ser confinada durante dos años en un convento.

En cuanto a don Alonso de Mendoza, sin duda el principal cabecilla de todo aquel insólito entuerto, su salud mental estaba totalmente desquiciada para aquel entonces. En 1596 se le declara culpable, se le reprende con dureza y se le advierte para que no vuelva por el mal camino. Además, se dispone que pase dos años más en el monasterio de la Sisle, en buena medida debido a su locura cada vez más incontrolable. Finalmente, morirá en septiembre u octubre de 1603, habiendo perdido por completo la razón.

De la joven Lucrecia, protagonista consciente o involuntaria de todos aquellos sucesos – cuestión esta que quizá nunca quede resuelta con certeza–, nada más sabemos. Tras su puesta en libertad desaparece cualquier referencia a su persona, como si nunca hubiese existido. Con ella se desvanecieron también, aquellos extravagantes sueños que anunciaban el surgimiento de una nueva España, que nunca iba a llegar.

BIBLIOGRAFÍA:

–**BLÁZQUEZ, MIGUEL, Juan.** *Sueños y procesos de Lucrecia de León.* Editorial Tecnos. Madrid, 1987.

–**JORDÁN ARROYO, María V.** *Soñar la Historia: riesgo, creatividad y religión en las profecías de Lucrecia de León.* Ed. Siglo XXI. Madrid, 2007.

–**KAGAN, Richard L.** *Los sueños de Lucrecia.* Ed. Nerea. Madrid, 1991.

–**TROPÉ, Hélène.** “La Inquisición frente a la locura en la España de los siglos XVI y XVII (y II). La eliminación de los herejes”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 2010; 30, pp. 465-486.

CAPÍTULO 7

Alonso de Salazar, el inquisidor que salvó a las brujas

En noviembre de 1610, un grupo de campesinos navarros perecieron en la hoguera acusados de brujería. Aquel terrible episodio, considerado por algunos como un auténtico “Salem español”, fue sin embargo sólo la punta del iceberg de una ola de terror que se extendió por el nordeste de la Península Ibérica y que, de no haber sido por la actuación de un clérigo español, paradójicamente inquisidor del Santo Oficio, podría haber terminado en una tragedia de dimensiones colosales.

El sábado 6 de noviembre de 1610, la localidad de Logroño bullía animada con el incesante ir y venir de vecinos y visitantes. Ya desde el día anterior habían ido llegando hasta la ciudad miles de forasteros de las comarcas limítrofes e incluso de Francia, llenando las calles y abarrotando tabernas y posadas para regocijo de comerciantes y hosteleros. Con miles de visitantes abarrotando hasta el último rincón de la villa, se respiraba un ambiente casi festivo. Sin embargo, el origen de tal algarabía no estaba en ninguna celebración festiva, ni tampoco en alguna feria o mercado, sino en un evento mucho más siniestro: un Auto de Fe organizado por la temible Inquisición, en el que se iba a dictar sentencia contra varias decenas de acusados por delitos de herejía y brujería.

Mientras paisanos y visitantes disfrutaban alegremente del alboroto que dominaba la ciudad, en un rincón oculto de Logroño el ambiente era bien distinto. Allí, tras los gruesos muros de la cárcel secreta de la Inquisición, los reos que iban a protagonizar el Auto de Fe apuraban en silencio –apenas roto por algunos tímidos sollozos– sus últimas horas antes de la temida ceremonia.

De entre aquel grupo de acusados, seis de ellos vivían los momentos más amargos de sus vidas. Apenas unas horas antes se les había comunicado la pena impuesta por sus pecados: iban a morir consumidos en las llamas de la hoguera por su condición de brujos. A pesar del terrible castigo, y de la solemne promesa de los inquisidores de que aún podían salvar sus vidas si confesaban los pecados imputados, ninguno de ellos se retractó de su declaración, manteniendo su inocencia ante aquellos celosos siervos de Dios.

Finalmente, el Auto de Fe previsto para el 7 de noviembre, domingo, terminó alargándose durante dos días. Además de una treintena de acusados de brujería, el tribunal iba a leer las sentencias de varios moriscos y judaizantes. El protocolo obligaba a los inquisidores a leer en público las actas, testimonios y sentencias de cada acusado, y en el caso de los supuestos brujos y

brujas, todos ellos procedentes de la pequeña población navarra de Zugarramurdi y alrededores, los documentos eran tan extensos que la ceremonia se extendió mucho más allá de lo previsto. Concluido el tedioso proceso, y leídas todas las penas, el populacho iba a poder –por fin–, asistir al espectáculo que los había atraído hasta Logroño: la ejecución en la hoguera de los seis brujos y brujas que se habían negado a reconocer sus culpas.

Gracias a los abundantes documentos que se conservan de aquel lamentable proceso, hoy conocemos los nombres de aquellos desgraciados, en su mayoría campesinos, que fueron entregados a las autoridades civiles –el Santo Oficio nunca ensuciaba directamente sus manos con la sangre de los reos–, para servir de combustible a las llamas. Sus nombres: Domingo de Subildegui, Graciana Xarra, Petri de Juangorena, María de Echatute, María de Arburu y María Baztán de la Borda.

Otros cinco reos –las figuras más destacadas del supuesto conventículo de brujos– fueron también condenados a la hoguera, aunque en su caso tuvieron que ser quemadas sus efigies – muñecos que los representaban–, pues habían fallecido, presuntamente víctimas de una epidemia, mientras esperaban en la cárcel el fin del proceso. De hecho, la investigación contra las supuestas brujas de Zugarramurdi se había prolongado tanto que, cuando se celebró el Auto de Fe, sólo trece de los procesados, de un total de treinta y uno, seguía con vida. El resto había pasado ya al otro mundo mientras aguardaba la resolución de su caso.

Además de los seis desdichados que murieron a comienzos de noviembre de 1610, otros cinco reos (Juanes de Santín, Juanes de Goiburu, María de Chipía, María de Echegui y María de Presoa) fueron condenados a cadena perpetua, aunque todos serían liberados pocos años después. Quedaban también otros dos acusados, en este caso religiosos –ni los clérigos escaparon a las acusaciones de brujería–, el fraile Pedro de Arburu y el sacerdote Juan de la Borda. Ambos fueron condenados a reclusión en un monasterio navarro y, cumplido el tiempo estipulado, a ser expulsados de por vida de los obispados de Navarra y Calahorra. Aquellos religiosos debieron sufrir por partida doble, pues sus madres se contaban entre las condenadas a la hoguera.

Lejos de suponer el fin de aquel extraño brote de brujería que había azotado las comarcas navarras, el Auto de Fe de Logroño, celebrado con la intención de servir de escarmiento, no supuso más que un breve episodio de una penosa historia que se prolongaría durante años. Pero, ¿cuál había sido el desencadenante de aquella epidemia de terror que asoló buena parte del nordeste peninsular y que a punto estuvo de convertirse en una tragedia de dimensiones colosales?

El inicio de la epidemia

Apenas dos años antes del Auto de Fe, a finales del año 1608, la vida en la pequeña localidad de Zugarramurdi, cercana a Urdax, discurría con la tranquilidad de un pueblo de humildes campesinos cuya población apenas sobrepasaba las trescientas almas. Sin embargo, pocas

semanas antes de la Navidad un hecho en apariencia intrascendente iba a trastocar de forma radical la vida del pequeño pueblo.

En aquellos fríos días de fin de año había regresado al pueblo una joven de veinte años llamada María de Ximildegui, que había vivido en Zugarramurdi durante años, hasta que regresó con sus padres a su Francia natal, a Ciboure, una localidad costera situada a unos treinta kilómetros de distancia. La joven había vuelto en busca de trabajo como sirvienta, y no tardó en poner al día a sus antiguos convecinos de la vida que había llevado al otro lado de la frontera.

Quizá para llamar la atención entre sus vecinos, o para divertirse un poco, la joven Ximildegui comenzó a contar extrañas historias sobre su vida en Ciboure. Ante sus asombradas amigas, María explicó que se había convertido en bruja –aunque ya no lo era–, e incluso aseguró haber volado con ayuda del diablo para asistir a los aquelarres que también se celebraban en Zugarramurdi. La Ximildegui no dudó en nombrar a varias personas del pueblo que, según ella, habían participado en las *infernales* asambleas dirigidas por el demonio.

Como es lógico, una vez aquellos relatos se extendieron por el pequeño pueblo, los acusados de brujería por María no tardaron en manifestar su malestar. Una de las jóvenes señaladas por Ximildegui, María de Jureteguía, de veintidós años, mostró su enfado por aquellas mentiras, así que su marido, Esteve de Navarcorena, y un grupo de familiares, acudieron ante la joven francesa para que pidiera disculpas por sus falsedades.

Lejos de amedrentarse, María de Ximildegui siguió en sus trece, y aseguró que sería capaz de hacer confesar a su convecina. Se produjo un careo entre ambas y, aunque Jureteguía juraba que todas aquellas historias eran mentira, su acusadora se mostró tan convincente y dio tal número de detalles que incluso los familiares de la acusada comenzaron a dudar de la veracidad de aquellas historias. Al fin, presionada por parientes y por la firme Ximildegui, la joven campesina terminó confesando, e incluso señaló a otros familiares, como su tía María de Chipía, de practicar las artes brujeriles.

Desde ese momento los rumores se apoderaron del pueblo. Jureteguía fue llevada ante fray Felipe de Zabaleta, monje de Urdax, quien escuchó su confesión y le impuso como penitencia que confesase ante sus vecinos su pasado brujeril y que pidiese perdón durante una misa en la iglesia de Zugarramurdi.

Pese a lo que cabría esperar, antes de que acabara el año el asunto no sólo no había sido resuelto, sino que entre la población se extendió una histeria brujeril que hizo correr rumores sobre la pertenencia a la “secta diabólica” de otros vecinos. Algunos habitantes del pueblo decidieron tomar la iniciativa e irrumpieron en las casas de los supuestos brujos para encontrar evidencias de sus dañinas prácticas. Poco después el fraile de Urdax y varios vecinos obligaron a los acusados –en ocasiones bajo violentas amenazas– a confesar su condición de brujos.

Intimidados, la mayoría de ellos terminó confesando y fueron conminados, al igual que había sucedido con María de Jureteguía, a confesar públicamente y a pedir perdón en la iglesia de Zugarramurdi. Celebrado este acto de confesión múltiple, el incidente parecía haber llegado a su fin sin más consecuencias. Sin embargo, la historia no había hecho más que comenzar, y no tardaría en adquirir unas dimensiones preocupantes.

La Inquisición entra en escena

De un modo que todavía se desconoce –aunque los historiadores señalan al abad de Urdax, fray León de Aranibar, como responsable–, el incidente llegó a oídos del tribunal de la Inquisición en Logroño. En aquellas fechas, los dominios de la sede del Santo Oficio en Logroño se extendían por buena parte del nordeste peninsular, incluyendo la totalidad de la provincia de Navarra, Calahorra, Santo Domingo de la Calzada y las provincias del País Vasco. Un vasto territorio que se encargaban de vigilar los inquisidores Alonso Becerra Holguín y Juan Valle Alvarado^[18], con ayuda de numerosos comisarios y una extensa red de confidentes.

Fue así como apenas comenzado el año, el pueblo de Zugarramurdi, que intentaba ya olvidar los desagradables sucesos de las historias de brujas, recibió la inesperada visita de un comisario de la Inquisición y de un notario. Tras interrogar a varios testigos, el comisario remitió su informe a Logroño y, una vez en sus manos, los inquisidores Valle y Becerra terminaron convencidos de que la comarca navarra se hallaba infestada de adoradores del demonio. Así pues, y con la intención de iniciar una investigación en toda regla, los inquisidores ordenaron la detención de cuatro de los implicados: Estevanía de Navarcarena, Juana de Telechea, María de Jureteguía y María Pérez de Barrenechea. A finales de enero, las cuatro mujeres se hallaban ya presas en las cárceles secretas de la Inquisición de Logroño, y durante los interrogatorios confesaron su condición de brujas y reconocieron haber participado en aquelarres y haber cometido varios asesinatos, todo con el fin de ganarse los favores del Maligno.

Con aquellas sorprendentes confesiones sobre el papel, los inquisidores informaron por fin al Inquisidor General en Madrid, Bernardo de Sandoval y Rojas, y por extensión al Consejo Supremo del Santo Oficio, también conocido como “la Suprema”. En su primer informe, Valle y Becerra reconocían que algunas de las “brujas” habían realizado confesiones incoherentes, pero a pesar de todo –y de continuos intentos por retractarse– decidieron conceder crédito a aquellas historias. Es muy posible, como señala el historiador Gustav Henningsen en una de las mejores monografías sobre el caso, que aquellas mujeres, de condición humilde y escasa cultura, fueran convencidas para confesar «con promesas de sentencias leves» si reconocían sus faltas y se arrepentían. De hecho, más tarde se supo que un carcelero había escuchado a María de Jureteguía y a su tía, también procesada, hablar sobre su inocencia. La primera le habría dicho a la segunda que, «si tenía la más mínima esperanza de salir de prisión, tendría que hacer una confesión, aunque fuese falsa, y reveló a su tía que eso era precisamente lo que ella había hecho».

Mientras, la tensión en Zugarramurdi era palpable entre algunos de los implicados. Seis de ellos, temerosos de correr idéntico destino que sus vecinas, decidieron acudir a Logroño para explicar lo que en verdad había acontecido: todo era falso, pero se habían visto obligados a confesar por las amenazas de sus vecinos.

Fue así como estas seis personas –Miguel de Goiburu, Juanes de Sansín, Graciana de Barrenechea, Juanes de Goiburu y María y Estevanía de Yriarte–, pusieron rumbo a Logroño con la esperanza de desenredar aquel entuerto. Por desgracia para ellos, sus peores temores se

hicieron realidad. Aunque los seis declararon individualmente y coincidieron en su inocencia, achacando a las amenazas su confesión inicial, los inquisidores ordenaron su ingreso en prisión, sumándose a sus vecinas. Fueron precisamente éstas quienes, sometidas a nuevos interrogatorios, desvelaron a los inquisidores que algunos de los detenidos, concretamente Graciana y Miguel, eran los líderes del grupo brujeril. A pesar de estos cargos, los seis vecinos de Zugarramurdi mantuvieron su inocencia en los dos primeros interrogatorios a los que fueron sometidos.

Mientras tanto, los inquisidores Valle y Becerra habían remitido sus primeros informes a la Suprema, quien les respondió solicitando que emplearan un cuestionario durante los interrogatorios a los presuntos brujos ya detenidos, así como a aquellos aún en libertad, sugiriendo también que se entrevistara a otros posibles testigos que pudieran aportar datos de interés. Además, los mandos del Santo Oficio urgían a sus agentes en Logroño para que uno de ellos visitara personalmente Zugarramurdi, y obtuviese pruebas de primera mano. Aquella tarea recaía en el inquisidor Valle quien, sin embargo, no partió inmediatamente para cumplir la tarea.

Con la llegada del mes de junio, el puesto de tercer inquisidor de Logroño, que se encontraba vacante, fue al fin cubierto por nuestro protagonista: don Alonso de Salazar Frías, quien iba a jugar un papel importantísimo en el terrible proceso contra los supuestos brujos. Unas semanas después de la llegada de Salazar, los tres inquisidores habían obtenido de todos los detenidos las respectivas confesiones, incluso en el segundo grupo de vecinos, que habían defendido su inocencia durante mucho tiempo. A comienzos de septiembre de 1609, el tribunal de Logroño anunció por carta a la Suprema que los interrogatorios habían terminado, y que pronto se procedería a determinar los cargos que se imputaban a cada reo. Por desgracia, poco después una epidemia se cebó en el interior de la cárcel de la Inquisición, acabando con la vida de varios de los detenidos, entre ellos Graciana de Barrenechea, Miguel de Goiburu o Estevanía Iriarte. Ninguno de ellos vivió lo suficiente como para presenciar el desenlace de los acontecimientos.

Para entonces, el material recopilado por los inquisidores era abundantísimo, y en las confesiones obtenidas se mencionaban hechos insólitos sobre supuestas reuniones de brujos que se celebraban bajo la atenta guía del demonio, a quien los adeptos debían besar en sus partes pudendas; en aquellas fiestas los brujos se entregaban con desenfreno a orgías en las que copulaban entre ellos y con el Maligno, mientras los niños que todavía no habían sido iniciados se encargaban de cuidar los “sapos vestidos” que cada brujo recibía al convertirse en sirviente del demonio. En aquellos relatos –muchas veces incoherentes entre sí–, no faltaban historias sobre asesinatos y maldiciones, daños a las cosechas o envenenamientos mediante pócimas, polvos y ungüentos, además de otros prodigios como la capacidad para transformarse a su antojo en los más variados animales.

A pesar de todo aquel insólito material acumulado durante los interrogatorios, la Suprema insistió a los inquisidores de Logroño sobre la necesidad de una investigación directa, mediante la presencia en el lugar de los hechos y las regiones vecinas de uno de los miembros del tribunal. Fue así como, finalmente, el 16 de agosto de Juan de Valle Alvarado inició su viaje por las zonas afectadas por la herejía. Convencido por completo de la realidad de los hechos denunciados, Valle pasó varios meses en Zugarramurdi y el distrito, entrevistando a cientos de personas y ordenando la detención y encarcelamiento de aquellas que le parecieron más sospechosas. Entre ellas se contaban los ya citados fray Pedro de Arburu y el padre Juan de la Borda. Mientras Valle se encontraba en la región predicó sin descanso contra las brujas, propagando a su paso el terror

en las Cinco Villas navarras y otras comarcas limítrofes. Cuando finalmente regresó a Logroño, había dejado atrás a miles de personas en estado de pánico; muchas de ellas comenzaron a acusar a sus vecinos, a veces por rencillas personales, y otras simplemente porque sus hijos decían haber soñado que algún vecino les había llevado durante la noche a los aquelarres.

Con todo aquel maremágnum de confesiones y acusaciones de toda índole, los inquisidores remitieron la documentación al Consejo Supremo de la Inquisición en Madrid para su valoración, mientras se iban preparando los dictámenes contra cada reo de cara al Auto de Fe que, esperaban, finiquitase aquél engorroso asunto. Antes de dar un veredicto, cada uno de los inquisidores debía emitir su voto respecto al proceso. Mientras Valle y Becerra estaban convencidos de la culpabilidad de los acusados y proponían su condena, Alonso de Salazar —el último de los inquisidores—, mostró su disconformidad, argumentando que los testimonios eran endebles, llenos de incoherencias y sin pruebas contundentes para condenar a los acusados. Pese al dictamen favorable de Salazar, se decidió llevar a cabo el Auto de Fe en noviembre de 1610, con el triste desenlace que ya conocemos.

Brujas y más brujas

Tras el Auto de Fe, y contra lo que cabría esperar, las supuestas prácticas brujeriles no desaparecieron. De hecho, sucedió todo lo contrario. A la visita realizada por el inquisidor Valle, que ya había propagado el miedo a las brujas, se sumaba ahora el relato detallado de los miles de personas que habían asistido al proceso de Logroño, donde habían escuchado las acusaciones, y terminaron por difundirlas en sus lugares de origen. Puede decirse que a finales de 1609 no había villa, pueblo o aldea del nordeste peninsular que no conociese con todo lujo de detalles las maldades atribuidas a las brujas, y pronto estallaron nuevos brotes de pánico en decenas de poblaciones.

Como relata Henningsen, «tres meses después del Auto de fe ardía toda aquella parte de los Pirineos. Desde Vera hasta Santesteban, atravesando el valle de Baztán y llegando hasta Zugarramurdi, apenas había un pueblo en el que no se encontrasen niños 'embruados', los cuales eran llevados todas las noches al aquelarre, y luego señalaban a tales o cuales personas a quienes habían visto en el mismo».

Los ánimos estaban cada vez más caldeados, y ante la inacción del Santo Oficio, en muchos lugares los propios vecinos o las autoridades se tomaron la justicia por su mano. En ciertos pueblos los supuestos brujos eran encerrados en sus casas, se les apedreaba por las calles o eran sometidos a las torturas más crueles para arrancarles una confesión. En algunos casos se lanzaba a los “brujos” o “brujas” desde lo alto de los puentes o se les hacía pasar toda la noche a la intemperie, con los pies introducidos en barreños con agua congelada. En medio de esta fiebre anti-demoníaca, se registraron varias víctimas mortales en los pueblos de Navarra.

Ante semejante panorama, y con la situación fuera de control, comenzaron a alzarse varias voces que proclamaban su escepticismo. La mayor parte de ellos procedía, aunque resulte curioso,

de la propia jerarquía eclesiástica. Uno de los mayores críticos con aquellos “cuentos de brujas” fue el obispo de Pamplona, Antonio Venegas de Figueroa, un clérigo de gran influencia. Venegas realizó su propio viaje por las regiones afectadas y terminó convencido de que aquella epidemia «se basaba total y enteramente en embustes e ilusiones». El obispo descubrió que en la región no se había oído hablar de brujas hasta que en el país de Labourd (Francia), al otro lado de los Pirineos, se había iniciado una persecución brujeril que tendría como punto final las terribles actuaciones de Pierre de Lancre^[19]. Curiosamente, María de Ximildegui, la joven que había iniciado la locura en Zugarramurdi, había regresado desde el país vecino en un momento de gran persecución.

De forma paralela a Venegas, un grupo de jesuitas dirigidos por el padre Solarte se decidieron a visitar las Cinco Villas navarras, llegando a una conclusión similar, sobre todo después de descubrir que muchas de las personas que eran tenidas por brujas habían dado un falso testimonio.

A comienzos de 1611, el inquisidor Alonso de Salazar, quien ya había dado muestras de sus diferencias con el criterio de sus colegas, estaba cada vez más convencido de aquella historia no se sostenía. Las escasas dudas que tenía acabaron por disiparse después de que a finales de mayo de aquel año iniciara el preceptivo viaje por el distrito con la finalidad de proseguir con las investigaciones, así como para promulgar un *edicto de gracia* –una amnistía total– para todos aquellos brujos que confesaran su condición y se arrepintieran.

Aquella era la medida que había tomado el Santo Oficio con el fin de acabar con el terrible brote brujeril que amenazaba ya con extenderse a otros puntos de España. Acompañado de varios ayudantes y notarios, Salazar viajó por el distrito durante ocho largos meses. En aquel tiempo apenas tuvo momentos para el descanso, pues con la publicación del *edicto de gracia* en cada población a la que llegaba, multitud de personas se aproximaban a él en busca de perdón.

Según él mismo recogió en sus diarios, «desde el 22 de mayo de 1611 que salí a la visita, hasta el 10 de enero de este año (1612) son 1.802 personas las que (...) se han despachado: 1.384 niños absueltos *ad cautelam* –de doce y catorce años–, y 290 –de ahí a arriba–, fueron reconciliados y cuarenta y uno absueltos *ad cautelam* (...) Y de los dichos 290 que yo reconcilié fueron cien personas de veinte años arriba, en todas edades y vejez, y muchos de ellos de sesenta, setenta, ochenta y noventa años».

La mayoría de estas personas acudían a ser “reconciliados” a pesar de ser inocentes, pues de este modo creían quedar protegidos de posibles acusaciones de sus vecinos. Además, muchos otros se acercaron a Salazar para retractarse de sus declaraciones iniciales, asegurando que las habían realizado bajo coacción.

Uno de los casos más singulares y conmovedores fue el de un anciano sacerdote del pueblo de Cicordia, llamado Diego Basurto. Según confesó a Salazar este clérigo nonagenario, se había auto-incepado debido a las presiones de un joven sacerdote llamado Pedro Ruiz, que ambicionaba un puesto como comisario de la Inquisición. Éste le había engañado para que le acompañase a Logroño y, una vez allí, le amenazó diciéndole que se pudriría en las cárceles inquisitoriales si no se confesaba brujo. El anciano así lo hizo, y además acusó a otras personas – con las que Ruiz estaba enemistado– de ser también brujos. Durante su confesión a Salazar, el pobre sacerdote le explicó: «Señor, la verdad es que todas esas cosas yo no sé ni he sabido jamás

cosa ninguna, ni podré responder con verdad a tales preguntas».

Por si todas aquellas evidencias fueran pocas, Salazar llevó a cabo una encomiable labor que debía haber hecho su colega Valle en su viaje anterior al Auto de Fe: buscar posibles pruebas materiales que confirmasen los relatos de las presuntas brujas. Así, el inquisidor reunió diversos materiales supuestamente utilizados por los adoradores del diablo, como polvos o ungüentos, y los entregó a médicos y boticarios para su examen. Ninguna de aquellas sustancias resultó ser dañina para personas o animales, sino meras hierbas o mejunjes creados para satisfacer las peticiones de los acusadores.

En otros casos, como en el de jóvenes que aseguraban haber copulado con el demonio durante los aquelarres, Salazar contó con la ayuda de matronas que confirmaron que dichas mozas seguían manteniendo su virginidad.

Con todas aquellas pruebas en su poder, Salazar registró en sus escritos la impresión extraída de su visita: «No he hallado certidumbre ni aún indicios de que colegir algún acto de brujería que real y corporalmente haya pasado (...) respecto a las testificaciones, las tres cuartas partes de ellas, y aún más, se han delatado a sí y a los cómplices contra toda verdad».

Coincidiendo con el parecer del obispo Venegas y el jesuita Solarte, Salazar concluyó que todo había surgido por los rumores que se fueron difundiendo de un pueblo a otro, primero desde Francia, y más tarde tras la visita de su colega Valle por el distrito y tras la celebración del Auto de Fe.

Ya de regreso en Logroño, Salazar se encargó de preparar los escritos de su trabajo para enviarlo a la Suprema, a pesar de que sus colegas Valle y Becerra seguían defendiendo la realidad de las actividades brujeriles. Finalmente, dos años más tarde, el Consejo Supremo del Santo Oficio se decidió a aclarar la cuestión de las brujas, realizando un proceso en el que se valoraron los documentos aportados por ambas partes.

Tras largas deliberaciones, la Suprema emitió su veredicto a finales de agosto de 1614, y pocos días después ponía por escrito las instrucciones que todo tribunal de la Inquisición debería seguir a partir de entonces en casos de supuesta brujería. En aquellos papeles la Suprema se manifestaba partidaria de la visión escéptica defendida por Salazar, e incluía en su “manual” muchas de las directrices sugeridas por éste, y en especial el llamado “Edicto de silencio”, por el cual se exhortaba a las autoridades civiles y eclesiásticas a acallar cuanto antes cualquier tipo de rumor sobre estos sucesos, con el fin de evitar su propagación a otros lugares.

Por extraño que pueda parecer, fue un inquisidor, Salazar, quien logró que a partir de entonces los casos de brujería fueran estudiados con el mayor de los escepticismos, a fin de evitar desastres como el de Logroño^[20], salvando la vida a miles de personas que, de otro modo, podían haber acabado sus días en la hoguera. Desgraciadamente, nadie pudo ya devolver la vida a los vecinos de Zugarramurdi que, víctimas del fanatismo y la superstición, perecieron en la hoguera o en prisión, mientras esperaban el veredicto del Santo Oficio a sus “pecados”.

BIBLIOGRAFÍA:

- CARO BAROJA, Julio.** *Las brujas y su mundo.* Alianza Editorial. Madrid, 1997.
- Brujería vasca.* Editorial Txertoa, 1985.
- Inquisición, brujería y criptojudasmo.* Editorial Ariel, 1970.
- La magia demoniaca.* Editorial Hiperión, 1990.
- Vidas mágicas e Inquisición.* Ediciones Akal, 1992.
- HENNINGSEN, Gustav.** *El abogado de las brujas.* Alianza Editorial. Madrid, 1983.

CAPÍTULO 8

El aragonés que desenterró Pompeya y Herculano

Dejamos atrás la España del XVII, Siglo de Oro en lo cultural, pero dominado en el terreno de las creencias por el fanatismo de la religión más cerril y la irracionalidad de la superstición popular. La nueva centuria vio surgir, aunque de forma más tímida en nuestro país, el fenómeno de la Ilustración, un movimiento que propició la creación de las distintas Reales Academias (Lengua, Historia, Medicina...), y la aparición de un nutrido grupo de personajes ilustrados ávidos de conocimiento. Este “fenómeno” tuvo una buena aceptación durante el reinado de Carlos III –un monarca con notables inquietudes intelectuales– y fue uno de sus más leales servidores, un ingeniero militar aragonés destinado en Nápoles, quien protagonizaría uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de todos los tiempos.

Los habitantes de la bahía de Nápoles debieron pensar, en aquellos últimos días de agosto del año 79 d.C., que todos los horrores del temible Tártaro habían sido liberados por los dioses como respuesta a alguna grave ofensa. No en vano, y como macabro guiño del destino, aquellos días se celebraba la *Vulcanalia*, en honor al dios romano del fuego.

Primero fueron sólo algunos pequeños temblores, cada vez más frecuentes, y finalmente llegó la erupción. El 24 de agosto una nube de aspecto extraño y dimensiones colosales se elevó en el firmamento, dando forma a un espectáculo sobrecogedor que comenzó a inquietar seriamente a los habitantes de las poblaciones más próximas al Vesubio. Poco después llegó la lluvia de piedras volcánicas y ceniza, la expulsión de gases tóxicos y, finalmente, el flujo piroplástico que, como si de las aguas ardientes del Flegetonte se tratara, abrasó todo lo que encontró a su paso.

Hoy conocemos los detalles de aquel suceso de tintes apocalípticos gracias a las descripciones que Plinio el Joven envió por carta al historiador Tácito, relatando los pormenores de la muerte de su tío, Plinio el Viejo, fallecido durante la catástrofe. Sin embargo, pese a estos textos, los metros de lava y ceniza que sepultaron localidades como Pompeya, Herculano o Estabia fueron borrando, con el paso de los años, la memoria sobre la ubicación de aquellos enclaves que desaparecieron como consecuencia de la tragedia. Es probable que dichas ciudades y sus moradores siguieran hoy durmiendo su sueño eterno de no haber sido porque, casi diecisiete siglos después, un ingeniero y militar español, maño para más señas, se empeñó en “escarbar” el terreno que pisaba, sacando a la luz varios de los enclaves arqueológicos más importantes de la Antigüedad.

Una vida entre ruinas

Nuestro protagonista, escasamente conocido –y reconocido– a pesar de la relevancia y trascendencia de su trabajo, se llamaba Roque Joaquín de Alcubierre. Nacido a mediados de agosto de 1702 en Zaragoza, Alcubierre cursó sus primeros estudios en su ciudad natal. Por desgracia, son escasos los documentos que se conservan respecto a esta primera etapa de su vida, desarrollada en España. Sí podemos asegurar, al menos, que siendo apenas un adolescente se sintió atraído por el flamante y recién creado cuerpo de ingenieros del ejército español, pues no tardó en alistarse en él como voluntario.

Aunque es poco lo que sabemos sobre sus antecedentes familiares, Alcubierre debía descender de una familia relativamente bien posicionada, pues desde fechas tempranas se vio bajo la protección de los influyentes condes de Bureta. Gracias a su amistad, el joven Alcubierre consiguió sus primeros destinos en varias plazas peninsulares, y especialmente en varias localidades del Principado de Cataluña. Sabemos, por ejemplo, que en el año 1731 se encontraba trabajando en la ciudad de Girona, todavía con el cargo de ingeniero voluntario, y desarrollando su labor en las obras de fortificación de la ciudad, «encargado del detalle de los trabajos que se ejecutaron en ella, así como sobre aquellos ríos, el baluarte de Santa María y otras fortificaciones», tal y como recuerda el historiador Félix Fernández Muga, uno de los mejores conocedores de su vida.

En aquella primera etapa de su carrera el aragonés estuvo bajo el mando del ingeniero en segunda Don Esteban Panón, y más tarde a las órdenes de el ingeniero en jefe Don Andrés Bonito y Pignatelli, quien con los años se convertiría en uno de los militares de más alto rango del ejército de Carlos III en Nápoles, destacando además por su aprecio hacia nuestro protagonista.

Después de intentar sin éxito –y pese a la influyente amistad de su amigo el conde de Bureta– obtener el grado de oficial en el Cuerpo de Ingenieros Militares, se produjo uno de los sucesos más importantes en la vida de Alcubierre: su viaje a Nápoles, territorio en el que pasaría el resto de su vida y dónde protagonizaría los hechos que le valieron un hueco en la historia de la arqueología.

Aunque algunos historiadores siguen sin ponerse de acuerdo respecto a la fecha exacta de su viaje a suelo italiano, la mayoría coincide en situarlo a mediados de junio de 1734, poco después de la victoria de Montemar en Abulia, tras la cual el reino de Nápoles quedaba en manos españolas, y más concretamente en las del infante Carlos de Borbón, hijo de Fernando V y futuro Carlos III de España. Todo parece indicar que Alcubierre se embarcó junto al “teniente de rey” Don Andrés de los Cobos, a quien ya se cita en un Oficio fechado en agosto de ese año. La primera mención al ingeniero maño data en su caso de enero de 1736, cuando aparece citado como “ingeniero extraordinario”. Al parecer, desde ese año el zaragozano comenzó a trabajar en las obras de edificación y ampliación del palacio real de Portici, además de llevar a cabo otros encargos relacionados con la conducción de aguas hasta la cercana localidad de Boscorreale.

Apenas dos años más tarde, y ya con el ansiado cargo de capitán en su poder, Alcubierre se encontraba trabajando todavía en la edificación del palacio, bajo las órdenes de Juan Antonio Medrano. El ingeniero y militar aragonés tenía entonces la misión de trazar la planta de los terrenos aledaños al palacio y, durante aquella labor, trabó amistad con un cirujano del lugar llamado Giovanni de Angelis. Fue él quien le puso al corriente de los habituales hallazgos de piezas antiguas que se producían cada poco tiempo en el lugar. Al mismo tiempo, Alcubierre tuvo conocimiento de la existencia del llamado pozo Nocerino, excavado por el príncipe de Elbeuf pocos años antes, en 1711, durante la época de dominio austriaco en Nápoles. En dicho pozo se habían encontrado algunos restos interesantes, como cimientos de edificios antiguos y otras piezas menores, y todo ello despertó la intuición del aragonés.

Alcubierre sospechaba que bajo el suelo que pisaba podían encontrarse grandes tesoros del pasado romano, así que comentó sus inquietudes con su superior, Medrano, proponiéndole una excavación sistemática de la zona. Éste comunicó la idea a sus mandos y, por suerte, el monarca, llevado por sus inquietudes intelectuales, accedió a la empresa y nombró encargado de la misma al propio Roque Joaquín de Alcubierre en una Real Orden fechada el 13 de octubre de 1738. De este modo, las excavaciones comenzaron aquel mismo mes, a partir del pozo Nocerino. Ni Alcubierre, ni Medrano ni el monarca podían sospechar entonces que estaban a punto de marcar un antes y un después en la historia de la arqueología mundial.

Pese al beneplácito real, los medios con los que contó el ingeniero aragonés no fueron en principio demasiado notables: sólo tres obreros se dedicarían a la excavación, dirigidos por el propio Alcubierre. Por fortuna, los resultados no tardaron en salir a la luz. Poco tiempo después de comenzar la inspección del subsuelo los trabajadores encontraron los restos de un muro, que en un principio Alcubierre identificó con parte de un templo de la ciudad de Pompeya. Aquel inesperado logro consiguió ilusionar al monarca, y pronto el ingeniero contó con más mano de obra para continuar excavando, hasta alcanzar una cifra de catorce o quince obreros. Los trabajos, sin embargo, eran especialmente penosos. A diferencia de los yacimientos arqueológicos actuales, en los que normalmente se trabaja “a cielo abierto”, Alcubierre siguió su formación de ingeniero militar, excavando profundas galerías, oscuras y mal ventiladas, que entorpecían el avance de los trabajos y resultaban muy peligrosas.

A pesar de las dificultades, la excavación continuó arrojando resultados positivos con el paso del tiempo, y no había semana en la que no se hallara alguna escultura o pieza de importancia. Roque Joaquín Alcubierre no dudó en llevar un registro pormenorizado de los hallazgos, de los que informaba puntualmente a Carlos III, sabiendo que cada descubrimiento servía para aumentar el ya notable entusiasmo del monarca.

Poco después se produciría un hallazgo de gran importancia. En principio parecía una inscripción más, tallada sobre una lápida, pero tras un examen detallado del texto latino se descubrió que hacía mención a la construcción del recinto que hasta entonces se tenía por un templo, y que resultó ser nada más y nada menos que el teatro de la ciudad de Herculano. No tardó en ser rescatada una segunda lápida inscrita, en la que se mencionaba directamente al arquitecto del recinto: Publio Numisio.

El importante hallazgo, que confirmaba el descubrimiento de los restos de una de las ciudades mencionadas en los textos de Plinio el Joven, alimentó aún más el entusiasmo de los participantes.

Una galería tras otra, los descubrimientos de piezas de distinta índole se iban sucediendo sin descanso: esculturas de mármol y bronce, pequeños utensilios y, finalmente, bellísimas pinturas. Estas últimas pertenecían ya a otro edificio, la basílica de Herculano, que se encontraba en las cercanías del teatro descubierto en primer lugar. Ya no había duda. Bajo los pies de la ciudad se ocultaba sepultado un tesoro histórico de valor incalculable.

Hay que tener en cuenta que para Alcubierre y sus contemporáneos, y en especial para los estudiosos de la Antigüedad, la única forma de conocer las obras, construcciones y estilo de vida de aquella civilización ya desaparecida radicaba en la contemplación de los escasos edificios romanos que seguían en pie –en su mayoría con grandes modificaciones– o mediante la aparición esporádica de algunas piezas. El hallazgo de una ciudad intacta, sepultada por la lava y las cenizas, constituía por lo tanto un hito sin precedentes.

El ingeniero Alcubierre, cuyo prestigio iba aumentando a la par que salían a la luz nuevas antigüedades, siguió trabajando con ahínco en las oscuras galerías. Aquel agotador ritmo de trabajo, unido a las insalubres condiciones de la excavación, terminaron por minar la salud del aragonés, que enfermó gravemente, hasta el punto de que tuvo que retirarse de forma voluntaria a Nápoles durante cuatro años, entre 1741 y 1745. No en vano, las condiciones eran realmente duras en las profundidades de las galerías, y los obreros –Alcubierre incluido– se veían expuestos diariamente a los gases tóxicos emanados de las antorchas y a la nociva falta de aire puro.

Para hacerse una idea de la dureza de las condiciones, sobra con una breve descripción del itinerario realizado por aquellos inexpertos arqueólogos: en un primer momento, los obreros descendían a las galerías atados con una cuerda unida a un cabestrante; después debían avanzar por estrechos pasadizos que se hacían cada vez más angostos, oscuros y húmedos, con un aire prácticamente irrespirable y viciado. Uno de los visitantes que tuvo la oportunidad de vivir la experiencia en carne propia, el abate Giacomo Martorelli, profesor en la Universidad de Nápoles, describió su vivencia en estos términos: «Difícilmente podrá nadie, que no tenga gran ánimo y corazón, caminar ochenta y cuatro palmos bajo tierra, como he hecho yo, por esas galerías estrechísimas y casi en ruinas (...) Tan duro era aquel trabajo, que en un segundo momento, junto a los obreros que lo hacían a sueldo, se condenó a trabajar a las grutas a numerosos forzados y esclavos». Con condiciones tan duras, no es de extrañar que Alcubierre, que bajaba a las galerías casi a diario, terminase gravemente enfermó. Aunque terminó por recobrar, aquella dolencia se cobró un elevado precio: el aragonés perdió casi toda su dentadura y su vista quedó seriamente dañada.

Durante los cuatro años de convalecencia, el aragonés fue sustituido por los también ingenieros Francisco Rorro y Pedro Bardet quienes, sin embargo, no tuvieron tanta suerte en los trabajos como Alcubierre. Cuando éste se reincorporó a sus labores, ya en 1745, había sido ascendido a teniente coronel y contaba con el cargo de ingeniero en segundo. Con su regreso – como si su presencia supusiera una especie de talismán– volvieron también los hallazgos notables al yacimiento de la antigua Herculano.

En un notable artículo sobre los trabajos en aquella época, el historiador Miguel Beltrán Lloris destaca el descubrimiento de piezas de gran importancia: «...aparecieron las magníficas estatuas ecuestres en mármol de Nonio Balbo, continuando además los frisos de pinturas, los objetos de vidrio, un privilegio de Vespasiano a soldados veteranos y otros muchos objetos».

El despertar de Pompeya

Mientras los hallazgos se sucedían sin descanso en los terrenos de lo que siglos atrás había sido Herculano, Roque Joaquín Alcubierre tuvo conocimiento de la aparición esporádica de algunas piezas destacadas en un terreno situado a varios kilómetros de allí. El ingeniero aragonés, de nuevo con el beneplácito real –a estas alturas era difícil que se le negara nada conociendo su intuición para aquella tarea–, comenzó a excavar en aquella zona en 1748. Pronto comenzaron a ser rescatados importantes vestigios del pasado romano, y Alcubierre creyó haber localizado los restos de la ciudad de Estabia. Sin embargo, y al igual que había ocurrido con el hallazgo de Herculano, el aragonés estaba equivocado. Decenas de metros bajo sus pies, se hallaba la ciudad de Pompeya, hoy la más célebre de todas las poblaciones engullidas por la furia del Vesubio. No sería hasta 1763 cuando el ingeniero y militar zaragozano identificara correctamente aquellos restos, gracias –de nuevo– al hallazgo de una inscripción que se citaba a la *Res Publica Pompeianorum*. En cuanto a Estabia, sus restos fueron hallados poco después de descubrirse los primeros vestigios de Pompeya, en 1749.

La dedicación de Alcubierre iba en aumento y, a pesar de que sus obligaciones puramente militares fueron creciendo a la par que sus ascensos en el cuerpo, su auténtica pasión estaba, sin dudas, entre aquellas galerías que, con gran esfuerzo, iban sacando a la luz maravillas de un pasado remoto. En aquellos años, y a los yacimientos ya localizados de Herculano, Pompeya y Estabia, se fueron sumando otros menores, como los de Cumas, Sorrento, Mercato di Sabato o Bosco di Tre Case. Todo un impresionante patrimonio que no sólo ampliaba de forma notable el conocimiento sobre la forma de vida de los antiguos romanos, sino que también convertía a Carlos de Borbón en un monarca que destacaba por su apoyo y patrocinio a las artes y la historia^[21], y que situaba a Nápoles como un importante enclave –el segundo, después de Roma– para conocer el glorioso pasado del Imperio Romano.

En este sentido, hay que agradecer al monarca borbón que comprendiese desde un primer momento la notable importancia de aquellos hallazgos. Mientras estuvo gobernando en Nápoles, Carlos III se encargó de financiar las excavaciones, ordenó que se le informase puntualmente de cada nuevo hallazgo, y promovió el estudio y conservación de las piezas, la publicación de tratados sobre aquellas maravillas e incluso la fundación de un museo que sirviera para reunir todo lo desenterrado. Todo ello, claro está, a mayor gloria de su persona y del territorio que estaba bajo su dominio. Fue así como el monarca se decidió a trasladar la riquísima colección Farnese, heredada de su madre, instalando en el Palacio de Capodimonte una notable galería de pinturas, mientras los miles de tomos de distintas temáticas que conformaban su biblioteca se ubicaron en el Palazzo degli Studi. Finalmente, ya en 1750, se decidió transformar el palacio hasta entonces conocido como Caramánico, en el que se dispusieron ordenadamente las antigüedades encontradas en los yacimientos, dando forma al Museo Ercolanense de Portici, que sería dirigido por Camillo Paderni. El celo del monarca en este sentido llegó a tal punto que se prohibió la salida de Nápoles de cualquier escultura o pintura procedente de las excavaciones. Todo, absolutamente todo, tenía que ser catalogado y estudiado en las instalaciones del museo. La única excepción, que llegó a la Corte española y hoy se expone en el Museo Arqueológico Nacional de

Madrid, es una pequeña caja de semillas, sin mayor importancia.

Cuando nueve años después Carlos de Borbón dejó Nápoles para ocupar el trono de España como Carlos III, su interés por los trabajos realizados en las faldas del Vesubio no sólo no se desvanecieron, sino que fueron en aumento, siendo informado puntualmente de la marcha de las excavaciones por el ministro Bernardo Tanucci, quien le hacía llegar las noticias enviadas por Alcubierre.

Una visita obligada

Los esfuerzos de Alcubierre y el interés de Carlos III no tardaron en dar sus frutos. En pocos años, las noticias sobre aquel impresionante enclave arqueológico, que permitía viajar literalmente al pasado romano, se extendieron por toda Europa. Poco a poco, comenzaron a viajar hasta las excavaciones una variopinta legión de estudiosos, anticuarios, artistas y viajeros con aspiraciones románticas, todos ellos ávidos por conocer de primera mano las grandes maravillas que habían llegado a sus oídos.

A esta notable fama había contribuido, sin duda, la creación en 1755 de la Regale Accademia Ercolanense de Nápoles, donde se estudiaron a fondo las piezas descubiertas durante las excavaciones; por otro lado, dos años después comenzaron a publicarse también los ocho tomos de la obra *Le antichità di Ercolano esposte* (La antigüedad de Herculano expuesta), que reproducían bellos grabados de las piezas recuperadas, así como planos y diseños de los edificios que iban saliendo a la luz.

No es de extrañar, por lo tanto, que aquel enclave cargado de historia se convirtiera en visita obligada para los viajeros que se animaban a realizar el llamado *Grand Tour*^[22], tan de moda en aquel entonces. La llegada de curiosos y eruditos no fue, por desgracia, siempre positiva. Entre algunos de ellos se encontraban especialistas en la Antigüedad como Winckelmann, célebre iniciador de la Historia del Arte como disciplina. El erudito alemán y otros especialistas como Charles de Brosses, Walpole o Caylus no dudaron en criticar abiertamente –y en muchos casos con gran dureza, en especial Winckelmann– la forma de trabajar de Roque Joaquín Alcubierre. Todos ellos tildaron al aragonés de bruto ignorante, criticaron su técnica de excavación mediante galerías –que no facilitaba la comprensión topográfica de los terrenos excavados– y elevaron sus quejas por la falta de colaboración que se prestaba a quienes, como ellos, pretendían visitar *in situ* las excavaciones.

Aunque parte de las quejas formuladas por Winckelmann y otros críticos sobre la forma de trabajar de Alcubierre no estaban exentas de parte de razón, hay que recordar que la formación de éste era la de un ingeniero militar, y por lo tanto desarrolló su labor de la mejor forma que sabía. Además, debemos tener en cuenta que en aquella época, la arqueología como disciplina científica no existía tal y como la conocemos actualmente, y se basaba prácticamente en una "caza de tesoros" que tenía como único fin rescatar el mayor número de piezas, sin seguir ningún criterio de

catalogación o estudio pormenorizado. Por otra parte, el ingeniero aragonés no hizo sino seguir las indicaciones del monarca, que sólo buscaba la recuperación de piezas antiguas con el fin de exponerlas en el museo de la antigua Herculano.

Dejando a un lado estas críticas –algunas seguramente alimentadas por la envidia–, no cabe duda de que la figura de Alcubierre fue vital para el éxito de las excavaciones. Sin su intuición, tesón y dedicación casi completa –estuvo al cargo de los trabajos durante casi cuarenta años–, es muy posible que, en la actualidad, Pompeya y Herculano no fuesen hoy los grandes enclaves arqueológicos en los que se han convertido. No hay que olvidar tampoco el papel de Carlos III, a quien hay que reconocer el acierto de prohibir la salida de piezas recuperadas en suelo napolitano en dirección a España u otros destinos. De no haber sido así, Pompeya y Herculano habrían sufrido quizá la misma suerte que otros enclaves destacados de Egipto o Grecia, algunas de cuyos restos más importantes se reparten por museos y colecciones privadas de todo el mundo.

Finalmente, en 1780, y tras décadas de dedicación exclusiva a la que fue la pasión de su vida, Roque Joaquín Alcubierre falleció en Nápoles, en el mismo lugar donde había disfrutado tanto rescatando aquellas milenarias maravillas^[23]. Algunos años antes, en 1772, su devoción al trabajo había sido recompensada con su ascenso a brigadier e ingeniero en jefe y, cinco años más tarde, se le recompensó con el nombramiento de mariscal de campo, debido a "los méritos, servicios, acreditada conducta, celo, fidelidad y demás recomendables circunstancias" que reunía su figura. Con la muerte de Roque, su esposa, Ignacia Díez, recibió una pensión vitalicia de 150 ducados anuales concedida por el mismísimo Fernando VI de Borbón. Con aquellas rentas, la numerosa familia siguió viviendo con humildad en una vivienda modesta ubicada en el número 10 de la *Porta piccola a Palazzo, en Nápoles*.

BIBLIOGRAFÍA:

–**BELTRÁN LLORIS, Miguel**. “Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de Pompeya y Herculano”. Artículo publicado en *Aragón en el mundo*. Ed. Caja de Ahorros de la Inmaculada. Zaragoza, 1988.

–**FERNÁNDEZ MUGA, Félix**. *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Stabia*. Ed. Universidad de Salamanca, 1989.

CAPÍTULO 9

Juan Bautista de Anza

Y la colonización de la Alta California

En capítulos anteriores ya hemos visto las peripecias y aventuras de varios españoles en las décadas inmediatamente posteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo. Le toca ahora el turno a otro puñado de personajes cuyo destino se fraguó también en el continente americano, aunque en fechas mucho más tardías, y con desenlaces de lo más variado.

Del espíritu aventurero y explorador de los miembros de la familia Anza, o de los científicos que se enrolaron en la Expedición al Pacífico, pasando por las intrigas de un espía alicantino en plena guerra de la Independencia estadounidense, las siguientes historias son buena evidencia de que a los españoles nos gusta estar siempre en el “ojo del huracán”. Bromas aparte, no hay duda de que sin la aportación de figuras como las de nuestros siguientes protagonistas, la historia de los actuales Estados Unidos de América habría sido bien distinta...

Para los soldados que las formaban, aquellas patrullas de vigilancia se habían convertido en una peligrosa rutina desde hace años. Apenas un puñado de hombres, montados a caballo y pertrechados con algunas armas de fuego, se adentraban por los pasos montañosos de aquellas tierras desérticas, vigilaban las minas de plata y las pequeñas poblaciones, e intentaban mantener a raya a los terribles grupos de indios apache que, semana sí y otra también, asaltaban a viajeros desprevenidos o atacaban los campamentos para robar caballos, víveres y otros objetos de valor.

Peligrosos apaches, desiertos, minas, fuertes protegidos por el *hombre blanco*... Esta “lista de ingredientes” nos evoca irremediablemente historias del salvaje oeste, de *cowboys* enfrentados a indios para defender sus vidas y sus posesiones, o las célebres cargas del Séptimo de Caballería. Sin embargo, faltaban más de cien años para que el famoso teniente coronel Custer se enfrentara a sus enemigos *cheyenne* y, en aquel entonces, los Estados Unidos ni siquiera existían como nación. De hecho, de no haber sido por los sucesos que relataremos a continuación, seguramente la historia de los *States* habría sido muy distinta.

Estamos en mayo de 1740, y los soldados que patrullan en busca de indios apache no son estadounidenses, sino españoles. El escenario: las áridas y peligrosas tierras de Sonora, en un

territorio que hoy corresponde con el norte de México y parte del sudoeste de los Estados Unidos de América. Es 9 de mayo, y un reducido grupo de soldados españoles, pertenecientes al *Presidio* –acuartelamiento– de Fronteras, comandado por el capitán vitalicio Juan Bautista de Anza, regresa a su campamento después de una rutinaria inspección del estado de las misiones y campamentos ubicadas a lo largo del curso del río Santa Cruz.

La jornada parece tranquila, sin incidentes, pero todo está a punto de cambiar en un instante. Anza, el capitán, lleva catorce años al frente de aquel grupo de hombres, y conoce mejor que nadie los peligros de aquellas tierras. Sin embargo, quizá por despiste o debido a un exceso de confianza provocado por la cercanía a su acuartelamiento, se separa momentáneamente de sus hombres. De pronto, la hasta entonces tranquila jornada se convierte en un infierno. Un grupo de apaches, ocultos entre la vegetación, sale de su escondite y se lanza contra el oficial español, arrojando una lluvia de flechas contra él. En medio del alboroto, el caballo de Anza se voltea nervioso, y el capitán pierde su casco, con tan mala fortuna que una de las flechas indias le atraviesa limpiamente la cabeza. Cuando sus hombres logran poner en retirada a los indios y acuden junto a su superior ya no hay nada que hacer. Juan Bautista de Anza, capitán del presidio de Fronteras, en Nueva España, yace muerto en el suelo del desierto.

La Historia –o más bien aquellos que la escriben– es muchas veces injusta y caprichosa. Sólo así puede explicarse que las vidas de aquel vasco de cuarenta y siete años y de su hijo, que llevaría el mismo nombre, sean prácticamente desconocidas en nuestro país, cuando las hazañas que uno y otro protagonizaron cambiaron de forma radical la historia de Nueva España, influyendo de forma decisiva en el desarrollo de los territorios que hoy se corresponden con los estados de California, Arizona y buena parte del norte de México. Esta es la historia de dos hombres, padre e hijo, que no sólo compartieron el nombre, sino el honor de ser los responsables de abrir la vía de comunicación que permitió colonizar la Alta California, facilitando el crecimiento y prosperidad de ciudades como San Diego, Los Ángeles o San Francisco.

De Hernani a Culiacán

El acta de nacimiento de Juan Bautista de Anza (padre) señala que fue bautizado en la iglesia de San Juan Bautista de Hernani (Guipúzcoa), el 29 de junio de 1693 por lo que, teniendo en cuenta las costumbres de la época, es muy posible que hubiera nacido ese mismo día. Sus padres eran Antonio Anza (boticario) y Lucía de Sasoeta, ambos naturales de Hernani. Durante sus primeros años de vida, el pequeño Juan llevó una apacible existencia junto a su familia en aquellas verdes y tranquilas tierras del País Vasco. Ni él ni sus padres podían imaginar entonces que estaba destinado a protagonizar una vida llena de peligros y aventuras al otro lado del Atlántico, en unos territorios tan distintos de los que le habían visto nacer.

En aquellos años, sin embargo, no eran pocos los compatriotas vascos que se animaban a buscar fortuna en alguno de los dominios que la Corona Española poseía en el Nuevo Mundo. De hecho, lo más probable es que el joven Juan Bautista de Anza tuviera oportunidad de escuchar los relatos de algunos vecinos que, con nostalgia y cierta tristeza, recordaban el contenido de las

cartas que enviaban sus familiares emigrados a Nueva España. Aquellas historias, en las que abundaban relatos sobre ricos terrenos con minas de plata, grandes ranchos con cientos de cabezas de ganado, y audaces enfrentamientos contra los temibles indios, sin duda alimentaron la imaginación del joven Anza, sembrando en su espíritu la semilla de la aventura.

Por desgracia, no se conservan registros documentales sobre la partida de Juan Bautista de Anza, y si dejó territorio español desde alguno de los barcos que partían de los puertos vascos o desde el sur peninsular. En todo caso, fue en 1712, con diecinueve años de edad, cuando Juan decidió dejar atrás a sus padres y hermanos y embarcarse rumbo a un futuro que él soñaba lleno de riquezas y aventuras. La despedida debió ser dura, pues en aquellos años un viaje de tales características no sólo suponía notables peligros, sino también la casi total certeza de que nunca más volverían a verse, debido a las enormes distancias que iban a separarles. El único consuelo que les quedaba a los padres del aventurero Juan Bautista era saber que no iba a estar solo a su llegada a Nueva España. Allí, en la importante ciudad de Culiacán, su destino, vivían varios miembros de los Sasoeta, familia de su madre.

Cuando tras duros meses de travesía Juan llegó finalmente a Culiacán, en el golfo de California, sus conocimientos de español eran bastante rudimentarios, pues casi siempre se había expresado en euskera, la lengua que se hablaba en su círculo familiar. Aquel inconveniente, sin embargo, desapareció pronto, pues Anza gozaba de una mente despierta y un notable afán de superación, de modo que en poco tiempo dominaba el castellano como cualquier otro habitante de Nueva España. Su estancia junto a sus tíos y primos, sin embargo, resultó mucho más breve de lo esperado. Llevado por sus sueños de riqueza y aventura, Juan decidió trasladarse al norte, a los territorios de frontera, desde donde llegaban historias de ricas minas por explotar y ranchos que dirigir. Allí estaba, por tanto, su posibilidad de labrarse una fortuna.

Así fue como llegó a Nuestra Señora de Aguaje, un pequeño asentamiento español situado en el territorio de Sonora –una región que hoy se corresponde con provincias del norte de México y parte del estado de Arizona–, en el que apenas vivían un puñado de familias. No sabemos con exactitud de dónde procedían sus ahorros –posiblemente era dinero reunido durante el tiempo que trabajó en Culiacán–, pero poco tiempo después de su llegada a Aguaje tenía ya en propiedad una pequeña tienda de suministros, y también una modesta mina de plata. No era el único. Otros emigrantes vascos, como Martín de Ibarburu o Francisco de Aldamiz, explotaban también minas similares. La presencia de emigrantes llegados del País Vasco era algo muy habitual en dichas tierras pues, no en vano, aquel territorio –que incluía los actuales estados de Chihuahua y Durango, así como parte de Texas y Arizona– se conocía como Nueva Vizcaya, y desde su conquista había contado con una notable presencia de vascos.

Cuando llevaba poco tiempo trabajando en aquel lejano asentamiento, llegó hasta Aguaje un destacamento de soldados, dirigido por el capitán Antonio Bezerra Nieto, con la misión de determinar si las minas y los comercios cumplían todas las normas establecidas por la ley del virreinato. Aquel encuentro con el militar iba a ser trascendental en la vida de Anza, pues ambos hicieron pronto amistad y, años después, el de Hernani se convertiría en yerno de Bezerra, al casarse con una de sus hijas, y sería también éste quien le abriría las puertas al mundo militar.

Un año después de aquella importante visita, Juan Bautista de Anza dejó atrás la pequeña población de Aguaje y se trasladó al nuevo asentamiento de Nuestra Señora de Aránzazu en

Tetuachi. En aquel paraje, situado unos quince kilómetros al sur de Arizpe, se había encontrado un importante yacimiento de plata, y Anza no dudó en establecerse allí e iniciar una nueva explotación minera. Mientras, su mina y su tienda de suministros en Aguaje seguían dando beneficios, aunque eran controladas por sus trabajadores de la localidad. El joven vasco vivió allí durante dos años –entre 1719 y 1721–, y en aquella época conoció a algunas personas importantes de la región, lo que le ayudó a establecer nuevos lazos comerciales. Sin embargo, no siempre discurría todo de forma tranquila y provechosa.

Entre 1719 y 1721, Anza se vio envuelto en una controversia que ponía en peligro la seguridad del territorio de Sonora, y que le llevó a enfrentarse con Don Gregorio Álvarez Tuñón, capitán vitalicio del Presidio de Fronteras y, por aquel entonces, también alcalde mayor de Sonora. Álvarez Tuñón llevaba varios años como responsable militar de aquel vasto territorio, y se le suponía encargado de la protección de los españoles y de los indios pacíficos establecidos allí, sobre todo frente a los habituales ataques de los apaches y sus aliados. Sin embargo, como muchos vecinos habían denunciado en muchas ocasiones, el capitán no sólo ignoraba sus funciones, sino que había desprotegido el acuartelamiento de Fronteras, llevándose a la mayor parte de sus soldados a trabajar en las minas de su propiedad en la población de Jamaica, al sur del río Moctezuma. La corrupción de Álvarez Tuñón no terminaba ahí pues, como se demostraría más tarde, tenía por costumbre cobrar la paga de soldados a su cargo que llevaban varios años muertos, quedándose con ella.

A la larga lista de desmanes del corrupto capitán de Fronteras había que sumar, además, un odio visceral hacia los vascos y los jesuitas, hacia quienes Anza, como devoto cristiano que era, prestaba toda su ayuda y simpatía. Todas estas circunstancias llevaron a un grupo de religiosos jesuitas y a un puñado de mineros y ganaderos vascos a unirse para denunciar los excesos del capitán Álvarez Tuñón. Curiosamente, el elegido para ejercer de portavoz frente a las autoridades fue, ni más ni menos, que el joven Juan Bautista de Anza. El de Hernani elevó sus quejas a las fuerzas de Nueva España, denunciando la corrupción del capitán y sus intentos por situar en puestos de poder a personas cercanas a su círculo. La situación llegó a tal punto que el territorio de Sonora estuvo a punto de vivir una guerra civil. Por fortuna, las cosas se tranquilizaron durante algunos años, y el enfrentamiento entre Anza y Álvarez Tuñón tendría que esperar algún tiempo para quedar resuelto.

De minero a militar

Tras aquel enfrentamiento con el corrupto Tuñón, las siguientes noticias que tenemos de Anza se refieren ya a la nueva faceta de su vida, la de militar. Un texto legal, fechado en 1721, lo cita en los siguientes términos: «El teniente Juan Bautista de Anssa, hijo legítimo de Don Antonio de Anssa, natural de la villa de Hernani, en la provincia de Guipúzcoa, de buen cuerpo, blanco, de rostro poblado de barba, pelicastaño lacio, de veinte y nueve años, poco más menos, consta su asiento en dos días del mes de agosto de mil setecientos y veinteun años». Aquella era, ni más ni

menos, el acta de su afiliación, con el cargo de teniente, en el presidio-acuartelamiento de San Felipe y Santiago de Janos.

Se desconocen las razones exactas que llevaron a Anza a convertirse en soldado, pero seguramente en aquella decisión tuvo mucho que ver su viejo amigo Don Antonio Bezerra Nieto, capitán de presidio, a quien había conocido en los años de Aguaje, y con cuya hija, María Rosa, contrajo matrimonio. Nuestro protagonista desempeñó su labor en Janos entre 1721 y 1726, ayudando a su suegro, Antonio Bezerra, en su defensa del territorio frente a los apache. Aquel destino fue, sin duda, el mejor campo de entrenamiento militar que Anza podía soñar.

El destacamento de Janos estaba en plena frontera con los terribles apache, y estaba compuesto por un puñado de soldados veteranos, muchos de los cuales habían trabajado allí toda su vida, y estaban curtidos en la lucha contra los indios, sumando entre todos miles de horas de experiencia en combate. Esta nueva vida de soldado, primero como alférez y más tarde como teniente, se convirtió pronto en el centro de su vida. Ese fue el motivo de que hiciera venir desde España a su primo Pedro Felipe de Anza, a quien encomendó la tarea de encargarse de sus prósperas minas y establecimientos comerciales en la región. De este modo, el podía centrar todos sus esfuerzos en luchar contra los apache.

Cuando llegó a Santa Rosa de Corodéguchi –más conocido como Presidio de Fronteras– en octubre de 1726, el teniente Juan Bautista de Anza era ya un experimentado soldado, acostumbrado a las patrullas y las escaramuzas contra los indios. Allí, en Fronteras, se encontraba al mando su enemigo, el capitán Don Gregorio Álvarez Tuñón, quien continuaba desarrollando sus prácticas corruptas. Anza no había acudido allí por su propia voluntad, sino que comandaba a un grupo de soldados que escoltaban al brigadier general Pedro de Rivera, un antiguo militar que llevaba dos años recorriendo los presidios de Nueva España para comprobar que cumplían con sus obligaciones.

Lo que allí vio Pedro de Rivera fue un escenario desastroso. El inspector comprobó el lamentable estado del acuartelamiento, su falta de suministros y la nula formación militar de sus hombres. Además, tuvo ocasión de escuchar las denuncias de los vecinos, que se quejaban de los continuos ataques de los indios apache como consecuencia del desinterés y el abandono del capitán Tuñón. No hizo falta mucho más. Apenas unas semanas después, el inspector Pedro de Rivera acusó al capitán de Fronteras de quince cargos por mala conducta, fraude y corrupción. El enemigo de Juan Bautista de Anza fue declarado culpable, siendo arrestado y retirado de su cargo.

Con aquella actuación, el Presidio de Fronteras, con un estado lamentable, quedaba sin capitán al cargo. Sin embargo, el brigadier Pedro de Rivera ya había pensado en un sustituto: el responsable y experimentado teniente Juan Bautista de Anza, que se convertía así en capitán interino –terminaría siéndolo vitalicio– del Presidio de Fronteras, el mismo acuartelamiento que durante años había “dirigido” su enemigo Gregorio Álvarez Tuñón. La situación en el fuerte era desastrosa, pero Anza no tardaría en aplicar toda la experiencia adquirida en Janos para mejorar las defensas y la formación de los soldados, ganándose en poco tiempo la confianza de los habitantes.

La tarea, sin embargo, no era sencilla. La fortificación bajo el mando de Anza contaba sólo con cincuenta hombre –sumando soldados y oficiales–, y el territorio que debía defender frente a

las continuas incursiones apache tenía un tamaño diez veces superior al de su País Vasco natal. Una inabarcable extensión de terreno en el que no sólo estaban los apaches, sino también otras tribus indias, como los *Yuma*, los *Seri*, los *Opatas* o los *Pimas Bajos*, algunos de ellos pacíficos, pero otros abiertamente hostiles.

De todos ellos, los más peligrosos eran sin duda los apaches. Solían vivir en pequeños campamentos, y practicaban una guerra de guerrillas a la que los españoles no estaban acostumbrados. Mientras que los hombres de Anza patrullaban bien equipados, con víveres, mulas y otros enseres, los apache –magníficos conocedores del terreno– se desplazaban a caballo sin apenas pertrechos, armados con silenciosos arcos y flechas, y atacaban con una rapidez mortal, asaltando ranchos, minas y misiones.

En uno de los escritos de Anza que se conservan, fechado en 1735, el capitán español se lamenta ante el gobernador Manuel Bernal de Huidobro de la dificultad de su labor y señala cómo han tenido que acomodar sus tácticas a las prácticas de los indios: «Nuestras tropas salen en busca de los apache habitualmente de noche, para que no nos descubran por el polvo de nuestros caballos». Aquella estrategia había sido copiada de los propios indios, quienes solían atacar en noches de luna llena, amparados por la oscuridad, que impedía a los españoles apreciar la polvareda que levantaban los caballos durante sus cabalgadas.

Aquella vida de continuo enfrentamiento con los indios apache y sus aliados vivió su peor momento a mediados de aquella década de 1730 cuando, a pesar de los esfuerzos de Anza, los ataques se sucedían de forma incontrolable, llevando a muchos habitantes a emigrar a lugares más tranquilos. «Varios ranchos de ganado y caballos han sido abandonados debido a los ataques de los apache. Las ruinas de estos ranchos todavía son visibles. Los apaches han robado y asaltado un gran número de caballos y reses. Han asesinado a españoles y a indios amistosos, y han asediado pueblos enteros», se lamentaba Anza.

El español y su suegro, todavía capitán en su antiguo presidio de Janos, no sólo intentaron acabar con dichos ataques por la fuerza. De hecho, muchos años de que empezaran a realizarse los llamados “establecimientos de paz” (treguas), ambos capitanes intentaron convencer a los apaches de que renunciaran a su modo de vida violento, ofreciéndoles comida, ropas y cobijo. Por desgracia, los apaches rechazaron la oferta, y siguieron con sus ataques, como demuestra el hecho de que el propio Anza terminara perdiendo la vida en una de aquellas escaramuzas.

Apenas tres años antes de morir por culpa de una flecha certera, Juan Bautista de Anza había solicitado permiso al virrey de Nueva España para llevar a cabo uno de sus sueños: una expedición que sirviera para establecer una ruta terrestre entre Sonora y los territorios inexplorados de la Alta California. La muerte truncó aquella aspiración pero, por suerte, uno de sus hijos, también llamado Juan Bautista de Anza, sería capaz de cumplir el sueño de su padre.

A la conquista de la Alta California

El destino, a menudo irónico, quiso que al mismo tiempo que Anza perdía la vida en manos de los apache, una cédula real partiera de la metrópoli para reconocer de forma oficial el mérito del

capitán de Fronteras a la hora de defender los duros y peligrosos dominios de Sonora. En el momento de su muerte, su hijo Juan Bautista, quien estaba destinado a convertirse en un destacado militar y político de su tiempo, tenía apenas cuatro años de edad, pues había nacido en julio de 1736.

Con sólo quince años, en diciembre de 1751, el joven Anza decidió seguir los pasos de su padre, y se sumó a las filas del ejército español en la localidad de San Ignacio, en Sonora. Al igual que ocurrió con su progenitor, su carrera militar fue imparable. En 1754 era ya cadete en Fronteras, y sólo dos años después alcanzaba el rango de teniente de caballería. En 1759, cuando contaba con sólo veintitrés años, se convertía en el nuevo capitán del Presidio de Tubac, ubicado en el actual estado de Arizona. Allí, haciendo honor a su apellido y sus orígenes –era hijo y nieto de capitán– se destacó pronto en sus enfrentamientos con los apaches, repeliendo numerosos ataques entre los años de 1766 y 1773.

Mientras Anza *junior* combatía sin descanso a los indios, otro español, el gobernador Don Gaspar de Portolá, ponía en marcha una expedición con la finalidad de ampliar los dominios de la Corona española en tierras americanas, al norte de la frontera actual, que tanto empeño ponía en defender el joven Anza. Fruto de aquella expedición marítima, desarrollada entre julio de 1769 y enero de 1770, se establecieron pequeñas colonias en la Bahía de Monterrey y se descubrió la bahía de San Francisco, en la Alta California. Cuando aquella aventura llegó a oídos de Anza, el joven capitán no tardó en recordar las aspiraciones de su padre, que consistían en establecer una ruta terrestre con aquellas regiones. Empeñado en cumplir el sueño de su padre, en 1772 Juan Bautista de Anza decidió solicitar permiso al virrey de Nueva España, Antonio María Bucareli y Ursúa, para llevar a cabo la arriesgada empresa.

La respuesta, positiva, llegó un año más tarde. El virrey concedía su permiso encantado pues, no en vano, las travesías por mar hasta las pequeñas colonias de la Alta California resultaban muy peligrosas por culpa de los piratas ingleses y de las fuertes corrientes, y además apenas servían para abastecer a los escasos colonos, pues debían realizarse en pequeñas embarcaciones con escasa capacidad de carga. Por otra parte, el monarca español estaba muy interesado en reforzar la colonización de aquellos territorios, pues tanto los ingleses como los rusos intentaban establecer sus propias colonias en dichos dominios.

Fue así como en enero de 1774, Juan Bautista de Anza, acompañado por un reducido grupo de soldados y sirvientes –además del Padre Francisco Garcés– y unas doscientas reses, abandonaron el Presidio de Tubac en busca de encontrar una ruta que permitiera alcanzar los territorios californianos. Aquella primera expedición resultó todo un éxito. En primer lugar lograron establecer relaciones cordiales con los indios Yuma, quienes les ayudaron a cruzar las aguas de los ríos Colorado y Gila y se comprometieron a prestarles ayuda en sucesivas expediciones. Dos meses después de su partida, a finales de marzo de 1774, Anza y parte de sus hombres alcanzaron los terrenos de la misión de San Gabriel –cerca de la actual ciudad de Los Ángeles–, que había sido establecida en la primera expedición comandada por Gaspar de Portolá. Con aquel éxito, Anza y sus hombres habían logrado establecer la ruta deseada por tierra, abriendo el paso a otros territorios más al norte, como la bahía de San Francisco.

De regreso al Presidio de Tubac, y en reconocimiento a su labor, Anza fue ascendido a teniente coronel. El nombramiento, no obstante, iba acompañado de un nuevo encargo: la

realización de una nueva expedición, en este caso mucho más numerosa y nutrida especialmente de colonos, para crear un presidio y una misión en la bahía de San Francisco. Anza aceptó de buen grado aquella nueva tarea, y durante varios meses se dedicó a reclutar a numerosas familias dispuestas a colonizar aquellas nuevas tierras. Aquella iba a ser la primera expedición de colonización del norte de California.

Finalmente, el 23 de octubre de 1775, el teniente coronel Juan Bautista de Anza, al mando de un nutrido grupo de unos 300 hombres –entre ellos soldados, mujeres y niños–, abandonó Tubac rumbo a su destino. En esta ocasión, y debido al gran número de participantes, el viaje se prolongó durante unos cinco meses, hasta que, a comienzos de marzo de 1776, alcanzaron el Presidio de Monte Rey. La expedición había sido mucho más dura que la anterior, pues tuvieron que soportar las bajas temperaturas del invierno en pleno desierto, con una reserva de víveres cada vez más reducida, y en muchas ocasiones al borde de la deshidratación. De hecho, ante la escasez de agua, Anza se vio obligado a dividir la expedición en tres grupos, que debían viajar a un día de distancia unos de otros, para dejar tiempo a que las escasas pozas de agua volvieran a llenarse.

Por suerte, y a pesar de la dureza del viaje, sólo se registró una muerte, la de una mujer que perdió durante el parto. El pequeño, por el contrario, logró sobrevivir y llegó sano y salvo a su destino en la bahía de San Francisco. Con el éxito de esta segunda expedición, Anza cambió para siempre la historia de California, al abrir una vía que permitía la colonización y el envío de suministros de misiones y colonias que, con el paso de los años, terminarían convirtiéndose en importantes ciudades de los actuales Estados Unidos.

Tal y como había ocurrido con la primera expedición, Juan Bautista de Anza, cumplido ya el sueño de su padre, fue premiado de nuevo por su encomiable labor. En este caso se le ascendió al cargo de comandante de todas las tropas de Sonora. Un año más tarde, en 1777, se aupó aún más en el poder, al convertirse en gobernador de Nuevo México. Sin embargo, sus ansias de aventura no habían desaparecido. En 1778, y con unos quinientos hombres bajo su mando, Anza se adentró en territorio comanche, atravesando el río Arkansas, en Colorado, para intentar frenar los ataques de los indios. Gracias a su gran experiencia militar, Anza logró derrotar al jefe Cuerno Verde y a otros miembros destacados de la tribu, consiguiendo que establecieran una tregua, la más larga firmada jamás por los comanches. Al año siguiente, en otoño, Juan Bautista dirigió una nueva expedición, de nuevo con éxito, en este caso para establecer otra ruta terrestre, entre Santa Fe (Nuevo México) y Arizpe, en Sonora.

Antes de su muerte, en diciembre de 1788, Juan Bautista de Anza desempeñó otras muchas labores, recibiendo siempre el mayor reconocimiento. En 1786 solicitó ser liberado de su cargo de gobernador, y un año después se convirtió en comandante del Presidio de Buenaventura, el mismo que había capitaneado su nombre, cuando se llamaba Fronteras. En 1788, el mismo año de su muerte, fue nombrado comandante del Presidio de Tucson, en el actual estado de Arizona. Tras pasar revista a sus tropas decidió regresar temporalmente a su casa de Arizpe, y fue allí donde falleció, siendo enterrado en una capilla de la catedral. Habían pasado 76 años desde que su padre, al que apenas conoció, abandonara para siempre su Hernani natal, viajando miles de kilómetros, hasta el otro extremo del océano, en busca de aventuras. Uno y otro lograron cumplir sus sueños, y pasaron a la Historia^[24].

BIBLIOGRAFÍA:

–**GARATE, Donald T.** *Juan Bautista de Anza. Basque explorer in the New World.* University of Nevada Press. Reno, Las Vegas.

–**Thomas, Alfred Barnaby** (ed.). “Governor Anza's Expedition against the Comanche 1779” en *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787.* University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

–**TWITCHELL, Ralph E.** *Colonel Juan Bautista de Anza. Governor of New Mexico. Diary of his Expedition to the Moquis in 1780.* Historical Society of New Mexico nº 21.

CAPÍTULO 10

Juan de Miralles, un espía español en la independencia de los EE.UU.

Al igual de lo que ha sucedido con los miembros del “clan” Anza, la figura del siguiente personaje ha pasado casi desapercibida para buena parte de los historiadores. Sin embargo, este alicantino, que conjugó sabiamente las facetas de comerciante, contrabandista, espía y diplomático, fue uno de los personajes más relevantes en el éxito de la rebelión de las Trece Colonias.

La mañana del domingo 29 de abril de 1780 había amanecido fría y desapacible en Morristown (Nueva Jersey), cerca de la sede del cuartel general de las tropas comandadas por George Washington. Desde muy temprano, la actividad en el campamento había sido notable, especialmente entre los oficiales, quienes habían recibido órdenes precisas del general para que vistieran sus mejores galas y asistieran al solemne funeral de un distinguido caballero fallecido el día anterior.

La procesión fúnebre, acompañada por disparos de salvas, partió con solemnidad de la mansión del coronel Jacob Ford, donde se había velado el cadáver, y se prolongó durante algo más de un kilómetro, hasta alcanzar la iglesia protestante de Morristown. En el templo se habían congregado varios generales y otros oficiales de alto rango, algunos miembros del Congreso Continental y un representante francés, así como varias personalidades de la localidad.

La ceremonia, presidida por un George Washington visiblemente emocionado, tuvo todas las características del entierro de un héroe de la patria, con todos los honores militares.

Sin embargo, aquel distinguido caballero, ataviado con un rico traje y engalanado con oro y diamantes, que recibió sepultura rodeado de las más altas dignidades, no era un alto mando del ejército rebelde, ni tampoco un destacado político de las colonias insurgentes, sino un adinerado comerciante español llamado Juan de Miralles.

¿Cómo había terminado sus días aquel súbdito de la Corona española en las lejanas tierras de América del norte? Y, lo que es más importante, ¿cuáles eran los méritos que le habían granjeado la sincera amistad de George Washington y le habían hecho merecedor de un funeral con honores de estado?

De Alicante a La Habana

Para responder a estas preguntas hay que remontarse sesenta y siete años atrás, hasta el 23 de julio de 1713, fecha en la que Juan de Miralles había llegado al mundo en la localidad alicantina de Petrer. Nacido en el seno de una familia de origen galo, era hijo de Gracia Trayllon y Juan de Miralles (o Mirailles) Tisner, un capitán de infantería francés que había defendido la causa borbónica durante la Guerra de Sucesión, a favor de Felipe de Anjou. Parece ser que, tras licenciarse, el padre de nuestro protagonista decidió establecerse como comerciante en la localidad alicantina, un destino con notable presencia de franceses procedentes del Bearn, lugar de origen de la familia.

Los primeros años del pequeño Miralles están repletos de incógnitas y únicamente sabemos que en 1728 –con quince años–, viaja con toda la familia a Francia, donde su padre se hará cargo de la casa familiar. Los Miralles permanecen allí durante cinco años y después regresan de nuevo a España, aunque el vacío histórico sobre el joven y sus familiares es casi total, sin que hasta la fecha se hayan encontrado referencias suyas entre la lista de comerciantes registrados en los puertos de Alicante o Cádiz.

A partir de 1740 las cosas cambian, y las referencias y documentación sobre Juan de Miralles comienzan a ser abundantes. En esa fecha, y ya con veintisiete años, el joven alicantino ha cambiado los puertos españoles por el de La Habana, llevando consigo una pequeña –pero no despreciable– fortuna de 8.500 pesos. Una cantidad que, probablemente, procedía de actividades comerciales, a pesar de la extraña circunstancia de que ni el joven ni su familia aparezcan registrados en la documentación portuaria española. Este misterioso detalle ha llevado a pensar a autores como Vicent Ribes –profesor de la Universidad de Valencia y uno de los mayores especialistas en el personaje– que el joven había atesorado dicha cantidad gracias al comercio de esclavos. Una hipótesis nada descabellada, en especial por los derroteros que tomará su “actividad comercial” años más tarde.

En cualquier caso, de lo que no hay duda es que poco después de su llegada a la capital cubana Miralles comenzó a desarrollar sus negocios, exportando mercancías como azúcar o tabaco en dirección a Cádiz, al tiempo que actuaba como representante de empresas británicas establecidas en San Agustín de la Florida o Jamaica. Cuatro años después, en 1744, su prestigio y su posición económica habían aumentado lo suficiente como para solicitar la mano de María Josefa Eligio de la Puente, perteneciente a una de las más importantes y acomodadas familias cubanas, con intereses e influencias en la isla y en las Floridas.

Tras contraer matrimonio, y gracias a los contactos granjeados a través de su familia política, Miralles amplió aún más sus negocios, que incluían la compra-venta de navíos, el tráfico de esclavos, la adquisición de propiedades y la exportación de todo tipo de productos, tanto a la metrópoli como a los puertos de las Trece Colonias, muchas veces actuando como un auténtico contrabandista.

Lejos de interrumpirse o disminuir, su actividad comercial siguió aumentando durante el breve periodo de ocupación británica de La Habana (1762-63), época en la que se produjo un episodio que anunciaba su futura actividad en las colonias americanas (ver anexo al final del capítulo).

En los años siguientes, su nombre apareció vinculado de forma especial con el “comercio de negros”. En 1765 es citado como uno de los solicitantes del asiento de esclavos, una petición que se repitió en 1773 y 1776. En esta última fecha, el comerciante habanero no dudó en ofrecer a la Corona española un pago de 200.000 pesos anuales a cambio de disfrutar del monopolio del tráfico de personas en Cuba. Una cifra desorbitada que indica las grandes esperanzas de negocio que tenía Miralles al respecto. Su petición fue rechazada, pero de lo que no hay duda es de la vinculación del alicantino con esta actividad, como demuestra el hecho de que desde 1766 hubiera sido uno de los accionistas de la importante Compañía Gaditana de Negros. De hecho, y en palabras del historiador Vicent Ribes, «Miralles fue la pieza clave en el comercio negrero hispánico durante los años 60 y 70 del siglo XVIII, y su nombre aparece asociado al de cualquier empresa negrera de mayor o menor envergadura, actuando por sí mismo o a través de *prestanombres* de la ciudad de Alicante».

Comerciante, espía y diplomático

Tras el estallido en 1776 de la rebelión de las trece colonias americanas contra Inglaterra, España decidió –después de las iniciales dudas sobre si debía permanecer neutral o ayudar a los rebeldes– limitarse a recoger información sobre el devenir de los acontecimientos, y de forma especial sobre las intenciones de Inglaterra respecto a las posesiones españolas.

Ese mismo año, el ministro de Indias, Don José de Gálvez, transmitía al capitán general de Cuba una orden llegada desde la metrópoli para que enviase a territorios británicos a personas de confianza que recopilaran información. Un año más tarde, en noviembre de 1777, el gobernador de La Habana, D. Diego José Navarro, se comunicaba con Gálvez para informarle de la elección de D. Juan de Miralles, «vecino de esta ciudad, de crédito, vienes y familia conocida (...) y que posee los idiomas francés e inglés con propiedad, el qual podía destinarse a el paraje del Congreso».

La elección de Miralles no es caprichosa. A su dominio de varios idiomas hay que sumar su fácil cobertura como comerciante, y en especial sus numerosos contactos en puertos de todo el Caribe y en los territorios británicos del continente. Además, claro está, de su experiencia anterior en servicios semejantes a la Corona, como el realizado ante la ocupación inglesa de La Habana.

Junto a Miralles son designados también como “informadores” Juan José Eligio de la Puente (familiar de la esposa del alicantino), destinado a la Florida; el también comerciante Luciano de Herrera (enviado a Jamaica) y el coronel Antonio Raffelin, que debía cumplir su labor en Haití. Sin embargo, la misión más importante de todas recayó en Miralles. Bajo la tapadera de comerciante, debía estar al tanto de todo lo que sucediese en el continente, vigilando los movimientos de las tropas realistas y sus intenciones ante los intereses españoles, y además debería contactar con los líderes insurgentes para valorar la posibilidad de actuar de forma conjunta –a su debido tiempo–, contra los ingleses. Todo ello con la mayor precaución y desde la clandestinidad, pues España no deseaba, por el momento, romper su neutralidad con Inglaterra.

Con las órdenes ya recibidas, y tras redactar su testamento, Miralles zarpó el 31 de diciembre de 1777 del puerto de La Habana, a bordo del navío Nuestra Señora del Carmen. Su misión inmediata era llegar a Charleston, pero para no despertar sospechas ante los británicos urdió un ingenioso plan. Oficialmente su destino es Cádiz, a donde lleva mercancías cubanas, pero con la excusa de una arribada forzosa a causa de una avería, el capitán del navío –siguiendo instrucciones precisas de Miralles– se ve “obligado” a atracar en Charleston, a donde llegó el 9 de enero. Apenas unos días después, el 21 de enero, se produce el nombramiento de Miralles como comisionado real de España ante el Congreso Continental. Su nuevo cargo, sin embargo, tenía un carácter extraoficial, pues debía evitar a toda costa levantar sospechas entre los ingleses. Como ayuda para lograr su delicada misión, el petrense recibió una “dieta” de 39.000 pesos, cantidad que utilizaría para mantener adecuadamente su tapadera de comerciante y, si era necesario, realizar sobornos a cambio de información.

Antes de partir a finales de mayo con dirección a Filadelfia, donde estaba el Congreso, Miralles fue cimentando sus primeros contactos. Así, se reunió con Edward Rutledge, Patrick Henry y Abner Nash, gobernadores de Carolina del Sur, Virginia y Carolina del Norte respectivamente.

Cuando al fin se estableció en Filadelfia no tardó en entablar relaciones con los comerciantes Oliver Pollock y Robert Morris, afianzando así su imagen de hombre de negocios que buscaba enriquecerse en medio del provechoso escenario bélico. De este modo no tardó en asociarse con Morris, creando una compañía que realizaba intercambios comerciales entre Filadelfia y La Habana, una ruta que se sumaba a la que ya había iniciado poco antes desde Charleston. Miralles consiguió así cumplir sus objetivos con la Corona –a la que informaba puntualmente a través de comunicados que ocultaba en sus navíos– y al mismo tiempo siguió engordando sus arcas gracias a un provechoso intercambio comercial.

En agosto de aquel año llegó a la ciudad Conrad Alexander Gérard, primer embajador francés en territorio americano. Nuestro protagonista no tardó en entablar amistad con él, lo que le facilitó el acceso a los círculos más cerrados de la política de las colonias. Fue así como en Navidad de 1778 Miralles pudo entrar en contacto con los personajes más destacados de la futura nación. En esas mismas fechas se produjo también la llegada de Washington a la ciudad, y Miralles aprovechó la circunstancia para ofrecer una fiesta en su honor el 31 de diciembre. A la cena asistieron, además del matrimonio Washington, otras personalidades como Lafayette, Johann von Robaii o Friedrich Wilhelm, así como numerosos miembros de la alta sociedad local. La celebración fue todo un éxito, tal y como reflejó la prensa de Filadelfia, y pronto las cenas ofrecidas por Miralles, a las que asistían habitualmente Washington y su esposa, se convirtieron en algo habitual.

Fue en esos primeros contactos donde se forjó la amistad entre Miralles y George Washington. El español se había presentado ante el general americano con una carta de presentación redactada por Diego José Navarro, en la que se alababan sus cualidades, y pronto surgió una relación de admiración y respeto mutuos. En el caso del español, la relación con Washington supuso un impulso a su entusiasmo por la causa independentista, que llegó a abrazar casi como propia. El efecto causado por el general en Miralles fue muy positivo, hasta el punto de que en sus informes a La Habana se deshacía en elogios hacia el mandatario, e incluso llegó a encargar once retratos de Washington al pintor Charles Wilson Peale, que más tarde envió a sus amistades en Cuba y en la

Corte española. Del mismo modo, el futuro primer presidente de EE.UU. manifestó siempre idéntico afecto hacia el español, cuya amistad llevó mucho más allá de lo exigido por el protocolo y las relaciones políticas, como bien demostraría tras el fallecimiento de Miralles.

Gracias a esta excelente relación, y a los continuos contactos del español en su puesto como comisionado real ante el Congreso –la correspondencia con Washington y con otros líderes coloniales es realmente abundante–, se fueron estableciendo los fructíferos acuerdos entre ambas partes. Fue así como se comenzó a gestionar la ayuda española a las colonias rebeldes.

Desde España partían barcos cargados de medicinas, ropas de abrigo, pólvora y armas, que más tarde eran distribuidas en los lugares necesarios gracias a la ruta comercial encubierta trazada por Miralles. Además, el habanero no dudó en aportar grandes sumas económicas procedentes de su fortuna personal, hasta el punto de que pronto se popularizaron los llamados *spanish dollars*^[25] entre las tropas independentistas. Entre otros prestamos personales, Juan de Miralles aportó unos 35.000 pesos a Carolina del Sur, 15.000 a la flota rebelde y unos 140.000 al comandante de Charleston. Unas cantidades a las que había que añadir las sumas aportadas desde la corte española.

A cambio de toda esta ayuda, España aspiraba a conseguir apoyo de los rebeldes para recuperar los territorios de las dos Floridas, afianzar sus posesiones en ambas orillas del Mississippi, y volver a tomar posesión de Menorca y Gibraltar. Ya en junio de 1779, tras la declaración oficial de la guerra a Inglaterra por parte de España, la ya estrecha relación entre Miralles y Washington se afianzó aún más, y las conversaciones para organizar un ataque conjunto contra las posesiones británicas en la Florida fueron en aumento. Esa fue, precisamente, la razón que llevó a Miralles a dirigirse a comienzos de 1780 hasta Morristown, donde Washington tenía su cuartel general. Un viaje del que Miralles no regresaría con vida.

La importancia de la aportación española

Aquel invierno había sido especialmente duro, y el trayecto se dejó sentir en la salud del español, que en aquel entonces sumaba ya sesenta y siete años. Cuando llegó a Morristown el 19 de abril, acompañado por el embajador francés, Miralles estaba ya muy enfermo. Washington lo alojó en su residencia –la mansión Ford–, e hizo que lo atendieran sus médicos personales. Pero a pesar de todos los esfuerzos por evitarlo, «una pulmonía acompañada por vómitos de sangre» acabó con su vida el 28 de ese mismo mes.

Washington quedó sumamente entristecido, tal y como reflejó en sus cartas dirigidas a la viuda, a las autoridades españolas, e incluso al embajador francés. Aquellas muestras de afecto y de respeto, materializadas en el funeral de estado que presidió en su honor, no se limitaban al propio Washington. Un mes después de la muerte de Miralles, buena parte de la alta sociedad de Filadelfia, y entre ellos varios congresistas, celebraron un solemne funeral en su memoria.

Una respuesta lógica, si se tiene en cuenta que durante los dos años que el español residió en

territorio americano, supo granjearse el afecto y la admiración de gran parte de las personalidades con las que trató con motivo de su misión secreta. Un reconocimiento que, por otra parte, tenía también su origen en la vital ayuda que prestó a la causa de los líderes coloniales. A pesar de su casi total olvido por parte de la historiografía estadounidense, resulta innegable que sin la ayuda española administrada tan sabiamente por Miralles, la independencia de los EE.UU. habría sido mucho más complicada o, quién sabe, quizá no habría llegado a materializarse jamás.

¿Agente doble?

Las actividades de Miralles como espía al servicio de la Corona española durante la Guerra de la Independencia tuvieron un precedente en un misterioso episodio aún no aclarado del todo. En 1761, con La Habana con Juan de Prado y Portocarrero como gobernador, la ciudad sufrió una terrible epidemia de fiebre amarilla. La enfermedad causó numerosas bajas entre los habitantes y las tropas allí destinadas, pero fue especialmente cruenta con los numerosos esclavos que trabajaban en las murallas que se estaban construyendo para proteger a la localidad. Al quedar las obras paralizadas, el gobernador decidió encomendar a Juan de Miralles la misión de comprar esclavos para los trabajos en la cercana Jamaica. Miralles partió hacia allí en abril de ese mismo año, pero al no encontrar suficiente mercancía en todo el Caribe, decidió poner rumbo a Inglaterra, donde operaban las principales compañías negreras.

Una vez allí, y gracias a su buen hacer, Miralles entró en contacto con diversas personalidades, y en dichos círculos descubrió que Inglaterra planeaba un ataque para hacerse con La Habana. Tras enviar varias cartas a la isla y a España, advirtiendo del peligro, el español embarcó rápidamente de vuelta a casa, tratando de poner sobre aviso a la ciudad. Por desgracia, ni él ni sus cartas llegaron a tiempo.

Cuando se encontraba ya en aguas del Caribe, su barco fue apresado por un navío británico. Sin embargo, gracias a su astucia, Miralles consiguió engañar al almirante Albemarle, asegurándole que le facilitaría información privilegiada sobre la posesión española. A cambio, los británicos le permitieron desembarcar cerca de La Habana antes del ataque. Miralles acudió rápidamente al gobernador, informándole de la posición, número y planes de los enemigos. Su acción no impidió, sin embargo, que los ingleses capturaran La Habana. A pesar de todo, los dos años de ocupación no impidieron a Miralles desarrollar sus negocios, que incluso amplió gracias a la presencia extranjera. Este trato de favor desató algunas sospechas entre algunos vecinos, que le consideraron un traidor. La realidad, sin embargo, parece bien distinta.

Cuando España recuperó La Habana, las autoridades actuaron duramente contra quienes habían colaborado con los ingleses. Sin embargo, Miralles no fue castigado de ninguna forma. A través de diversas fuentes, parece claro que la posición de Miralles estuvo siempre del lado español. Además de sus cartas de aviso sobre el ataque inglés, la misiva dirigida por Diego José Navarro al ministro de Indias José de Gálvez, en la que se informaba de la elección del alicantino como espía, hace referencia a «otros servicios, particularmente el de dar con anticipación a los gobernadores de Caracas, Cartagena, Puerto Rico, Santo Domingo y esta ciudad, la noticia del

rompimiento último con los ingleses». Una clara referencia a sus servicios durante la ocupación inglesa. El propio Miralles, en una carta de 1776, recordaba que «había expuesto muchas veces su vida, expedido su caudal y hecho otros importantes servicios» a la Corona.

BIBLIOGRAFÍA –BÖTTCHER, Nikolaus. “Juan de Miralles: un comerciante cubano en la guerra de independencia norteamericana”. *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. 57, nº 1, 2000.

–**BÖTTCHER, Nikolaus.** “Juan de Miralles: un comerciante cubano en la guerra de

independencia norteamericana”. *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. 57, nº1, 2000.

–**CALDERÓN, Reyes**. *Ayuda financiera española al proceso de Independencia de los Estados Unidos de América: hechos y cifras*. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad de Navarra.

–**MAGASSY DORN, Georgette**. *España y la Indendencia de los Estados Unidos: algunas fuentes en la Biblioteca del Congreso de Washington*. Hispanic Division. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

–**PORTELL VILÁ, Herminio**. *Juan de Miralles, un habanero amigo de Jorge Washington*. Sociedad Colombista Panamericana. La Habana, 1947.

–**RIBES, Vicent**. “Nuevos datos biográficos sobre Juan de Miralles”. *Revista de Historia Moderna* nº 16. 1997.

–**SAGREDO, Antonia**. *Conexiones personales entre españoles y americanos en la era revolucionaria: pioneros en la diplomacia hispano-estadounidense*. Departamento de Filologías Extranjeras y sus Lingüísticas. UNED, Madrid.

CAPÍTULO 11

Peter Casanave:

El navarro que inició la Casa Blanca

Si la figura de Miralles resulta fascinante –incluso a pesar de que sea injustamente desconocida para el gran público–, otro tanto podemos decir del personaje que ocupa las siguientes páginas. Un español que además, como veremos, estaba estrechamente relacionado con el espía de Petrer.

Descubrí la historia de este navarro de nombre incierto –pronto verán a qué me refiero– mientras reunía información para un artículo sobre los entresijos de la construcción de la Casa Blanca. Es muy escasa la documentación que se posee sobre su figura, hasta el punto de que me casi me arriesgaría a afirmar que nadie más, aparte de un servidor, ha publicado información alguna en castellano sobre este personaje.

Las dificultades a la hora de rastrear el origen exacto de este navarro que hizo fortuna en las Américas, y que destacó en la comunidad de la naciente localidad de Georgetown, no me ha permitido extenderme en los detalles de su vida al nivel del resto de los personajes retratados en estas páginas. Sin embargo, y puesto que se trata de una investigación abierta, es posible que el futuro depare alguna sorpresa en este sentido...

El 12 de octubre de 1792, la taberna *Fountain Inn*, en Georgetown, se convirtió en punto de reunión para gran parte de los habitantes del futuro Distrito Federal. El ambiente era festivo y continuamente se escuchaban brindis y frases de júbilo. No era para menos. El grupo de hombres allí reunidos, entre los que se encontraban vecinos, curiosos y prohombres de la localidad, se disponían a asistir a un acto cargado de significado para la recién nacida nación de los EE.UU.: la ceremonia de colocación de la primera piedra de la “Casa del Presidente” (en aquella época todavía no se conocía como Casa Blanca). Cuando todos los organizadores del acto estuvieron presentes, el gentío se puso en marcha hacia su destino: un solar de la todavía inexistente ciudad de Washington D.C.

El grupo iba precedido por un distinguido número de masones de una logia de Georgetown, la nº 9 de Maryland. Y, precisamente, fue su Gran Maestro, Peter Casanave, quien tuvo el honor de officiar la ceremonia, colocando la piedra angular y pronunciando una oración.

Lo más singular de aquella ceremonia fundacional –que daba el pistoletazo de salida a la construcción del primer edificio federal de la ciudad y que hoy es uno de los emblemas más reconocibles de los Estados Unidos–, es que el hombre que la dirigió, el citado Peter Casanave, era español.

Aunque sus vecinos de Georgetown le llamaban Peter, aquel joven comerciante católico que se había ganado el aprecio y la confianza de todos se llamaba en realidad Pedro, y había nacido en la región española de Navarra. Es muy posible que su apellido tampoco fuera Casaneva, pues las escasas fuentes conservadas que hacen referencia a su persona lo citan como Casaneva, Casenave e incluso Casanova.

Por desgracia, es muy poco lo que sabemos de él, a pesar de que, como veremos, alcanzó rápidamente el éxito social y económico en su patria de adopción.

Al parecer, Peter Casaneva (le llamaremos así ante el enigma de su verdadero nombre) llegó a los recién nacidos Estados Unidos de América en el año 1785. En su bolsillo sólo se contaban doscientas libras, y el joven navarro apenas conocía la lengua de Shakespeare. Afortunadamente, contaba con inmejorables referencias: su tío no era otro que Juan de Miralles, nuestro protagonista del capítulo anterior. El papel de éste como enlace entre la Corona española y los insurgentes americanos durante la Guerra de la Independencia le había servido, como ya vimos, para ganarse el aprecio y la amistad del mismísimo George Washington. Así pues, este parentesco debió abrirle a Casaneva no pocas puertas, y pronto estableció su primer negocio: un almacén en el que distribuía aceite, carne de cerdo española y polvos para el pelo. A aquel primer negocio pronto le siguieron otros, algunos bastante insólitos, como un «salón de baile nocturno para caballeros que no disponen de tiempo durante el día».

Unos años más tarde, en 1790, su situación había mejorado bastante, y se convirtió en agente de la propiedad, motivo por el que aparece en varios documentos de la época, en los que se le nombra como vendedor de terrenos de la futura ciudad de Washington.

Con una posición social ya afianzada, su siguiente paso en la comunidad fue pedir la mano de una joven católica de Georgetown, Ann Nancy Young, hija de Notley Young, próspero empresario de la ciudad que también se dedicaba al negocio de la venta de suelos. La pareja se casó en septiembre de 1791, en una ceremonia que ofició el obispo Carroll, tío de la joven. Aquel matrimonio conectó a Casanave con algunas de las familias más importantes del estado de Maryland.

En aquellas fechas, el español decidió ampliar aún más sus compromisos con la comunidad, y se convirtió en “agente” y patrocinador de los estudiantes que acudían al Georgetown College (hoy convertido en la universidad del mismo nombre). En dicho puesto se encargaba de administrar los fondos de los alumnos y cubrir sus gastos. En muchos casos, cuando los estudiantes eran extranjeros o carecían de recursos, él mismo se encargaba de pagar las cuotas de su propio bolsillo, de forma totalmente altruista. Al parecer, el propio Casenave fue alumno de la institución, a la que acudió para perfeccionar su todavía deficiente inglés, y más tarde uno de sus hijos, también llamado Peter, fue matriculado allí.

En 1793 el navarro dio un nuevo paso en su avance social, y se unió al Consejo Común de la

Corporación de la ciudad. Apenas un año después, aquel joven navarro y católico –que había llegado a la nueva nación nueve años antes sin apenas dinero y con unas nociones mínimas de inglés– fue elegido alcalde de Georgetown, convirtiéndose en la quinta persona en ocupar el cargo.

Unos meses antes se había producido el episodio de la ceremonia masónica en la Casa Blanca, por lo que probablemente su pertenencia a la Hermandad se iniciara pocos años antes, estando ya en los EE. UU. Peter Casanave falleció en 1796, sin que sepamos exactamente cuál era su edad en ese momento. De cualquier modo, debía ser bastante joven, pues algunos testimonios que describen su participación en la inauguración de la Casa del Presidente apuntan que en ese momento rondaba la treintena.

Poco más sabemos de su vida. Algunas notas sobre él refieren que era el decimotercer hijo de un jurista y comerciante navarro. Una copia de su testamento descansa desde 1860 en los archivos de la Logia nº 5 de Potomac (la antigua Logia nº 9 de Maryland, de la que fue Gran Maestro).

Esta es la borrosa semblanza de Pedro Casanave, el comerciante español que, a finales del siglo XVIII, abandonó España para terminar convirtiéndose en un próspero hombre de negocios de EE. UU., Maestro Masón y quinto alcalde de Georgetown (la “semilla” de la actual capital del país). Y además, fue su mano, la que colocó la primera piedra de la Casa Blanca.

BIBLIOGRAFÍA:

–**WARNER, William W.** *At pace with all their neighbors.* Georgetown University Press. 1994.

–**CURRAN EMMETT, Robert y O'DONOVAN, Leo J.** *The Bicentennial History of Georgetown University.* Georgetown University Press. 1993.

–“Photographs, written historical and descriptive data”. Historic American Office of Archaeology and Historic Preservations. National Park Buildings Service. Washington D.C.

CAPÍTULO 12

La expedición al Pacífico:

Una aventura científica por el continente americano

En capítulos anteriores hemos tenido la oportunidad de conocer a distintos personajes que se lanzaron a la aventura, casi siempre muy lejos de su hogar, ya fuera con la intención de labrarse un futuro mejor, por sus ansias de ver mundo o para dejarse la vida defendiendo un ideal que creían justo.

No han faltado tampoco quien se sintiera atrapado por el ansia de conocimiento y dedicara su vida a esta noble tarea, como en el caso del aragonés Roque Joaquín de Alcubierre. Ese fue también, precisamente, el “motor” que impulsó a un puñado de hombres de ciencia de la España del siglo XIX a vivir la aventura de sus vidas.

Por espacio de más de tres años, un grupo de naturalistas españoles recorrió el continente americano en un viaje científico que estuvo plagado de aventuras y peligros. Con aquella expedición, bautizada como Comisión Científica al Pacífico, el gobierno de Isabel II intentaba recuperar para España el prestigio y la importancia de épocas pasadas...

«Estábamos derrotados completamente, sin ropa, sin zapatos, con larguísimas barbas... La intensa ictericia que tenía el pobre Isern, y todo nuestro conjunto parecía más de mendigos que de comisionados de un gobierno europeo».

Así se expresaba en 1866, con notable azoramiento, el Dr. Manuel Almagro y Vega, al recordar las desventuras que él y otros tres científicos españoles vivieron durante la última etapa de su aventura por tierras americanas. Esta descripción de su penosa situación, reflejada en las páginas de su crónica redactada para dar cuenta de su audaz aventura, tuvo su contraparte en el texto de otro científico, en este caso suizo, aunque al mando de una misión estadounidense. Louis Agassiz, profesor de la prestigiosa Universidad de Harvard, se hallaba navegando en septiembre de 1865 por las aguas del puerto fluvial de Tabatinga, a bordo del buque brasileño *Icamiaba*, cuando se topó con el derrotado grupo de exploradores españoles.

Años más tarde, en 1895, Agassiz recordaba aquel encuentro en su libro *A journey in Brazil (Un viaje en Brasil)*, en cuyas páginas decía lo siguiente: «Encontramos aquí a cuatro miembros de una comisión científica española, quienes habían estado viajando varios años por centro y Sudamérica (...) Acababan de completar su aventura, descendiendo el río Napo en balsa, con su

gran colección de animales vivos que había convertido la embarcación en una especie de Arca de Noé. Tras varios riesgos habían llegado a Tabatinga, habiendo perdido la mayor parte de sus ropas, excepto las que llevaban puestas, debido a un naufragio».

Leyendo estas escuetas líneas, sumadas a las recogidas por Almagro en su crónica, no resulta difícil comprender las razones del español para sentirse avergonzado. Semidesnudos, con largas barbas y aspecto de vagabundos, y una endeble “embarcación” que recordaba a una improvisada Arca de Noé –como tan acertadamente la describió Agassiz–, los científicos españoles debieron sentirse notablemente avergonzados al ser auxiliados por la organizada y pulcra expedición estadounidense. Aquel encuentro suponía el punto final a la última etapa de una aventura, bautizada por los españoles como “el Gran Viaje”, que se había iniciado casi un año antes, cuando Almagro, acompañado por Francisco de Paula Martínez, Francisco Jiménez de la Espada y Juan Isern y Batlló decidieron embarcarse en una expedición por los Andes ecuatorianos, el río Napo y el Amazonas, intentando rememorar las andanzas del célebre Francisco de Orellana.

Sin embargo, aquellos intrépidos científicos españoles llevaban desde 1862 recorriendo centro y Sudamérica, en un viaje conocido como Comisión Científica del Pacífico, organizado por el gobierno español, y que se convirtió en la última epopeya científica patria del siglo XIX. Una aventura que estuvo plagada de logros científicos, pero también de peligros –varios miembros del grupo perdieron la vida como consecuencia del viaje–, y que supuso el último ejemplo de los esfuerzos colonialistas de un país que estaba a punto de ver desaparecer los últimos restos de su ya malogrado Imperio.

Militares y científicos

La idea de organizar una expedición naval al Pacífico se había ido rumiando en el seno de los gobernantes españoles desde 1860. En un principio, la empresa iba a tener un carácter eminentemente militar y político, teniendo como único objetivo el envío de navíos de guerra para proteger los intereses españoles que todavía permanecían en las jóvenes repúblicas americanas. En aquellos años finales del reinado de Isabel II se había producido un resurgir de un sentimiento panhispanista que pretendía, con un marcado paternalismo, afianzar los lazos económicos y culturales entre España y sus antiguos dominios de Ultramar.

Finalmente, sería en 1862 cuando se decidió la necesidad de poner en marcha la expedición, a la que en el último momento se pensó añadir una comisión científica que acompañara a las fuerzas navales de la Armada. Esta idea surgió del Ministerio de Fomento, y más concretamente del director general de Instrucción Pública, Don Pedro Sabau, quien se encargó del nombramiento de los especialistas que debían embarcar en la arriesgada aventura.

De este modo, a las fuerzas navales que formaban la tripulación de las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y las goletas *Virgen de Covadonga* y *Vencedora* –cuya misión principal era establecer una base naval en el Pacífico sudamericano– se sumaron también seis naturalistas que se encargarían de las labores científicas, entre las que se contaban la recolección de especímenes y muestras

zoológicas y botánicas, así como el estudio geológico, orográfico, arqueológico y antropológico de los lugares por donde pasase la comisión.

El naturalista Patricio María Paz y Membiela, antiguo oficial de la Armada, fue el designado para ejercer como presidente de la comisión científica. Junto a él viajarían Fernando Amor, catedrático del Instituto de Valladolid –encargado de los estudios geológicos y entomológicos–; Francisco de Paula Martínez –secretario de la expedición y encargado de estudiar mamíferos y reptiles acuáticos–; el naturalista Marcos Jiménez de la Espada –responsable de recopilar información sobre mamíferos y reptiles terrestres; Manuel Almagro, médico y responsable de los estudios antropológicos y, por último, el experto botánico Juan Isern, dedicado a recoger todo tipo de plantas y semillas. A estos seis investigadores se sumarían otros dos civiles, en calidad de auxiliares. El primero de ellos era el médico catalán Bartolomé Puig y Galup, responsable de diseccionar algunas especies animales, mientras que el segundo era Rafael Castro y Ordoñez, artista de la Real Academia de San Fernando, a quien se le encomendó la tarea de dibujar y fotografiar paisajes, animales y tipos humanos del continente americano. La participación de un fotógrafo en el viaje supuso toda una novedad, pues se trataba de la primera expedición científica de todo el mundo en la que participaba un fotógrafo con la intención de documentar gráficamente la iniciativa.

En lo que respecta a la parte militar, el jefe de la expedición fue el general Pinzón, que quedó al mando de las cuatro embarcaciones españolas. La relación entre los científicos y el militar fueron delicadas desde un principio, y terminaron por influir de forma notable en el desarrollo de las dos primeras partes del viaje. En este sentido, los integrantes de la facción militar de la expedición no veían con buenos ojos la iniciativa científica, y su control sobre el destino de las embarcaciones ocasionó numerosas molestias e imprevistos a los naturalistas que, como veremos, tuvieron que dividirse y desplazarse por separado en varias ocasiones, pues las instrucciones de los marinos no facilitaban para nada su labor.

Finalmente, el 10 de agosto de 1862, a las cinco de la tarde, la Comisión Científica del Pacífico iniciaba su viaje a bordo de la fragata Nuestra Señora del Triunfo, zarpando desde el puerto de Cádiz. Se iniciaba así la última gran expedición científica española del siglo XIX^[26], en un intento por recuperar el esplendor perdido y devolver a España a un lugar destacado entre el resto de potencias mundiales de la época.

Rumbo a la aventura

«Buenos mares y felices vientos», tal y como dejó por escrito en su crónica Manuel Almagro, llevaron a la escuadra hasta el puerto de Santa Cruz de Tenerife, primera escala de la aventura. Tras una semana en las islas afortunadas, donde terminaron de abastecerse con suministros para el viaje, la expedición partió rumbo a Cabo Verde, a donde llegaron el 22 de agosto. Desde allí continuaron viaje, y ya no volverían a pisar tierra hasta alcanzar el continente americano, lo que

sucedió tras dieciséis días de travesía por el Atlántico, arribando el 9 de septiembre a San Salvador de Bahía.

El grupo de científicos permaneció en la localidad brasileña varias semanas, comenzando ya su labor investigadora, recogiendo numerosas muestras de plantas y especies animales, «sobre todo aves y reptiles», en palabras de Almagro. El 26 de septiembre abandonaron Bahía con rumbo a Río de Janeiro, donde tuvieron el honor de ser recibidos en dos ocasiones por el mismísimo emperador de Brasil, hombre inquieto e interesado por las cuestiones científicas, quien les facilitó una hacienda para que Jiménez de la Espada y Bartolomé Puig pudieran trabajar con algunos de los animales capturados.

Por aquellas fechas, los miembros de la comisión habían tenido la oportunidad de comprobar que los militares de la expedición, poco interesados en cuestiones científicas, dificultaban sus labores de estudio. Por este motivo, los expedicionarios tomaron la decisión de continuar camino por su cuenta, y reunirse más tarde con la escuadra naval, de modo que no sufrieran retrasos ni estorbos en sus investigaciones.

Así, los ocho comisionados embarcaron el 6 de noviembre de 1862 en el vapor *Brasileiro Tocatis*, con rumbo a la localidad de Desterro, en la provincia de Santa Catharina. En la isla del mismo nombre estuvieron trabajando durante diecisiete días, y el 19 de noviembre volvieron a embarcar en otro vapor, el Emperatriz, esta vez con rumbo a San Pedro de Río Grande do Sul. Allí fueron recogidos por la goleta Santa María de Covadonga para su traslado a Montevideo, a donde llegaron el 6 de diciembre. Una vez en suelo uruguayo, el grupo de científicos decidió separarse para «dar más variedad a nuestras colecciones».

Así, Isern, Amor, Almagro y Paz decidieron seguir por tierra hasta Chile, mientras los demás comisionados continuaban por mar embarcados en los buques de la Armada. El primer grupo atravesó las Pampas orientales en diligencia y más tarde recorrieron en vapor las aguas de los ríos Uruguay y Plata, hasta llegar, el 14 de enero de 1863, a la ciudad de Buenos Aires. Allí fueron recibidos por Bartolomé Mitre, entonces presidente de la República Argentina, quien les facilitó sus labores de estudio e incluso les presentó a varios indios de la Patagonia.

Los cuatro científicos continuaron su marcha dos semanas después, primero a bordo de un vapor, y más tarde en diligencia, pasando por las ciudades de Rosario, Córdoba y Mendoza, a donde llegaron el 31 de marzo. A lo largo de este trayecto, y hasta que dejaron atrás tierras argentinas, viajaron siempre acompañados por ocho soldados y un oficial que el presidente Mitre se empeñó en enviar junto a ellos como escolta. Mientras tanto, el resto de la expedición había continuado su travesía por mar, tres de ellos a bordo de la fragata *Triunfo*, y Jiménez de la Espada en la *Covadonga*.

El primer navío entró en el Estrecho de Magallanes el 6 de febrero, aunque se vio obligado a atracar en el puerto de Bahía de Posesión a causa de un fuerte temporal. El 14 de ese mismo mes llegaron a Punta Arenas, donde pudieron entrar en contacto con los patagones, «corpulentos y casi siempre ebrios». La pequeña flota española intentó proseguir viaje, pero las temibles aguas de aquellas latitudes dificultaron su avance, hasta el punto de que decidieron dar marcha atrás por temor a quedarse sin carbón, viéndose obligados a arribar en las islas Malvinas. Finalmente, parte de los navíos consiguieron doblar el Cabo de Hornos el 13 de abril, y fueron llegando a

Valparaíso (Chile) en fechas dispares. Para entonces, el grupo de Amor, Isern, Paz y Almagro ya habían llegado por tierra.

Una vez en territorio chileno, las diferencias con los militares volvieron a aflorar y, con disgusto para los científicos, el grupo tuvo que cancelar un viaje que habían previsto al Arauco, pudiendo recorrer únicamente –en los dos meses que estuvieron en el país–, las poblaciones de Valparaíso, Santiago y las minas de Copiapó, donde Fernando Amor, enfrascado en sus estudios geológicos, terminó enfermado de la dolencia que le arrancaría la vida meses más tarde. A causa de sus diferencias con los miembros de la Armada, los naturalistas decidieron volver a separarse y seguir distintas rutas. De este modo, Almagro e Isern viajaron a Perú y Bolivia, mientras los demás acompañaban a la escuadra.

Los primeros partieron en barco el 11 de junio, y más tarde continuaron viaje en tren y mulas, “el único modo posible de viajar hasta Bolivia, atravesando las cordilleras”. Acompañados por un arriero local, José Lanchipa, los españoles ascendieron las cumbres, sufriendo el mal de alturas y conviviendo durante algún tiempo con indios *aymaras*. El día 28 de junio, tras no pocas calamidades, Isern y Almagro alcanzaron por fin la ciudad de La Paz, donde permanecieron hasta el 6 de julio. Para entonces, tal y como escribió el propio Almagro, la colección de plantas y animales «se había aumentado, y necesitábamos tres bestias de carga y dos de silla». Al día siguiente, 7 de julio, llegaron a las ruinas de Tiahuanaco, donde aprovecharon para excavar y recopilar objetos antiguos y restos humanos, como una colección de cráneos modificados.

A finales de ese mes Almagro e Isern se vieron obligados a separarse por falta de bestias de carga suficientes para transportarlos a ambos y al material que habían recogido. Mientras Isern visitaba el valle de Quequeña, el volcán del Misti y el desierto de Islai, Almagro pasó por Hatuncoya, Lanpa, Sicuani y, finalmente Cuzco, donde además de visitar la ciudad pudo estudiar la fortaleza de Sacsahuamán y las ruinas de Ollantaytambo. Finalmente, Almagro alcanzó la ciudad de Lima el 30 de agosto, en tal mal aspecto –«derrotado, mal montado y peor parado»–, que incluso le negaron alojamiento en un hotel. Allí volvió a encontrarse con su compañero Isern, aunque sólo por unos días. Puesto que la escuadra había continuado de nuevo viaje hacia el Norte, los dos científicos decidieron continuar viaje por separado para abarcar todo lo posible en su visita. Isern tomó la decisión de viajar por las selvas vírgenes de Chachamayo, mientras Almagro optó por visitar Panamá, Quito y Trujillo. Tras sus respectivos viajes en solitario, ambos expedicionarios alcanzaron a la goleta *Nuestra Señora de Covadonga*, regresando de nuevo hasta la ciudad de Lima, a donde llegaron ya en diciembre de 1863.

Mientras Almagro e Isern realizaban su particular viaje por tierra, el resto de sus compañeros habían continuado la travesía a bordo de los navíos españoles. Amor, Paz y Martínez se desplazaron en la *Triunfo* hasta Panamá, a donde llegaron en agosto de 1863. Para aquel entonces, el señor Amor, enfermo desde sus estudios en las minas de Copiapó, había empeorado hasta el punto de no poder levantarse de la cama. Cuando él y sus compañeros llegaron a San Francisco (California) el 9 de octubre, su estado era tan grave que tuvo que ser ingresado en un hospital, falleciendo pocos días después. Enterrado en suelo estadounidense, el resto de sus camaradas embarcaron de nuevo rumbo a Valparaíso.

La expedición no volvió a reunirse por completo hasta el 16 de marzo de 1864, cuando Isern y Almagro encontraron a sus compañeros, con excepción del malogrado Amor y del presidente de la

comisión, Paz y Membiela, quien tras una notable disputa con los mandos de la Marina, decidió regresar a España. El motivo de la discusión entre el científico y los militares había sido las diferencias por el conflicto desatado entre España y Perú, y que terminaría con la invasión de las islas Chincha, grandes productoras de guano.

Debido al cariz que habían tomado los acontecimientos, y con España en guerra declarada con Perú, el general Pinzón ordenó a los científicos que abandonaran los navíos con todas sus pertenencias y regresaran a España. Puig i Galup, el médico y taxidermista, decidió quedarse en Chile, mientras que Rafael Casto y Ordoñez, el dibujante y fotógrafo del grupo, tomó la decisión de regresar a España haciendo escala en Nueva York. Con las “deserciones” de estos dos últimos y la del presidente Paz, además de la muerte de Amor, la Comisión Científica del Pacífico había visto reducido su número a cuatro integrantes: Martínez, Jiménez de la Espada, Almagro e Isern. Éstos decidieron pedir permiso al gobierno para continuar la misión por su cuenta, y tomaron la determinación de embarcarse en la mayor aventura de todas.

El “gran viaje”

Mientras esperaban una respuesta de Madrid que diera luz verde a sus intenciones, Almagro decidió viajar hasta Chiu-Chiu, en Bolivia, para estudiar las momias que allí se encontraban, mientras sus compañeros permanecían en Chile aumentando la ya nutrida colección zoológica y botánica que había reunido en dos años de viaje. Tras recibir la aprobación del gobierno, los cuatro exploradores se reunieron finalmente en Guayaquil en octubre de 1864 y prepararon su arriesgada aventura. Su intención era emular el viaje de Francisco de Orellana, atravesando Sudamérica desde la costa del Pacífico hasta la del Atlántico, a través de la cuenca del Amazonas.

La travesía comenzó el 11 de noviembre de 1864, cuando los cuatro españoles tomaron el vapor que unía Guayaquil con Babahoyo. Mientras recorrían las aguas del río Guayas tuvieron ocasión de ver multitud de monos y «enormes lagartos de hasta ocho varas de largo» –cocodrilos de seis metros–, llegando a matar y disecar algunos de ellos. Durante aquella primera parte del viaje, más tranquila, los científicos aprovecharon para visitar el volcán Sangay y las cimas de los nevados del Chimborazo y del Cotopaxi, y en diciembre de aquel año se reunieron de forma definitiva en Quito para acometer el trayecto final. Para aquel entonces, la cantidad de piezas y animales reunidos era tan grande que los viajeros necesitaron contratar a un enorme número de indios –hasta doscientos *cargueros*–, para que les ayudaran en el transporte. Mientras el cargamento marchaba lentamente, los cuatro aventureros aprovecharon para visitar otros enclaves de su interés, como el volcán Pichincha, «en cuyo interior se perdió Espada, quedando cuatro días sin comer, sufriendo aguaceros, nevadas y temblores de tierra».

El recorrido entre Quito y Baeza, atravesando peligrosas y frondosas selvas, tuvieron que realizarlo por parejas, pues no encontraron indios suficientes que les ayudasen en la travesía de una sola vez. Tras alcanzar la ciudad de Baeza, los cuatro científicos españoles iniciaron la

marcha hacia el Este y abandonaron «los confines de la civilización». De nuevo se vieron obligados a continuar viaje de dos en dos, ante la falta de ayuda india en número suficiente. Sin embargo, allí terminaban las similitudes. El viaje que tenían por delante era mucho más largo y mucho más peligroso que el realizado hasta el momento.

A lo largo de jornadas interminables, aquellos intrépidos aventureros tuvieron que atravesar y vadear caudalosos ríos que amenazaban con llevárselos aguas abajo al menor despiste. Cuando los cuatro hubieron llegado a Archidona, pasaron allí un mes en compañía de los indios, antes de partir de nuevo e iniciar el recorrido por las aguas del río Napo. Su siguiente parada fue Aguano, donde iniciaron los preparativos para acometer el resto del viaje. Para ello decidieron construir dos grandes balsas para transportar sus numerosas pertenencias, así como a ellos mismos y a los treinta indios que debían acompañarles.

La travesía no continuó hasta el mes de julio, debido a los complicados preparativos, así que los expedicionarios aprovecharon el tiempo para realizar varias excursiones por la región, teniendo ocasión, por ejemplo, de conocer la región de los célebres jíbaros. Cuando finalmente zarparon el 17 de julio, les sorprendió un fortísimo aguacero que hundió una de las canoas en las que viajaban, y poco faltó para que los científicos perdieran allí mismo la vida. Tras el percance, continuaron su viaje por el río Napo «a bordo de dos balsas, cuatro canoas grandes y tres chicas», siempre acompañados por un buen número de indios *aguanos* y *loretos*.

Las dificultades no terminaron ahí: a la dificultad de conseguir alimentos, al fuerte calor y la insuportable humedad, los científicos tenían que soportar el ataque de voraces mosquitos, que les importunaban día y noche. El 24 de agosto los viajeros llegaron a la frontera de Perú y Brasil, a una hacienda llamada *Tabatinga*, donde tenían intención de embarcar en un vapor. La embarcación no llegaba hasta el 18 de septiembre, y los víveres eran muy escasos, por lo que los cuatro viajeros, a quienes los indios habían dejado ya, pasaron «más hambre allí que durante todo el viaje anterior». Fue también allí donde Juan Isern comenzó a manifestar los síntomas de la dolencia que terminaría por llevarle a la tumba.

Sin apenas recursos económicos, el 20 de septiembre de 1865 los cuatro comisionados embarcaron al fin en el vapor *Icamiaba*, pero en el pasaje de proa, la zona más humilde. Por suerte, dos caballeros brasileños se apiadaron de su situación y se hicieron cargo de sus gastos, consiguiendo que viajaran en primera clase. Fue allí donde se los encontró el naturalista Agassiz, que años después recogería por escrito el lamentable estado en el que los encontró.

El *Icamiaba* los dejó en la localidad de Manaus, donde debían tomar otro vapor, por el que tuvieron que esperar quince días. Como carecían de dinero, se vieron obligados a empeñar sus relojes y el oro recogido en el río Napo a un judío portugués para poder sobrevivir. La odisea de aquellos cuatro audaces exploradores terminó el 12 de octubre de 1865, después de que el vapor *Belem* les transportara hasta Gran-Pará. Un mes más tarde, y gracias a la ayuda de Antonio Piñeiro, vicecónsul de España, y Juan Blanco del Valle, ministro de España en Río de Janeiro, los cuatro científicos pudieron tomar un barco en Pernambuco que les llevaría a España, donde volvieron a reunirse en enero de 1866. Poco después de su regreso a nuestro país, y tras poder disfrutar de su familia apenas unos días, Juan Isern fallecía por culpa de la enfermedad contraída durante el “Gran Viaje”^[27].

En total, la aventura se había prolongado durante más de tres años, tiempo en el que los expedicionarios españoles lograron reunir más de 80.000 ejemplares de plantas, animales, insectos, objetos arqueológicos y minerales. Un magnífico legado que, todavía hoy, formar parte de las colecciones de varios museos de nuestro país.

BIBLIOGRAFÍA:

–**ALMAGRO, Manuel.** *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el gobierno de S. M. C. Durante los años de 1862 a 1866.* Ministerio de Fomento. Madrid, 1866.

–**LÓPEZ-OCÓN, Leoncio.** “La comisión científica del Pacífico: de la ciencia imperial a la ciencia federativa”. *Bulletin fr. Études andines.* 2003, 32: págs. 479-515.

–**PUIG-SAMPER, Miguel Ángel.** *La Comisión Científica al Pacífico. Crónica de la organización de una expedición romántica.* Sociedad Geográfica Española.

CAPÍTULO 13

Los ‘Schindler’ españoles

Entre los personajes que han ocupado hasta el momento las páginas de este libro no faltan, como hemos visto, quienes arriesgaron sus vidas, ya fuera en defensa por un ideal, en combate abierto con el enemigo o durante peligrosas expediciones científicas.

Nuestros próximos protagonistas, pese a su destacada posición política –eran todos diplomáticos–, se jugaron también la vida intentando salvar las de miles de inocentes que, en medio de los horrores de uno de los periodos más oscuros de nuestra historia reciente, fueron perseguidos por el fanatismo y la intolerancia.

En los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial, un grupo de diplomáticos españoles destinados en legaciones de toda Europa arriesgaron sus vidas y sus carreras por defender un ideal: salvar del exterminio a miles de judíos que huían del horror nazi.

Junio de 1940, Burdeos (Francia). Entre la nutrida comunidad judía existente en el país – muchos de ellos huidos de Alemania y otros territorios bajo el control nazi–, comienza a extenderse un rumor imparable y esperanzador: en el consulado español de Burdeos, un diplomático está facilitando los visados necesarios para pasar a España y, desde allí, alcanzar Portugal, lugar de partida de numerosos barcos con destino a EE.UU. y otros países del continente americano, lejos de la peligrosa Europa.

Aquel español que durante una semana del verano de 1940 –con la reciente ocupación nazi de Francia– atendió incansable las peticiones angustiosas de miles de judíos, se llamaba Eduardo Propper de Callejón, en esa época primer secretario de la Embajada española en París.

Al igual que él, un notable número de diplomáticos españoles destinados en las legaciones de Francia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Grecia o Alemania arriesgaron su vida para salvar la de miles de judíos, amenazados por la terrorífica persecución nazi que se desató en la Europa ocupada durante la II Guerra Mundial. Sus nombres y sus hazañas han permanecido injustamente en el anonimato durante décadas, hasta que en fechas recientes sus actos humanitarios comenzaron a ser reconocidos como merecían. Esta es la historia de aquellos hombres que intentaron enfrentarse al Holocausto con todos los medios a su alcance.

Héroes en la Francia ocupada

El inicio de la carrera diplomática del madrileño Eduardo Propper de Callejón fue casi una premonición de los terribles episodios que le tocarían vivir. En 1918 y con sólo veintitrés años, el joven diplomático fue destinado a la legación española en Bruselas. Con una Europa enfrascada en los horrores de la Primera Guerra Mundial, Propper tuvo que dar un considerable rodeo por Suiza antes de llegar a su destino, donde quedó a las órdenes del marqués de Villalobar. En los años siguientes fue escalando puestos en su carrera hasta que, con la abdicación del rey Alfonso XIII en 1931, decidió aparcarse temporalmente su trabajo diplomático. Su vuelta a la actividad llegó en 1939, ya terminada la Guerra Civil, cuando fue nombrado primer secretario de la Embajada española en París.

Cuando unos meses después, en septiembre de ese año, estalló la Segunda Guerra Mundial, Propper llevó a cabo una de sus primeras acciones en defensa de los judíos. Unos años antes, el diplomático se había casado con Hélène Fould-Springer, hija del barón y banquero judío Eugène Fould y Mary Springer, perteneciente a una rica familia judía de origen austriaco. Concedor de los terribles sucesos contra los judíos ocurridos en Alemania, y previendo que algo similar podía ocurrir en suelo francés a causa del imparable avance nazi, Propper decidió declarar el Castillo de Royaumont –propiedad de su familia política– como su residencia privada. Allí almacenó buena parte de los bienes de sus suegros y de su cuñada –miembro del clan Rothschild–, entre ellos numerosas obras de arte. Unas valiosas piezas que, sin la protección diplomática española, habrían caído irremediabilmente en manos nazis.

Aquel gesto, fruto de sus vínculos familiares fue, sin embargo, el menos meritorio que llevaría a cabo. En junio de 1940, las tropas alemanas entraron finalmente en París. La ocupación alemana provocó la huida del gobierno francés y de las distintas legaciones extranjeras, que abandonaron temporalmente la capital. Propper fue enviado a Burdeos para hacerse cargo de la plaza diplomática. Cuando llegó allí, acompañado por su mujer y sus hijos pequeños, la situación no podía ser más dramática. Miles de refugiados, en su mayoría judíos, se agolpaban a las puertas del consulado español con la esperanza de obtener la documentación que les permitiría huir del terror nazi.

Movido por su conciencia, Propper decidió actuar y pidió permiso al embajador, José Félix de Lequerica, quien dejó la decisión en sus manos. La situación era muy complicada. En condiciones normales, la expedición de visados incluía numerosos trámites y requería el visto bueno del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. En total, una semana o más de espera, un tiempo que muchos de los judíos que se agolpaban ante el consultado no podían permitirse.

Ante lo dramático de la situación, Propper tomó la determinación de actuar por su cuenta, de espaldas al gobierno franquista y, aprovechándose de un “agujero” burocrático, comenzó a expedir “visados especiales”^[28] que no requerían la confirmación de Madrid. Durante una semana agotadora, Propper firmó y selló miles de visados de tránsito, día y noche, casi sin descanso, y en colaboración con el cónsul portugués, Arístides de Sousa Mendes, a cuyo país se dirigían la mayor parte de los judíos que solicitaban ayuda en el consulado español. Desde suelo luso tomarían después algún barco que les llevaría, a la mayor parte, lejos de Europa (ver anexo al

final del capítulo).

Su labor humanitario no terminó ahí. Con el traslado de la embajada española a Vichy, Propper de Callejón continuó ayudando, dentro de sus posibilidades, a cientos de refugiados y judíos. Para su desgracia, aquel loable gesto iba a tener consecuencias para su carrera. En febrero de 1941, Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco, ministro de Asuntos Exteriores y conocido pronazi y antisemita, castigó su ayuda a los judíos con un traslado inmediato a la legación en Larache, en el protectorado español en Marruecos. Cuando Propper –ya en suelo marroquí– fue galardonado por el gobierno francés con la Legión de honor en reconocimiento a sus méritos, Suñer, visiblemente enojado, escribió en una carta que se la habían concedido por su «ayuda a la judería francesa».

En la actualidad, y aunque la cifra exacta se desconoce a causa de la misteriosa desaparición del libro de registro, los historiadores estiman que la noble labor del diplomático español salvó la vida a 1.500 personas, entre ellos cientos de judíos.

Eduardo Propper de Callejón falleció en Londres en 1972, tras pasar por distintos cargos en delegaciones diplomáticas de EE.UU., Canadá o Noruega. Sin embargo, nunca alcanzó el cargo de embajador, un castigo por su ayuda humanitaria. En compensación, en octubre de 2008 su labor fue finalmente reconocida por el director del Yad Vashem –la institución israelí constituida en memoria de las víctimas del Holocausto–, con la concesión del título de “Justo entre las naciones”. En el acto estaban presentes sus hijos, Felipe y Helena, ésta última madre de la conocida actriz Helena Bonham-Carter.

De forma paralela a las actividades de Propper, otro diplomático español destinado en Francia, Bernardo Rolland de Miota –cónsul general en París–, destacó también por su ayuda a cientos de judíos.

En octubre de 1940, meses después de la actividad semiclandestina de Propper, el gobierno colaboracionista de Vichy estableció una serie de decretos contra los judíos –los llamados *Statut des Juifs*–, que recortaron paulatinamente sus libertades. Preocupado por las consecuencias que dichas leyes podían tener para los más de dos mil judíos sefardíes de París, Rolland de Miota informó a Serrano Suñer. Éste, que no deseaba generar problemas con sus aliados nazis y franceses, le ordenó que actuara con “pasividad y tolerancia” hacia las leyes antijudías. Rolland, apremiado por su conciencia, hizo oídos sordos y, a pesar del peligro, movió todas las fichas posibles para excluir a los judíos españoles del *Statut des Juifs*, redactando cartas de protección para cientos de ellos y enfrascándose en una agotadora disputa con las autoridades españolas, francesas y alemanas, en un intento por evitar la expropiación de sus bienes. Para ello, se amparó en el hecho de que en España no existían leyes antijudías, y los judíos sefardíes eran ciudadanos españoles, en virtud de un decreto de 1924 que les reconocía la nacionalidad.

En 1941, la situación empeoró con el endurecimiento de las leyes antisemitas. En agosto de ese año, las autoridades realizaron una redada en París durante la cual se detuvo a unos 3.000 judíos –algunos historiadores aumentan la cifra hasta 7.000–, entre ellos catorce españoles. Todos ellos fueron enviados al campo de Drancy, que se convirtió en un lugar de tránsito hacia Auschwitz un año más tarde. Rolland de Miota trabajó incansablemente para conseguir la liberación de los catorce judíos sefardíes recluidos en Drancy. Igualmente, el cónsul español

también logró poner en libertad a un matrimonio judío español que había sido detenido por las SS en agosto de 1942. En ese tiempo, Rolland logró visados para un pequeño grupo de judíos – algunos de origen español–, que lograron pasar a España gracias a sus gestiones con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Poco después lo intentó de nuevo con un grupo mayor, de 2.000 judíos, al que intentó enviar al protectorado de Marruecos. Por desgracia, en este caso las autoridades alemanas no dieron su consentimiento.

Cuando en 1943 terminó su trabajo en París, Rolland de Miota había ayudado a cientos de judíos, protegiendo sus bienes y salvando a una veintena de su segura deportación a Auschwitz. Antes de abandonar su puesto, aún tuvo tiempo de preparar la salida del país de cien personas, labor que concluyó su sucesor Alfonso Fiscowich, quien también destacó por su ayuda a los judíos a pesar de la indeferencia y trabas de Madrid.

El Ángel de Budapest

El zaragozano Ángel Sanz Briz llegó a la legación española de Budapest en 1943, para sustituir a su antecesor, Miguel Ángel de Muguiro, destituido por sus molestas críticas y quejas sobre la persecución antisemita en el país, y por su ayuda a quinientos niños judíos, a los que consiguió un visado español para escapar del terror. A pesar de estos antecedentes, San Briz, convertido en nuevo encargado de negocios de la embajada, no dudó en continuar la labor de su predecesor, ante lo que él consideraba una persecución inhumana.

En un primer momento, con Horthy todavía en el gobierno húngaro, la situación resultó más o menos soportable. Sin embargo, con la invasión de las tropas alemanas en marzo de 1944 la persecución contra los judíos se endureció de forma notable.

Sanz Briz comenzó alojando en la embajada a los judíos que acudían en busca de ayuda. Tras duras conversaciones con el nuevo presidente Ferec Saláis, jefe del partido pro-nazi de la Cruz Flechada, y el Ministerio de Asuntos Exteriores español, el diplomático obtuvo el permiso para emitir doscientos visados a judíos de origen sefardí. Hábilmente, y como él mismo explicó al periodista Federico Yzart, “estiró” aquellos documentos hasta el límite: «Las doscientas unidades que me concedieron las convertí en doscientas familias, y luego se multiplicaron indefinidamente con el simple procedimiento de no expedir documento o pasaporte a favor de los judíos que llevara un número superior al doscientos».

Aquella estrategia, de ser descubierta, suponía un serio riesgo para el propio Sanz Briz. Sin embargo, el zaragozano no dudó en seguir adelante, al tiempo que redactaba “cartas de protección” para casi dos mil judíos no españoles, a lo que adjudicó un origen sefardí en los documentos, explicando que estaban bajo protección de la embajada.

En noviembre de 1944 todo empeoró aún más. El número de judíos en peligro había aumentado de forma considerable y, ante la imposibilidad de alojarlos a todos en la embajada, Sanz Briz tomó una determinación: alquiló ocho casas y, tras colocar en ellas placas anunciando el

carácter diplomático de las mismas, comenzó a alojar en ellas a cientos de judíos. Una maniobra inteligente y audaz, pero que no estuvo exenta de riesgos. En más de una ocasión el propio Briz tuvo que acudir de urgencia para evitar detenciones, y un chofer que solía llevar alimentos y medicinas murió a causa de un bombardeo mientras se dirigía a las viviendas.

Por suerte, el diplomático español no estuvo completamente sólo en aquella arriesgada aventura. En convivencia con otros diplomáticos europeos, como el cónsul suizo Carl Lutz, el sueco Raoul Wallenberg o el nuncio apostólico Angelo Rotta, crearon un entramado clandestino que permitió la salvación de miles de judíos, de otro modo condenados a una muerte segura en el campo de concentración de Auschwitz.

A pesar de todos sus esfuerzos, la llegada de las tropas soviéticas en enero de 1945 obligó a Sanz Briz a dejar Budapest, quedando la legación española en manos de su amigo Giorgio Perlasca^[29]. Antes de partir, el diplomático maño consiguió liberar a setenta y un judíos recluidos en un campo de concentración.

En total, las actividades de Sanz Briz, que nunca recibió el apoyo del régimen franquista, salvaron la vida a unos 5.200 judíos. Sólo doscientos de ellos eran realmente de origen sefardí.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y a diferencia de su colega Propper de Callejón, Ángel Sanz Briz alcanzó el cargo de embajador, puesto que desempeñó en distintos países, hasta su muerte en 1980. Todavía en vida, recibió varios reconocimientos a su labor humana, y en 1991 recibió el título de “Justo entre las naciones”. En octubre de 2008 la embajada española en Budapest honró su memoria con un sentido homenaje.

El “amigo de los judíos”

Cuando Julio Palencia llegó a Sofía en 1940, con el cargo de Ministro Plenipotenciario, las leyes antisemitas, al igual que ocurría en otras partes de la Europa ocupada, sometían a la población judía –en este caso unas 50.000 personas– a graves humillaciones y a una terrible privación de derechos. Un escenario sobrecogedor que empeoró aún más cuando, en 1943, Adolf Eichmann –el temible jefe de deportaciones– decidió aplicar a los judíos búlgaros la misma “Solución final” que a los alemanes. Palencia, que manifestó en todo momento su desagrado por los nazis, intentó por todos los medios ayudar a un buen número de judíos. Aunque informó de la situación al Ministerio de Asuntos Exteriores, recibió la misma respuesta que otros de sus colegas: pasividad y tolerancia ante las medidas antijudías.

En marzo de 1943, el diplomático español contempló impotente cómo los judíos sefardíes, al igual que el resto, eran obligados a realizar trabajos forzados y a identificarse con la estrella de David. A pesar de todo, las maniobras constantes de Palencia evitaron la deportación a campos de concentración de los ciento cincuenta judíos de origen español.

Angustiado por una situación que se agravaba por momentos, Palencia insistió una y otra vez

ante las autoridades búlgaras y alemanas con la intención de defender a los judíos. Aquella obstinación terminó por acabar con la paciencia de las autoridades, hasta el punto de que la policía búlgara comenzó a vigilar todos los movimientos que se producían en la embajada española, interrogando a cualquier visitante. La presión llegó a tal punto que la policía detuvo al secretario de Palencia, que era judío, bajo la grave acusación de espionaje. Como es lógico, las incómodas actividades del español tampoco le granjearon la simpatía de las autoridades alemanas, que se referían a él como “el amigo de los judíos”.

El punto culminante del desafío de Palencia a las leyes antisemitas llegó con las quejas del diplomático ante la ejecución del judío sefardí León Arié. Palencia no pudo salvarle la vida, pero su valor le llevó adoptar a sus dos hijos y cobijar a la esposa de Arié en la embajada española. Todos estos “excesos” provocaron su consideración como “persona non grata”, iniciándose una persecución contra él por parte de la temible Gestapo, y se vio obligado a huir del país. No sin problemas, finalmente consiguió llegar a Madrid. Con él iban los hijos y la mujer de Arié. Hoy, las familias de seiscientos judíos a quienes ayudó a escapar viven gracias a su valor y determinación.

“Aquí vive un español”

José de Rojas y Moreno fue el único de los diplomáticos españoles aquí citados que ocupó el cargo de embajador durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su compromiso hacia los judíos perseguidos –especialmente por los de origen sefardí– fue igual de destacado que el de sus colegas. En 1941, recién llegado a su plaza diplomática en Bucarest, Rojas se encontró con un panorama desalentador: al igual que otros rincones de Europa, las leyes antisemitas arrinconaban sin piedad a los miembros de la comunidad hebrea.

Su rechazo a los postulados raciales nazis no se hizo esperar: pronto comenzó a denunciar las continuas violaciones de derechos humanos, e hizo todo lo posible por mejorar las lamentables condiciones de vida de los judíos rumanos. En septiembre de 1941, escribió a Madrid con la intención de obtener un permiso que le permitiera extender visados sin esperar la confirmación del Ministerio, argumentando que los judíos de origen sefardí del país habían apoyado, de forma colectiva y sin fisuras, el movimiento nacional. Un mes más tarde las autoridades españolas confirmaron el derecho a los judíos españoles de Rumanía a entrar en España, aunque subrayaron que cada caso debía ser examinado de forma individual, en contra de los deseos de Rojas y Moreno.

A pesar del contratiempo, el embajador español peleó de forma incansable, al igual que lo había hecho Rolland de Miota en Francia, para evitar la expropiación de los bienes de judíos sefardíes. En este caso sus esfuerzos tuvieron éxito, y en agosto de 1942 se ordenó la protección a dichas propiedades. Además, los judíos españoles quedaban exentos de pagar el impuesto especial judío.

Entre las distintas iniciativas orquestadas por el embajador para proteger a quienes consideraba súbditos de la patria, destaca especialmente la creación de una serie de carteles, que repartió entre la comunidad sefardí. Dichos carteles, pegados en las fachadas de las viviendas, anunciaban con una tipografía de gran tamaño: “Aquí vive un español”. La medida, aunque aparentemente extravagante, permitió salvar las vidas de muchos judíos.

En abril de 1943, el diplomático sufrió uno de los momentos más amargos de su misión en Rumanía. Aquel año, un judío español llamado Darío Algranti, junto a su esposa y dos hijas, fueron deportados a un campo de concentración polaco. El embajador hizo todo lo posible por salvar sus vidas, pero fue en vano. Aquel fue el único caso en el que judíos rumanos de origen español sufrieron el horror de la deportación.

En mayo de 1944, y con la intención de evitar nuevos casos como el de Algranti, Rojas quiso acelerar la salida de 65 judíos con dirección a España, e inició los trámites necesarios con las autoridades alemanas. Desgraciadamente, sus esfuerzos se toparon con un problema inesperado: la negación rotunda de Eberhard von Thadden, en aquel entonces ayudante especial de Adolf Eichmann. Pese a la negativa inicial, el embajador español no se rindió y, tras repetidas quejas al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid, consiguió al fin que los alemanes diesen el visto bueno a la salida de los sesenta y cinco sefardíes. Animado por el éxito de aquella empresa, Rojas intentó una nueva evacuación de otro grupo judío, pero en este caso, y para su desolación, le fue imposible cumplir su cometido.

Trenes hacia la libertad

Los esfuerzos de Sebastián de Romero Radigales, cónsul general de España en Atenas, por ayudar a cientos de judíos sefardíes que residían en la capital y en Salónica supusieron un auténtico incordio para las autoridades alemanas en el país. Como prueba, se conservan varias comunicaciones emitidas por el embajador alemán, Günther Altenburg, en las se lamenta de las incómodas y repetidas peticiones del español, que comenzaron sólo unos días después de su llegada a Atenas, en abril de 1943.

Está claro que Romero Radigales actuó bajo el convencimiento de que no había tiempo que perder. Entre los meses de marzo y junio de 1943, más de 45.000 judíos de la ciudad de Salónica habían sido deportados al matadero humano en que se había convertido Auschwitz. Entre las comunidades judías de Atenas y Salónica había en aquellas fechas unos ochocientos sefardíes, y el cónsul español no dudó en hacer todo lo posible para evitar su muerte.

Por desgracia, las tropas nazis detuvieron a más de quinientos sefardíes, y ordenaron su traslado a Auschwitz. Sin pérdida de tiempo, Romero Radigales puso en marcha todos los recursos disponibles para liberarlos. En un primer momento, logró que los alemanes dejasen en libertad a ciento cincuenta de ellos, que ya se encontraban subidos en el tren que les conducía al campo de la muerte, y consiguió su evacuación a Palestina. Para su desesperación, los trescientos sesenta y siete sefardíes restantes terminaron en Auschwitz, pero el cónsul español no se rindió

fácilmente.

Utilizando toda su “artillería” diplomática, y en constante contacto con el embajador alemán en Atenas y el Ministerio de Asuntos Exteriores germano, consiguió primero su traslado a otro campo, el de Bergen-Belsen y finalmente, en febrero de 1944, los alemanes consintieron en liberar a los judíos españoles. Los nazis metieron a los sefardíes en dos trenes distintos, que salieron con varios días de diferencia, y pusieron rumbo a la estación de Cerbère en la frontera franco-española.

Los judíos que viajaban en el primer convoy llegó a España el 10 de febrero y el segundo lo hizo el día 13. En realidad la llegada de este último estaba prevista para el día 11 pero, como relata el periodista Eduardo Martín de Pozuelo en un trabajo sobre el episodio, inexplicablemente las autoridades españolas “olvidaron” el segundo tren –con ciento ochenta y tres personas a bordo– durante dos días. Una imperdonable torpeza de los responsables franquistas que estuvo a punto de provocar el regreso de los sefardíes al campo de concentración, pues los alemanes habían comenzado a impacientarse por la espera en Cerbère.

Coincidiendo con aquel suceso, el régimen de Franco estaba sufriendo unas duras críticas a nivel internacional por su presunto trato negativo hacia los judíos. Así que Gómez Jordana, en aquel entonces Ministro de Asuntos Exteriores, decidió aprovechar la loable labor de Romero Radigales y sus “trenes de la libertad” para “demostrar” a la comunidad internacional su ayuda a los judíos. Efectivamente, los judíos salvados por Radigales fueron recibidos en Barcelona, pero poco después se les trasladó a África, sin oportunidad de establecerse en la península. Una mancha que ensució el arriesgado y noble trabajo del cónsul general en Atenas.

Si la situación, como hemos visto, era sumamente complicada en países como Francia, Grecia, o Hungría, en Alemania el panorama para los judíos –y quienes les ayudaban– era mucho más sombrío. Las graves consecuencias que podían acarrear a un extranjero el auxilio a judíos no amedrentaron, sin embargo, a José Ruiz Santaella, agregado a la embajada española en Berlín. Movido por sus fuertes convicciones cristianas, él y su esposa, Carmen Schrader, decidieron ayudar a una judía llamada Gertrud Neumann.

Para ponerla a salvo, en 1944 tomaron la determinación de contratarla como empleada de hogar en su propia casa. Neumann, convencida de la bondad del matrimonio español, les confesó la existencia de muchos otros judíos que trataban de ocultarse de los nazis. Fue así como el diplomático español y su mujer entraron en contacto con la familia Arndt. Al igual que habían hecho con Gertrud, contrataron a Ruth Arndt y su madre Lina, como niñera y cocinera respectivamente, mientras facilitaban alimentos y medicinas al cabeza de familia, el doctor Arndt, que se encontraba oculto.

Durante varios meses, todos ellos convivieron en la misma casa, intentando que las tres judías pasaran desapercibidas. Cuando a finales de 1944 las tropas aliadas se aproximaron a Berlín, Ruiz Santaella y su familia tuvieron que abandonar la ciudad y regresaron a España. Sin embargo, continuaron enviando toda la ayuda posible desde la península. Gracias a su gesto, aquellas personas lograron sobrevivir al horror nazi, y terminaron estableciéndose en Estados Unidos, manteniendo durante años una relación de amistad. En gratitud a su valerosa ayuda, en 1988 el Yad Vashem declaró a los dos españoles “Justos entre las naciones”.

Esa misma denominación, de la que ya gozan los citados Ángel Sanz Briz o Eduardo Propper de Callejón, ha sido propuesta recientemente para Sebastián Romero Radigales, Julio Palencia y Bernardo Rolland de Miota. En la mayor parte de los casos, estos hombres no llegaron a ver reconocida su labor mientras vivían y sus nombres, a diferencia de lo ocurrido con el célebre Oskar Schindler, apenas son conocidos. Sin embargo, su valor y dedicación gozan del mayor agradecimiento posible: el de miles de personas, descendientes de aquellos judíos a los que salvaron, y que hoy viven gracias a su decidida lucha contra el horror.

España y los refugiados judíos

Las condiciones exigidas por las autoridades españolas a los miles de refugiados –judíos o no– que intentaron entrar en nuestro país durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial fueron variando a lo largo de la contienda. Desde el fin de la Guerra Civil española, y hasta comienzos de 1940, las leyes establecían que cualquier ciudadano español estaba capacitado para entrar en el país siempre y cuando no hubiera dudas sobre “su adhesión al Movimiento”. En cuanto a los extranjeros, se prohibía tajantemente la entrada a cualquier persona que hubiera tenido negocios con la República, a los masones y a los judíos –exceptuando aquellos que hubieran mostrado su apoyo al bando nacional–, y a los enemigos del Régimen.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, surgieron nuevos decretos que modificaron estas condiciones previas. Desde el 1 de mayo de 1940, los consulados españoles debían tramitar las solicitudes de visados de entrada a través de la Dirección General de Seguridad, en Madrid. La única excepción se daba en situaciones que el cónsul considerara extremadamente urgentes, y aún así debía informarse lo antes posible a las autoridades de la capital española. En lo que respecta a los visados de tránsito -que facilitaban el paso por España durante unos tres o cuatro días- podían expedirlos directamente los consulados, siempre y cuando el interesado estuviera también en posesión de un visado portugués. Este era el caso de la mayor parte de los refugiados que solicitaban un visado, pues su intención era huir por barco desde algún puerto luso. En todos los casos, el gobierno español no tenía en cuenta si el solicitante era judío o no.

A partir de septiembre de 1940, y hasta finales de año, nuevos decretos –hasta un total de cuatro– vinieron a sustituir las anteriores disposiciones. Entre las nuevas normas, se restauraba la condición de que los visados de tránsito fueran autorizados desde el Ministerio de Asuntos Exteriores; a quienes solicitaban entrar en España para tomar un barco en el país se les exigía la presentación del billete de viaje. Por otra parte, la concesión de visados de tránsito quedaba condicionada a que los solicitantes no fueran ciudadanos de países en guerra.

Afortunadamente para ellos, muchos de los judíos huidos de Alemania o Austria eran considerados apátridas, por lo que no se les aplicaba la medida. El último decreto del año, fechado el 30 de diciembre, amplió una de las medidas anteriores: aquellos refugiados que desearan pasar por España para embarcar en Portugal debían presentar también el billete para el viaje. También se volvía a permitir la concesión de visados en tránsito sin previo permiso de Madrid. A todos estos requisitos había que sumar alguno más. Si se solicitaba el visado de

tránsito, era necesario demostrar que se poseía dinero suficiente para realizar el viaje a través de España. La cantidad, entre sesenta y ochenta dólares, no era nada excesiva, pero el problema residía en que, a partir de 1942, resultaba prácticamente imposible cambiar dólares por pesetas, y era imprescindible que el dinero fuera en moneda nacional.

En cuanto a los refugiados que intentaron entrar en España de forma ilegal, este supuesto incluía a quienes falsificaban documentos, no estaban en posesión de ellos, o simplemente carecían de un visado para Portugal. A partir de 1942, las presiones de la Embajada de EE.UU. consiguieron que no se deportara a ningún refugiado ilegal. El destino de los indocumentados que eran detenidos era, generalmente, la prisión. Desde allí eran conducidos a un campo existente en Miranda de Ebro (Burgos). Tal y como señala el historiador Bernd Rother, en su trabajo *Franco y el Holocausto*, los reclusos en el campo de Miranda de Ebro sufrieron duras condiciones de vida, «aunque no se dieron maltratos arbitrarios, y los judíos no recibieron un trato distinto al del resto de presos». Con el tiempo, la mayoría de ellos eran evacuados o asistidos por organizaciones humanitarias de países aliados.

Durante el tiempo que duró la contienda, se calcula que unos 35.000 judíos lograron atravesar España para ponerse a salvo.

BIBLIOGRAFÍA:

–**CARCEDO, Diego.** *Un español frente al Holocausto.* Ed. Temas de Hoy, 2005.

–**PAYNE, Stanley G.** *Franco y Hitler: España, Alemania, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto.* Ed. La Esfera de los Libros, 2008.

–**ROTHER, Bernd.** *Franco y el Holocausto.* Ed. Marcial Pons, 2005.

CAPÍTULO 14

Ramón Mercader:

El Español que asesinó a Trotsky

De quienes arriesgaron sus vidas para salvar las de miles de inocentes pasamos ahora al ejemplo contrario: el de quien, llevado por unos ideales, tomó la determinación de arrebatarse la vida a otro ser humano. Frank Jacson, Jacques Mornard, Ramón Ivanovich López... Estos son algunos de los seudónimos utilizados por el espía soviético Ramón Mercader del Río, el comunista español que cumplió las órdenes de Stalin al cometer uno de los asesinatos más sonados del siglo XX: el del revolucionario ruso León Trotsky.

Sólo los gritos de su víctima le salvaron de morir allí mismo. Pese a la gravedad de la herida que tenía en la cabeza, producida por un puntiagudo piolet que le había atravesado parte del cráneo, Lev Davidovich Bronstein, más conocido como León Trotsky, aún tuvo fuerzas para advertir a sus guardaespaldas de que no mataran a su agresor, el joven a quien conocía como Jacques Mornard: «No le matéis –advirtió–. Hay que averiguar quién le envía».

Pero Mornard, aquel joven, alto y apuesto periodista con pasaporte belga, no dijo ni una sola palabra sobre quién había ordenado el asesinato del revolucionario ruso. De hecho, durante la investigación policial y el posterior juicio se limitó a repetir lo mismo que había mecanografiado en una carta de confesión –seguramente escrita en previsión de que los guardaespaldas de Trotsky lo fulminaran– que llevaba consigo el día del crimen: su nombre era Jacques Mornard, un “devoto seguidor de Trotsky” que había sufrido un terrible desengaño al descubrir el verdadero rostro de quien hasta entonces consideraba un héroe.

De nada sirvieron los interrogatorios, los exámenes mentales o las más que probables torturas: su versión de los hechos siempre fue la misma, y de su boca nunca salieron otras palabras que aquellas. Esa era su identidad real, y nadie le había ordenado cometer el crimen.

Un silencio que mantuvo durante los veinte años que pasó en la prisión mexicana, e incluso después de recuperar la libertad. Aparentemente no le importó que a comienzos de los años 50 un médico y criminólogo mexicano que investigaba su caso hubiera encontrado en la Dirección General de Seguridad en Madrid pruebas de su identidad real: su nombre era Ramón Mercader del Río, y era un comunista español que había luchado en la Guerra Civil española.

Historia de un complot

Cuando los problemas de salud obligaron a Lenin a apartarse de la política, Trotsky destacaba como su más probable sucesor. Sin embargo, las maquinaciones de Stalin consiguieron apartarle del Partido Bolchevique y en 1929 ordenó su expulsión de la URSS.

A partir de ese momento comenzó para el revolucionario ruso un penoso peregrinaje por distintos países, entre ellos Turquía, Dinamarca o Francia, pero ninguno de aquellos gobiernos aceptó que estableciera su residencia en su territorio. No fue hasta 1937 cuando los artistas Diego Rivera y su esposa Frida Kahlo lograron convencer al presidente mexicano Lázaro Cárdenas para que ofreciera asilo político al héroe de la Revolución, que se estableció en una casa de Coyoacán.

En los años que pasaron desde su expulsión de la URSS hasta su llegada a México, la maquinaria soviética se había esforzado en ensuciar la imagen de Trotsky, acusándole de traición e incluso llegando a eliminar su imagen de fotografías emblemáticas. Sin embargo aquello no era suficiente para Stalin, que estaba decidido a acabar con él a cualquier precio.

El dirigente soviético dio la orden definitiva para eliminarlo en 1938, dejando el trabajo en manos del siniestro Laurenti Beria, jefe del NKVD, el servicio secreto ruso que precedió al KGB. A su vez, Beria escogió a un oficial del servicio de espionaje para que se encargara de todo. Su nombre era Leonid Eitingon, alias *Kotov*, quien por aquel entonces se encontraba combatiendo en la Guerra Civil española.

Mientras hacía frente al ejército fascista en España, Eitingon entró en contacto con Erno Gerö, comunista húngaro vinculado al NKVD y por aquel entonces alto cargo del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). En ese mismo partido militaba, desde su creación, la española Caridad del Río, también conocida como Caridad Mercader, una audaz combatiente republicana que había dirigido una brigada comunista en el frente de Aragón^[30].

Igualmente comprometido con la causa estaba el hijo de Caridad, Ramón Mercader, quien con apenas 24 años destacaba como teniente y comisario político de *la Bruja*, como se conocía a la 27ª División del Ejército Popular republicano.

Hoy parece no haber duda alguna de que fue Caridad, la antigua *burguesita* convertida al comunismo, quien introdujo a su hijo Ramón en la oscura trastienda del espionaje soviético. En cualquier caso, Eitingon decidió que aquel joven alto e inteligente, que se había educado entre Francia, España y Suiza y dominaba el castellano, el inglés y el francés, era un magnífico fichaje para sus fines. Así fue como Ramón Mercader del Río se convirtió en espía del NKVD.

Un español en el NKVD

No hay demasiados datos sobre las andanzas de Ramón y su madre durante la Guerra Civil. Se sabe, eso sí, que ambos fueron heridos en el frente y trasladados a Barcelona. Sin embargo, desde mediados de 1937 y hasta el fin de la contienda poco más se sabe con certeza de Mercader. Para algunos estudiosos de su figura, como el periodista y dirigente comunista español Julián Gorkin –a quien se le atribuye haber sido el primero en descubrir que el asesinato de Trotsky y Mercader eran la misma persona–, el joven Ramón habría pasado varios meses en la Unión Soviética siendo adiestrado para su nuevo papel como espía.

Sí parece claro que en algún momento de 1938 se trasladó a París siguiendo órdenes de Eitingon. Una vez allí, su misión consistía en seducir a una joven neoyorquina llamada Sylvia Ageloff, de gran interés para sus planes, pues gozaba de la confianza de Trotsky. Bajo la tapadera de ser un periodista belga –y ferviente *trostkista*– llamado Jacques Mornard, Ramón Mercader no tuvo demasiado problema en ganarse el corazón de la joven, a quien incluso prometió que pronto se casarían.

Al terminarse sus vacaciones Ageloff regresó a Nueva York, y durante siete meses Mercader –bajo su tapadera como Mornard– le escribió encendidas cartas de amor en las que seguía ablandando el corazón de la muchacha con promesas de boda. En septiembre de 1939, mientras España tenía aún frescas las terribles heridas de la guerra, Ramón Mercader cruzó el Atlántico y se presentó de improviso en Nueva York para reunirse con su “amada”.

Mercader-Mornard viajó hasta los Estados Unidos provisto de un pasaporte falso a nombre de Frank Jacson –supuesto empresario canadiense de origen francés– y así se lo confesó a Ageloff, aunque esta no sospechó nada. Convivieron junto en Nueva York durante un mes, y después el espía se desplazó a México, supuestamente para aprovechar una oferta de trabajo.

Poco después le siguió su inocente e ingenua enamorada quien, sin saberlo, iba a abrirle –literalmente– las puertas a la casa de León Trotsky. Mercader acudió por primera vez al refugio del revolucionario ruso a finales de marzo de 1940, acompañando a Sylvia. Ésta le presentó como periodista belga que simpatizaba con las ideas del exiliado, y no tardó en conocer a todos los que residían en aquella casa. Además de Trotsky, su mujer y su nieto allí vivían seis estadounidenses dispuestos a defender hasta la muerte al líder revolucionario.

Objetivo: eliminar a Trotsky

Aunque Sylvia regresó a Nueva York, el falso Jacques Mornard no perdió la más mínima oportunidad para ganarse la confianza de Trotsky y sus “ángeles guardianes”. Sin embargo, un

premonitorio incidente acabó con la aparente calma de la que había disfrutado Trotsky en su refugio mexicano de Coyoacán.

En la madrugada del 23 al 24 de mayo, una veintena de hombres armados asaltaron la casa del revolucionario, disparando sus armas de fuego y provocando el pánico entre los habitantes de la vivienda. Por suerte, ni Trotsky ni su familia sufrieron daños. Sólo uno de los guardaespaldas, Shelton Harte fue secuestrado y asesinado después.

Los historiadores discrepan a la hora de decidir si Ramón Mercader participó en este primer intento de asesinato. De lo que no hay duda es de que el grupo, formado entre otros por el pintor y comunista mexicano David Alfaro Siqueiros, gozaba del asesoramiento y la ayuda de Eitingon y el NKVD. Es posible que Mercader no fuera la primera opción para asesinar a Trotsky, sino simplemente un infiltrado que ofreciera información determinante sobre la casa, sus posibles puntos débiles y las costumbres de sus defensores.

Tampoco ha quedado libre de dudas el papel de Shelton Harte –el guardaespaldas que perdió la vida tras el ataque– en aquellos sucesos. Algunos investigadores han sugerido que Harte ayudó a perpetrar el ataque, abriendo el acceso a la casa –pues era él quien se encontraba de guardia aquella noche– y su asesinato habría sido un movimiento más para eliminar cabos sueltos.

En cualquier caso, desde aquel ataque la seguridad se redobló en la casa de Coyoacán. Se instalaron torretas de vigilancia en las esquinas de los muros, y se colocaron chapas de acero en las puertas y ventanas de las habitaciones en las que el revolucionario ruso pasaba más tiempo. A partir de ese momento, cualquier opción para matar a Trotsky pasaba por entrar en la casa sin levantar sospechas. Había llegado el momento de Jacques Mornard...

La fecha elegida fue el 20 de agosto de 1940. El día anterior Mercader había acudido también a la casa de Trotsky con la excusa de que éste le corrigiera un artículo de contenido político que había redactado. Todos en la casa conocían a aquel belga, novio de Sylvia, y supuesto periodista.

Desde el ataque nocturno de mayo los ánimos estaban bastante crispados y el hecho de que aquella tarde Mornard hubiera acudido con una gabardina en la mano, a pesar del calor veraniego, despertó algunos recelos. Su rostro, mal afeitado y con aspecto enfermizo, tampoco aportaba confianza. Sin embargo, León Trotsky le recibió con hospitalidad y le hizo pasar a su estudio para comentar las correcciones del día anterior.

Pocos minutos después se escuchó un grito desgarrador y los guardaespaldas acudieron a la carrera. Al llegar al despacho encontraron a Trotsky con una terrible herida en el cráneo –causada por un piolet–, y a su agresor, que intentaba escapar de lo que intuía como una muerte segura. Por suerte para él, Trotsky destinó sus últimas fuerzas a evitar que los guardias lo mataran a golpes, pues sólo él podía desvelar quién había ordenado su asesinato.

A juzgar por las fotografías que la prensa publicó después, los guardaespaldas cumplieron las órdenes de Trotsky, aunque se tomaron su tiempo antes de entregar al asesino a la policía. Mientras, León Trotsky agonizaba en un hospital de la capital mexicana, y a las siete de la tarde del día siguiente, 21 de agosto de 1940, fallecía como consecuencia de la grave herida en el cráneo^[31].

Un “héroe” silencioso

Tras su detención, Ramón Mercader no desveló ni un solo detalle sobre quién había planeado el crimen. Se limitó a repetir una y otra vez que había matado a Trotsky a causa de su decepción por haber traicionado sus ideales. Tan sólo durante el juicio varió en parte su declaración, asegurando que había atacado al héroe de la revolución en defensa propia, cuando éste intentó matarle con una pistola.

Los tiempos en los que se cometió el asesinato no eran fáciles –la Segunda Guerra Mundial estaba en pleno desarrollo–, y las pesquisas policiales quedaron en punto muerto. Aunque a finales de los años cuarenta Julián Gorkin publicó sus sospechas de que Jacques Mornard era Ramón Mercader, no fue hasta 1953 cuando el criminólogo mexicano Alfonso Quiroz Cuarón encontró las pruebas definitivas en la Dirección General de Seguridad en Madrid. Allí, entre los archivos, Quiroz localizó la ficha policial de Mercader, detenido en 1937 por participar en reuniones clandestinas de las Juventudes Comunistas de Cataluña. Su foto y una huella dactilar confirmaron las sospechas.

A pesar de todo, Mercader siguió sin hablar, y cuando en 1960 quedó en libertad se limitó a trasladarse a la Unión Soviética. Allí, con el mismo secreto que había rodeado buena parte de su vida, recibió una medalla que le reconocía sus servicios como Héroe de la Unión Soviética.

Una condecoración que no sería visible hasta después de su muerte en 1978, cuando sus restos fueron enterrados en el cementerio de Kúntsevo, a las afueras de Moscú. Allí, su tumba muestra una fotografía en la que destaca la estrella de cinco puntas que reconocía su gran aportación a la causa soviética: el asesinato a sangre fría, con un pico de montaña, del que fuera uno de los personajes más relevantes del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA:

- GARMABELLA, José Ramón.** *El grito de Trotsky*. Ed. Debate, 2007.
- GORKIN, Julián.** *El asesinato de Trotski*. Círculo de Lectores. 1972.
- PADURA, Leonardo.** *El hombre que amaba a los perros*. Tusquets editores, 2009. (Novela).

Libro solidario

ESTE LIBRO TIENE UN VALOR AÑADIDO. Ediciones Cydonia ha asumido el compromiso de destinar un porcentaje del precio de venta de este libro a un proyecto benéfico, sin que se refleje en aumento del precio de portada. Con esta actitud, la editorial pretende aportar un grano de arena a las miles de iniciativas solidarias que se desarrollan en todo el mundo en beneficio de las personas y los colectivos más desfavorecidos.

Los proyectos que se apoyan desde cada título no serán un acto de caridad, sino una mano que se tiende para que los beneficiarios puedan superar un escollo y salir adelante por sus propios medios. Siguiendo aquel viejo adagio, se apoyarán proyectos que enseñen a pescar, no los que regalan el pescado.

Por este motivo, esperamos que el apoyo de nuestros lectores pueda servir para ayudas de emergencia médica, cubrir necesidades puntuales de personas en situación límite, apoyar la construcción de escuelas, hospitales y otras iniciativas solidarias.

Si Vd. ha comprado este libro, le agradecemos su interés. Puede ver dónde y cómo se ha destinado ese porcentaje a través de nuestra página en internet (www.edicionescydonia.com), o si lo prefiere puede escribirnos a nuestra dirección postal (Apartado de Correos 222, 36400 PORRIÑO – Pontevedra - España). Gustosamente le mantendremos informado de todo.

Los editores

[1] Dicho peregrino fue un fervoroso cristiano que, en el año 333 de nuestra era, partió de la ciudad francesa de Burdeos con rumbo a Tierra Santa, pasando por Milán, Roma y Constantinopla, y que dejó por escrito una crónica de su viaje, el *Itinerarium Burdigalense* o *Itinerarium Hierosolymitanum* –una de las más antiguas que se conservan–, que sería utilizada durante siglos por otros piadosos viajeros.

[2] El obispo de la antigua ciudad de Edesa, con quien tuvo la oportunidad de hablar nuestra protagonista, se refirió a ella citando que procedía de *extremis porro terris*, o lo que es lo mismo, del extremo Occidente. Esta denominación es un tanto vaga, y durante mucho tiempo los distintos autores que han estudiado su figura han apuntado a un origen francés –en sus textos recuerda al río Ródano–, aunque hoy la mayor parte de los investigadores tiende a concederle un origen hispano, y especialmente gallego, entre otras cosas porque autores antiguos de la región, como Valerio del Bierzo, citan a la monja, y sus *Itinerarios* estaban entre los libros custodiados en el monasterio de San Salvador de Celanova (Ourense).

[3] Como testimonio de la importancia que tuvo el texto de De Castillo para peregrinos y viajeros de su época y otros de siglos posteriores, encontramos la referencia del viajero catalán

Jacint Verdaguer, que su diario a Tierra Santa (*Dietari d'un pelegrí a Terra Santa*, Edicions Proa, 1999) se refiere de esta forma a *El devoto peregrino*: «Mi amada madre, que en gloria esté, era muy aficionada a leer el devoto peregrino del P. Castillo, libro que encontraba en todos los escaños y librerías de la plana de Vic; oyéndole yo leer algún pasaje bonito, desde su regazo, sentí nacer en mí el sueño, entonces tan lejano como halagüeño, de ver la Tierra Santa».

[4] Con este término se referían muchas veces en la época a los caballeros de la orden del Temple.

[5] Además de los caballeros que, a título personal o formando parte de algunas de las órdenes militares, embarcaron rumbo a tierras del Este, en la lista de españoles cruzados hay que añadir a varios monarcas.

En 1238, en tiempos de la Sexta Cruzada, Teobaldo I de Navarra decidió organizar un ejército para luchar en Ultramar. Por desgracia, su historial como cruzado no es demasiado brillante, pues sólo participó en dos batallas dignas de mención, y sólo venció de forma tímida en una de ellas. A pesar de todo logró un pacto con señores de Egipto y Damasco, recuperando Jerusalén, Belén y otras poblaciones. Dos años después de iniciar su particular cruzada regresó a Europa.

Al igual que su padre, Teobaldo II también quiso probar suerte en las cruzadas. Así, en 1270 acompañó a su suegro, Luis IX de Francia, durante un asedio a la ciudad de Túnez. El monarca francés falleció de fiebres durante la contienda, y a Teobaldo también le llegó la muerte en diciembre de ese mismo año, cuando todavía no había alcanzado la península.

El intento de participar en la cruzada tampoco fue exitoso en el caso de Jaime I *el Conquistador*. Un año antes de la incursión de Teobaldo II, el monarca aragonés se hizo a la mar con dirección a Tierra Santa, pero una terrible tormenta hundió parte de la flota, obligándole a regresar a tierra, mientras sólo unas pocas embarcaciones continuaban su camino.

[6] Diego de Nicuesa había sido nombrado gobernador de Veragua por Fernando el Católico el 9 de junio de 1508, durante las capitulaciones de la junta de Burgos. En la zona del actual Panamá fundó la ciudad de Nombre de Dios, y en 1511 se dirigió en busca de Núñez de Balboa, quien se había alzado en rebelión, apoderándose de varios territorios ubicados en el continente y fundando la población de Santa María la Antigua de Darién. Nicuesa nunca cumplió su objetivo de someter a Núñez de Balboa, y en el viaje de regreso pereció ahogado.

[7] La expedición de Francisco Hernández de Córdoba tuvo lugar en 1517, cuando se produjo el descubrimiento “oficial” de la península del Yucatán.

[8] La del *Adelantado* fue una figura creada durante la Baja Edad Media por la Corona de Castilla, mediante la cual el monarca otorgaba a oficial designado como tal ciertas competencias gubernativas y judiciales sobre cierta circunscripción territorial. En el caso del Nuevo Mundo, se trasladó el modelo que se había empleado durante la conquista de las Islas Canarias, y por el cual el monarca otorgaba a un personaje concreto el título en cuestión sobre todas aquellas tierras que descubriese y conquistase en su periplo por las Indias. Normalmente, y pese al “apoyo” real, eran los propios *Adelantados* quienes solían sufragar con medios propios los gastos derivados de su actividad.

[9] Si durante la independencia mexicana Guerrero se había convertido para algunos en símbolo de la lucha contra el colonialismo, en las últimas décadas del siglo XX ocurrió algo similar, aunque en este caso el español se erigió en representación del mestizaje pues, no en vano, había sido el padre de los primeros mestizos, y podría decirse que fue el primero en querer convertirse en “mexicano” por voluntad propia, pues rechazó su identidad española para adquirir aquella que el destino le había ofrecido.

Hoy en día son numerosos los homenajes a su figura presentes en distintos puntos de México, ya sea en accidentes geográficos o calles que llevan su nombre, como en monumentos y obras de arte que buscan recuperar su memoria, como es el caso del mural *La cuna del mestizaje*, de Rodrigo Siller, la escultura de Raúl Ayala en Quintana Roo o el altorrelieve *Alegoría del mestizaje*, obra del artista Carlos H. Terres.

[10] Expedición militar.

[11] El Dorado fue un enclave legendario, al que todos los relatos le atribuían una enorme riqueza y abundancia de oro –de ahí su nombre–, supuestamente situado en algún punto de Sudamérica. Fue buscado por varios conquistadores españoles.

[12] Las peripecias de Lope de Aguirre y sus secuaces han atraído en las últimas décadas a historiadores, literatos y cineastas, e incluso a guionistas y dibujantes de cómic. Entre la lista de escritores que mencionaron sus andanzas se cuentan españoles como Pío Baroja, Miguel de Unamuno o Ramón J. Sender, quien le dedicó la novela *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (Ed. Magisterio Español, 1998). En el celuloide, el aragonés Carlos Saura realizó *El Dorado*, mientras Werner Herzog también se dejó cautivar por su oscura figura y filmó *Aguirre, la cólera de Dios*, con el actor Klaus Kinski interpretando el papel del terrible tirano. En el mundo del cómic, la expedición en busca de El Dorado ha sido plasmada al menos en tres ocasiones, entre las que destaca *Lope de Aguirre. La aventura* (Ed. Ikusager), de Enrique Breccia y Felipe Hernández Cava.

[13] Durante la conquista del Perú se produjeron varios enfrentamientos entre distintos conquistadores españoles, que se disputaban el dominio de los territorios y su control político.

[14] La jornada organizada por Pedro de Ursúa en busca de Amagua y El Dorado no fue la única. De hecho, otros conquistadores antes que ellos intentaron –igualmente sin éxito, aunque sin tanto derramamiento de sangre– descubrir la mítica ciudad de oro. Uno de los primeros en perseguir aquel sueño repleto de riquezas fue el también español Sebastián de Belalcázar, quien intentó localizar el mítico lugar en el sur de Colombia, en torno al año 1535. Un año después le siguió con la misma finalidad Gonzalo Jiménez de Quesada, aunque con un resultado idéntico.

Mucho más famosa es, sin duda, la expedición que Francisco de Orellana realizó en la década de 1540, y que a pesar del fracasar en su intención inicial, sirvió para descubrir el Amazonas. La descripción del viaje de Orellana y los relatos sobre el mítico reino de El Dorado fueron recogidos por fray Gaspar de Carvajal en su obra *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*.

[15] También conocida como Real Casa de Contratación de Indias, fue una institución con sede en Sevilla creada con la intención de controlar y regular el comercio y la navegación con el Nuevo Mundo. Su puesta en marcha tuvo lugar en el año 1503 por medio de dos decretos reales.

[16] Tras la marcha del explorador y marino asturiano, la ciudad de San Agustín tuvo una larga y azarosa historia hasta llegar a nuestros días. Poco después de la muerte de Menéndez, en el año 1586, San Agustín fue atacada por el célebre corsario británico Francis Drake, quien quemó la mayor parte de sus edificios hasta los cimientos. Sin embargo, y a pesar del ataque, la ciudad siguió en manos españolas.

Otro tanto sucedió en 1668, cuando otro pirata, en este caso Robert Searle, también intentó destruir la ciudad, de nuevo sin éxito. El ataque todavía se rememora cada año en San Agustín, con una recreación en la que participa parte de la población.

A estos ataques hay que sumar otros dos intentos de conquista británicos, igualmente fallidos, en 1702 y 1740, respectivamente. La posesión española siguió imbatida a pesar de los continuos intentos de conquista, y cuando finalmente pasó a manos inglesas en el año 1763, lo hizo de forma pacífica, por medio del llamado Tratado de París. Sin embargo, la plaza no tardaría en regresar a la Corona española, cosa que sucedió en 1781, tras la Batalla de Pensacola.

Finalmente, la posesión fue vendida a los Estados Unidos en el año 1821 a cambio de cinco millones de dólares y la promesa –luego incumplida– de que se respetarían las posesiones que España todavía conservaba en Texas.

[17] Aunque no llegó a alcanzar la fama de Lucrecia, la figura de Miguel de Piedrola fue, sin duda, clave para el desarrollo y aparición de la llamada Congregación de la Nueva Restauración. Piedrola se había criado con un sacerdote, pues desconocía quiénes eran sus padres, y a edad muy temprana decidió hacer fortuna como soldado. Fue así como acabó en Nápoles con las tropas españolas, y fue allí donde comenzaron a manifestarse sus supuestas dotes como profeta y visionario. Entre sus presuntos aciertos estarían, por ejemplo, el anuncio de la muerte de Juan de Austria si este acudía a Flandes, o la muerte del papa Gregorio XIII y su sustitución por Sixto V.

Al regresar a España descubrió que era descendiente del caballero fuerte de Piedrola, y por tanto último heredero de los reyes de Navarra, detalle éste que le fue reconocido por Felipe II. Además, y en agradecimiento a sus servicios prestados como soldado, recibió una pensión de por vida. En la Corte sus visiones y presuntos aciertos hicieron que consiguiera una gran notoriedad, pero cometió el error de arremeter en ellas contra el rey y el destino de España. De hecho, no hay duda de que Lucrecia, alentada por don Alonso de Mendoza, no hizo sino continuar la labor que había iniciado Piedrola.

Aquellas profecías le valieron su detención por parte de la Inquisición, pasando varios años en las cárceles del Santo Oficio. Incluso después de su liberación en un auto de fe, Felipe II ordenó que fuera confinado en un castillo y vigilado estrechamente por guardias, al menos mientras se resolvía el asunto de Lucrecia de León. No en vano, algunos de los sueños de esta aseguraban que sería un hombre llamado Miguel quien se haría con el trono de España tras la caída de la dinastía de Habsburgo. Y no olvidemos que Piedrola, además de tener ese nombre, había resultado ser descendiente de los reyes de Navarra...

[18] El puesto de tercer inquisidor sería cubierto meses después por nuestro protagonista, Alonso de Salazar.

[19] Poco antes de que se desatara el brote de 'brujomanía' en Zugarramurdi, una epidemia muy similar había tenido lugar en Francia, en el llamado país de Labourd, zona fronteriza con Navarra y el País Vasco. En esta región la situación llegó a ser tan preocupante que el parlamento de Burdeos solicitó al monarca que enviase a un juez para acabar con la situación. Fue así como en el año 1609 Enrique IV designó a Pierre de Lancre, consejero del Parlamento, como perseguidor de las brujas.

Aunque el Auto de Fe celebrado en Logroño terminó con la vida de varias personas, la represión ejercida por el severo De Lancre fue mucho más brutal. Convencido de la realidad de los relatos de brujería y adoración al demonio, Lancre condenó a muerte a más de cien personas, provocando el destierro y la huida de otros cientos, que escaparon a tierras españolas.

El celo de Pierre de Lancre no disminuyó ni siquiera en el caso de miembros del clero, pues fueron numerosos los sacerdotes detenidos y ejecutados por, supuestamente, participar en aquellos terribles delitos contra la fe.

Llevado por sus radicales creencias religiosas y víctima de la superstición, el severo juez galo utilizó declaraciones de menores y de adultos sometidos a tortura como pruebas irrefutables de la existencia de prácticas brujeriles. Con aquellos datos poco fiables, De Lancre llegó a asegurar que en la región del Labourd había más de tres mil personas "señaladas" con la marca del Maligno. Una visión que contrasta con la posición escéptica que mostró el inquisidor Salazar, y que por desgracia se aplicó en otros países europeos, incluso en aquellos de credo protestante, lo que causó la muerte a miles de personas.

[20] Aunque los sucesos de Zugarramurdi son sin duda los más conocidos, lo cierto es que en nuestro país se produjeron otros sucesos similares, que aunque no tuvieron tanta repercusión en la historiografía posterior, destacaron también por su trágico final.

Poco después de los hechos descritos en el artículo, en 1616 un nuevo brote de "brujos" se produjo en las proximidades de Bilbao. Aunque se promulgó el *edicto de silencio* y los acusados quedaron en libertad, el corregidor de Vizcaya logró un permiso del Consejo de Castilla para encargarse de los casos de brujería sin que intercediera la Inquisición. Fue así como dicho corregidor cursó 289 acusaciones de brujería. Si no hubiera sido por la determinante intervención –otra vez– de Salazar, la tragedia de Logroño podría haber sido un simple juego de niños comparado con lo que pudo haber sucedido en Vizcaya.

Algunos años después en Pancorvo (Burgos), en el año 1621, las autoridades civiles desoyeron las instrucciones inquisitoriales y quemaron en la hoguera a ocho personas acusadas de brujería. A este desastre pudieron haberse sumado otras mujeres en 1620, cuando un juez de Cangas, en Galicia, las condenó a la hoguera por prácticas demoníacas. Afortunadamente, en este caso fueron liberadas antes de la ejecución. El caso más dramático de estos años se produjo en Cataluña entre 1616 y 1619; al igual que en los casos anteriores, fueron las autoridades civiles, ignorando la jurisdicción de la Inquisición en estos casos, quienes ejecutaron a más de trescientas supuestas brujas en la horca.

[21] La atracción demostrada por el monarca borbón durante su mandato como rey de las Dos Sicilias, y más tarde como cabeza de la monarquía española, no se redujo a las excavaciones y antigüedades rescatadas en las faldas del Vesubio. Años más tarde, el monarca español mostró un interés similar por los trabajos desarrollados en suelo americano, destacando especialmente las labores encomendadas para sacar a la luz el pasado histórico y arqueológico de ciudades como Palenque, donde siguió un criterio similar al que ya había puesto en marcha en los yacimientos napolitanos. Carlos III sobresalió así como un monarca por inquietudes intelectuales, aunque en muchos casos se debiera únicamente a un afán por engrandecer a la casa real con las riquezas que se hallaban enterradas en sus vastos dominios.

[22] Desde mediados del siglo XVII y hasta las primeras décadas de la centuria siguiente, se extendió entre los jóvenes británicos de clase media-alta –también de otras nacionalidades, aunque en menor medida– la costumbre de realizar un viaje de tinte cultural por distintos enclaves europeos de gran importancia artística, y muy especialmente por Francia e Italia. Los participantes en el *Grand Tour*, una especie de turismo primitivo, tenían un especial interés por el arte clásico y renacentista.

[23] Durante su larga enfermedad –entre 1741 y 1745– Alcubierre fue sustituido temporalmente, como ya dijimos, por los también ingenieros Francisco Rorro y Pedro Bardet. De vuelta al trabajo, y ya recuperado, contó también con la ayuda del ingeniero suizo Karlos Weber y, a la muerte de éste, en 1764, con la del español Don Francisco de la Vega. Cuando finalmente Alcubierre falleció en 1780, fue De la Vega quien quedó al mando de los trabajos, siendo reconocido por los historiadores como uno de los mejores trabajadores de los distintos yacimientos en lo que quedaba del siglo XVIII. Con él aumentó el número de obreros, y comenzó a vislumbrarse un nuevo sistema de trabajo, con una metodología arqueológica más moderna y coherente, orientada a la consolidación de los edificios descubiertos y a la documentación sistemática de la excavación.

La llegada del nuevo siglo vino acompañada de dificultades políticas que paralizaron temporalmente las obras, aunque con Nápoles bajo dominio francés volvieron a reanudarse los trabajos. A lo largo del siglo XIX las prospecciones arqueológicas fueron sucediéndose sin descanso y, con el tiempo, mejoraron también las técnicas aplicadas, hasta llegar al siglo XX –época no exenta de problemas, en especial debido a las dos Grandes Guerras–, y finalmente a nuestros días.

[24] Pese a los notables logros de padre e hijo, sus hazañas apenas son conocidas en España, donde resultan prácticamente anónimos, a excepción de algunos especialistas. En México, otro de los países donde dejaron una profunda huella, ocurre algo similar, aunque allí los Anza son algo más conocidos. Es en Estados Unidos donde la figura de estos españoles, y en especial la del hijo, resulta más conocida. En la actualidad, numerosas calles, plazas y edificios públicos de San Francisco, Los Ángeles o San Diego llevan el nombre de Juan Bautista de Anza. No faltan tampoco estatuas conmemorativas en su honor, recordando la notable labor que permitió el desarrollo de aquellas ciudades.

Además, existe una Ruta Histórica Nacional –perteneciente a la red de Parques Nacionales de

los EE.UU.– que lleva su nombre, y que se extiende por los territorios de Arizona y California, casi dos mil kilómetros por los que discurrió la ruta descubierta por Anza *junior*. La web de la Universidad de Oregon cuenta también con un apartado especial en el que es posible leer los diarios de las distintas expediciones de Anza, tanto en castellano como en inglés: <http://anza.uoregon.edu/>

[25] Aunque es poco conocido, el actual símbolo del dólar, formado por una letra “S” atravesada por dos barras (\$), procede precisamente estos “dólares españoles” que, a su vez, tienen origen en el “real de a ocho”, moneda creada por los Reyes Católicos. Esta pieza –acuñada en oro, plata y cobre– se utilizó a ambos lados del Atlántico, y los *spanish dollars* no eran otra cosa que *piezas o reales de a ocho*. Según algunos autores, el símbolo \$ no sería otra cosa con las dos columnas de Hércules que aparecían en las monedas acuñadas en la Ceca de México unidas a la banda con el lema latino *Non plus ultra*. Otros estudiosos, por el contrario, sugieren que la “S” procede de el término *spanish*, mientras que las dos barras verticales son, efectivamente, las columnas de Hércules.

[26] La Comisión Científica al Pacífico supuso la última gran aventura naval española del siglo XIX, y estuvo claramente influida por otros grandes logros obtenidos entre los siglos XVI y XVIII por exploradores españoles. Al descubrimiento en 1513 del llamado “Mar del Sur” por parte de Vasco Núñez de Balboa y sus hombres, le siguieron en años posteriores otras expediciones notables.

En 1520, las naves comandadas por el portugués Fernando de Magallanes, al servicio de España, doblaban el estrecho que llevaría su nombre y penetraban en las aguas que bautizaron como Océano Pacífico. Tras alcanzar las Marianas y más tarde las islas Filipinas, Magallanes perdió la vida, y la flota se dividió en dos. Una de las naos, la *Victoria*, dirigida por Juan Sebastián Elcano, lograría doblar el cabo de Buena Esperanza y arribar a España en septiembre 1522, tres años después de su partida.

Al histórico viaje anterior le siguieron otros, como el de García Jofre de Loaysa (1525-1526) –en el que perdió la vida Elcano–, y que resultó desastrosa, pues se perdieron la mayor parte de los barcos de la flota, o las expediciones de Álvaro de Saavedra y Hernando de Grijalva (1527-37), los viajes de Álvaro de Mendaña y, ya en el siglo XVIII, la célebre Expedición Malaspina (1789-1794), la mayor empresa científica española de su centuria.

[27] La dureza y peligrosidad de la aventura americana de la Comisión quedó patente con la muerte de dos de sus componentes, Fernando Amor y Mayor (1822-1863) y Juan Isern y Batlló (1825-1866), ambos fallecidos como consecuencia de enfermedades contraídas durante el viaje. Igualmente amargo fue el final de Rafael Castro Ordoñez, el dibujante y fotógrafo de la expedición. Tras regresar a España, Castro se suicidó en extrañas circunstancias disparándose un tiro en 1865. Del resto de los participantes, los más longevos fueron Manuel Almagro y Vega (fallecido en 1895), Marcos Jiménez de la Espada (1898) y Francisco de Paula Martínez (1908). De todos ellos, Jiménez de la Espada fue quien quedó más marcado por la experiencia, pues tras

su regreso no sólo continuó sus estudios como naturalista, sino que despertó en él un interés por la historia y la antropología que se inició durante aquel inolvidable viaje.

[28] Durante su trabajo en las distintas legaciones españolas en Europa, algunos de los diplomáticos aquí recordados se valieron de un antiguo decreto que permitía otorgar la nacionalidad española a aquellos judíos de origen sefardí, es decir, descendientes de los expulsados de España en 1492 por los Reyes Católicos. Este decreto, fechado en 1924, fue promulgado por Primo de Rivera pero, curiosamente, dejó de estar vigente en 1930. A pesar de ese “pequeño” detalle, hombres como Propper de Callejón o Sanz Briz, entre otros, se valieron de aquel texto legal para facilitar visados –tanto de tránsito como de entrada– a miles de judíos. Algunos eran realmente sefardíes, pero muchos otros no tenían realmente un origen español, pese a lo cual los diplomáticos no dudaron en alterar nombres y otros datos para permitir su huida a España.

[29] Cuando Sanz Briz se vio obligado a abandonar Budapest ante la proximidad de las tropas soviéticas –que no reconocían la legitimidad del régimen de Franco–, los judíos húngaros no quedaron desamparados. Un italiano llamado Giorgio Perlasca, acogido en la embajada española en agradecimiento por su participación como voluntario en la Guerra Civil a favor del bando nacional, continuó la importante labor de Sanz Briz. Perlasca había abandonado el fascismo con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y cuando presenció los excesos y abusos nazis contra los judíos decidió colaborar junto a Sanz Briz. Cuando el español tuvo que dejar la ciudad, el italiano cambió su nombre de pila por el de Jorge, y se hizo pasar por nuevo cónsul español, llegando a falsificar un documento en el que, aparentemente, Madrid confirmaba el nombramiento. Las autoridades alemanas tragarón el anzuelo y durante algunas semanas, Perlasca tuvo la oportunidad de seguir refugiando a judíos en las casas alquiladas por Sanz Briz, y continuó expidiendo cartas de protección. Cuando finalmente las tropas comunistas alcanzaron la ciudad en enero de 1945, “Jorge” Perlasca había salvado él solo a más de mil judíos.

[30] Caridad del Río nació en Cuba en 1892, en el seno de una acomodada familia de la burguesía isleña, aunque tras el desastre del 98 la familia regresó a España y se estableció en Cataluña. Allí Caridad abrazó durante un tiempo la senda del misticismo, llegando a ordenarse como novicia en un convento, aunque no tardó en abandonar los hábitos. No en vano, y como se vería más tarde, era una mujer de acción, más que de oraciones.

Poco después, en 1911, Caridad se casó con Pau Mercader, otro joven de la burguesía catalana y devoto católico, con quien tendría cinco hijos: Jorge, Ramón, Pablo, Luis y Montserrat. La relación nunca funcionó bien, pero en 1925 Caridad decidió coger a sus hijos y se marchó a Francia. Allí conoció a un piloto francés, miembro del partido comunista, y la española no tardó en hacer suyos aquellos ideales. Comenzaba así una meteórica carrera que le llevaría a ocupar puestos destacados en partidos de izquierdas, a los frentes de la Guerra Civil y, por último, a formar parte del espionaje soviético.

No hay duda de que fue ella quien guió a su hijo Ramón por el mismo camino, llevándolo casi de la mano hasta la casa de Coyoacán en la que acabaría matando al “traidor” Trotsky. No en vano, todo parece indicar que Eitingon y ella estaban aquella tarde de agosto apostados en un coche, en el exterior de la vivienda del revolucionario ruso, esperando a que Mercader hijo acabara su siniestra misión para salir juntos de allí.

Las cosas no salieron como estaban planeadas, y Caridad tuvo que dejar allí a su hijo, al menos al principio. Con el tiempo se trasladó a México temporalmente para ayudar en lo posible a “Jacques Mornard” mientras seguía en prisión. En todos aquellos años, y a pesar de los cambios de poder que se sucedieron en la Unión Soviética, Caridad nunca dejó de ejercer como espía. Incluso casi hasta sus últimos días se dejó ver como recepcionista en la embajada de Cuba en París cumpliendo, con certeza, órdenes llegadas desde Moscú.

María Caridad del Río falleció en 1975, apenas tres años antes de que lo hiciera su hijo Ramón. Fue enterrada con discreción –aunque con la presencia de diplomáticos rusos–, en un pequeño cementerio parisino, donde sus restos descansan sin que los visitantes que pasan junto a su lápida puedan intuir que allí se encuentra quien en su momento fue una auténtica espía del NKVD y el KGB.

^[31] El asesinato de León Trotsky fue sin duda uno de los crímenes más destacados de la primera mitad del siglo XX y, sin duda alguna, de no haber sido porque se produjo en medio de la II Guerra Mundial habría generado una mayor atención.

Pese a todo, la muerte de uno de los protagonistas de la Revolución de Octubre dejó una huella indeleble en toda una generación. Una buena muestra de ello es el estreno, en 1972, de la película *El asesinato de Trotsky*, protagonizada nada más y nada menos que por Richard Burton – en el papel del revolucionario ruso–, Alain Delon –Ramón Mercader– y Romy Schneider. En fechas más recientes, el incidente fue también objeto de un documental (*Asaltar los cielos*, 1999) realizado por los españoles José Luis López-Linares y Javier Rioyo.

En lo que se refiere al mundo de las letras, el crimen cometido por Ramón Mercader ha sido objeto de numerosos ensayos –entre los que destaca *El grito de Trotsky* (Debate, 2007)– y ha dado lugar a novelas como *El hombre que amaba a los perros* (Tusquets editores, 2009) del cubano Leonardo Padura.